



Último
retrato
de
Su
Santidad
el Papa
Pío XI

(Fotografía
obtenida por
el artista pa-
risiense Henri
Manuel)

MADRID

Si á los particulares les enorgullece el poder mostrar en sus lujosas viviendas una buena «galería de antepasados», es justo que también se les consienta á las ciudades esa legítima vanidad. La capital de España ha mantenido abiertos sus salones llenos de las glorias de los antepasados gracias á las iniciativas de la Sociedad de los Amigos del Arte, que en la «Exposición del Antiguo Madrid» ha dado nuevas pruebas de su buen gusto. Para mayor acierto, la Exposición fué instalada en la casa del viejo Hospicio, cuya portada barroca, una de las más características del peculiar barroquismo madrileño, se ha salvado al fin, por fortuna, de las amenazas de un derrumbamiento.

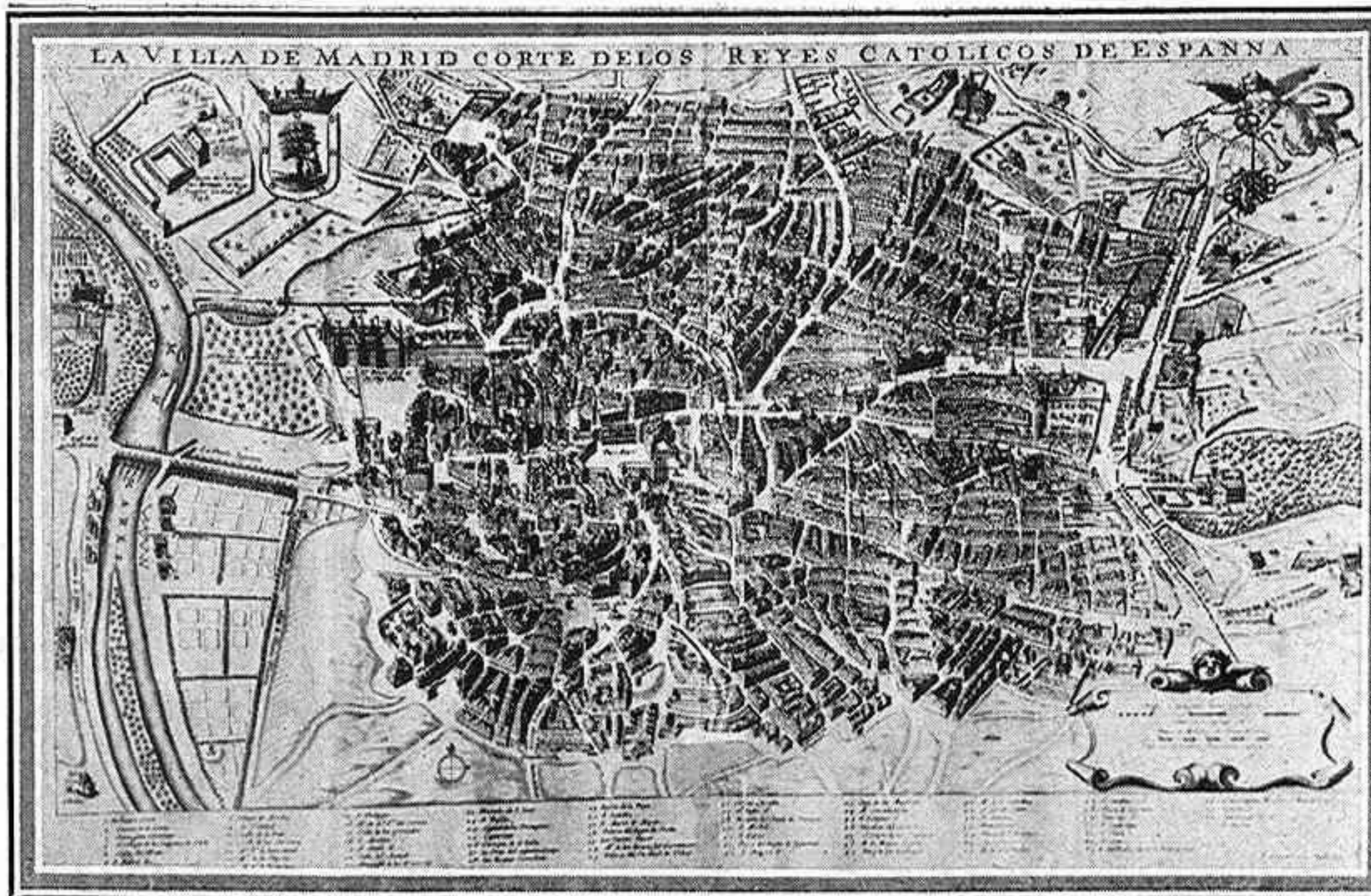
«Es la exhibición de un *nuevo rico...*», me decía un amigo algo displicente y un tanto regionalista de no importa qué región del litoral. Y agregaba mi descontentadizo amigo que las «galerías de los antepasados», lo mismo que la furia por los escudos nobiliarios, son manías que afectaron, cuando la guerra, á los individuos que se enriquecieron repentinamente. Las ciudades que han logrado una fortuna rápida incurrir en idéntica manía. Y Madrid, según mi displicente amigo, se encuentra en ese caso.

Claro es que Madrid, considerado como gran urbe, carece de rancio abolenjo. Su antigüedad alcanza á poco más de tres siglos, medida de tiempo verdaderamente insignificante si se la compara con la que ostentan poblaciones como Roma, París, Florencia, Sevilla, que pueden contar por etapas de miles de años y han visto sucederse los episodios de variadas é insignes civilizaciones. Sin embargo, aunque de vida breve, la vida de Madrid como metrópoli de la Monarquía ha sido de mucha intensidad. Ha recogido los anales más fuertes y típicos de la Casa de Austria; ha sido sede literaria de gran parte del llamado «Siglo de Oro»; ha visto culminar el teatro de Lope, de Tirso, de Calderón; ha hospedado á Velázquez y Goya; ha iniciado con cruento sacrificio la Guerra de la Independencia en su Dos de Mayo; ha promovido la agitación política de todo el siglo XIX español, así como el movimiento romántico de los Espronceda, Larra, Zorrilla, duque de Rivas. Y como antecedente de alta alcurnia nobiliaria, no hay que olvidar que en Madrid estuvo preso nada menos que Francisco I de Francia.

El mérito de esta Exposición del Antiguo Madrid consiste, sobre todo, en que el visitante se encuentra halagado por la más encantadora de las amenidades. El peligro de estas organizaciones suele ser el exceso de erudición. Aquí, al contrario, el tedio ó el fastidio están evitados fácilmente. Es como si nos dieran un curioso libro antiguo lleno de estampas bonitas, de viñetas en color. Cada sala es una deliciosa viñeta iluminada, y las salas se suceden en cantidad prodigiosa.

Ni faltan siquiera algunas reproducciones de costumbres típicas de los tiempos pasados, como el comedor de un convento de monjas, con la mesa puesta y servida, los platos de loza talaverana en su punto, los cuencos llenos de nueces, los panes de dorada corteza. Y esa otra reproducción de la castiza «Ronda de Pan y Huevo», hermandad benéfica que se dedicaba á ir de noche por las calles en busca de desvalidos á quienes alimentar ó de personas acuchilladas que demandaban una pronta asistencia. Abundan también las carrozas, calesas y sillas de manos, los tapices y las armas, los cristales y las cerámicas que en el antiguo Madrid se producían.

Pero el encanto principal de la Exposición, el atractivo que más directamente obra sobre la fantasía del visitante, está en la muchedumbre verdaderamente prodigiosa de las estampas, grabados, cuadros y planos que llenan las salas



Madrid en 1656.—Plano original por D. Pedro Texeira

(Fot. Cortés)

como una admirable y completa historia visual de Madrid. Hay estampas y planos de todas las especies, desde el documento veraz y valioso hasta el espécimen que presenta el mérito de ser un ejemplar único. Pero las ilustraciones un poco fantasistas, y á veces del todo exageradas, brindan el encanto mayor. Como esas vistas panorámicas del Madrid de hace dos ó tres siglos, en las que aparece el Manzanares como un río de veras, con islas frondosas en medio de su ancho y colmado cauce...

¡Gloriosa ilusión de los madrileños! Podría decirse que el máximo fracaso de la capital de España reside en su río, y que por tener un río de verdad hubiera hecho los sacrificios más penosos. En el reinado de Felipe II se trató seriamente de la posibilidad de abrir á la navegación el Manzanares; hicieronse pruebas formales, y un navío, en efecto, subió desde el Tajo hasta el pie del Alcázar Real. Hoy nos parece el proyecto un desatino. Pero lo desmesurado de aquella empresa está demostrándonos lo enorme de la ilusión fluvial que padeció Madrid en cuanto se convirtió en la metrópoli de la gran Monarquía. Todas las capitales del extranjero poseían un río caudaloso; todas, menos la capital de España. Doloroso fracaso que atormentó á los gobernantes de otros tiempos, y del cual, á fuerza de buen sentido y de filosófica resignación, los madrileños actuales se han curado.

Una ausencia se nota en esta Exposición del Antiguo Madrid: no se ven objetos de la Edad Media. ¿Porque no han podido encontrarse y reunirse? ¿Porque no existen? Diríase que Madrid comienza á vivir en el siglo XVI, y que antes de esa fecha era un simple descampado. Era, sin embargo, una villa noble y de regular importancia, con muchas fuentes, una buena situación estratégica y un palacio ó castillón real sobre el escarpe, frente á los montes de caza de El Pardo. Aire sano, cielo limpio, abundancia de fuentes, un alcázar bien situado; no necesitó más un hombre como Felipe II, constantemente preocupado por la conservación de su salud. Y había, además, y acaso principalmente, la razón política de ocupar Madrid el centro aproximado de la Península.

Valladolid le disputó el derecho á la capitalidad con mucho encono, poniendo toda su influencia, que era, sin duda, grande. Logró retener la Corte dentro de sus muros por algunos años. Pero Madrid pudo más. Decía D. Ramón Menéndez Pidal en un artículo reciente que el peso de la vida castellana pasó á inclinarse del lado Sur del Guadarrama hacia el final de la Edad Media; del lado de Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía. Fué como un retorno á las épocas romana, visigótica y musulmana. Y fué, por otra parte, un movimiento que contradecía al que siguieron las otras naciones, puesto que en Italia y en Francia, y después en Alemania, el peso de la vida nacional se inclinaba, al contrario que en Castilla, en dirección del Norte.

Pero si el sino español ordenaba que la capital, con el peso y la dirección de la vida, se traslada-

ANTIGUO

se hacia el lado Sur del Guadarrama, ¿por qué no se fijó en Toledo? Yo no poseo á la mano los datos que pudieran proporcionar una explicación del hecho siguiente: qué motivos sanitarios, políticos, administrativos ó de mera antipatía se reunieron en la ciudad de Toledo para que se alejasen definitivamente de ella la Corte, los grandes señores y las personas influyentes. Los grandes señores y los caballeros se comprende que siguieran á la Corte, obedeciendo al impulso centralizador que marcó el Renacimiento á las grandes monarquías europeas. La nobleza perdió su antiguo poder y autonomía y se hizo cortesana. ¿Por qué despreciaron los reyes y los políticos á Toledo? Todavía Carlos V gustaba de la «imperial» ciudad del Tajo. Hay que atribuir á Felipe II toda la responsabilidad de una decisión que convirtió á la más augusta de las poblaciones españolas en una modesta ciudad provinciana. La antipatía, si realmente la hubo, á él sólo le corresponde. Si existieron motivo políticos, sociales ó administrativos, él los vió, sin duda, claramente.

Entre los españoles florece un tipo de «arbitrista» de una especie curiosa. Es el que opera no sobre las posibilidades del porvenir, sino sobre los hechos consumados de la Historia, preguntándose: «Si en tal época los acontecimientos hubieran sucedido de esta ó de la otra manera, ¿qué curso hubiera tomado la vida de España?... Manía explicable en una nación cuya historia, desde hace un par de siglos no ha sido muy favorecida por la fortuna. Hay también entre los españoles ilustrados la costumbre de preguntarse si el emplazamiento de la capital de la nación estuvo bien elegido, y si España no habría gozado de mejor fortuna en el caso de instalar su capital en otro sitio. En Sevilla ó en Lisboa, por ejemplo.

Algunos reyes castellanos establecieron permanentemente su Corte en Sevilla. Magnífica situación, en efecto, para la capitalidad, en medio de una comarca rica, junto á un río navegable para buques de alto bordo y con una tradición de arte, de suntuosidad, de señorío. La capital de España, de haberse establecido en Sevilla, sería hoy una ciudad de dos millones de habitantes, espléndida en palacios, monumentos y jardines. ¿Pero no habría el riesgo de cierta mollicie y blandura, que alcanzaría, por natural reflejo, á toda la nación?... En Lisboa no es posible pensar, porque los portugueses, en tiempo de Felipe II, tenían muy definido el sentimiento de su personalidad nacional.

En cambio, Toledo ofrecía las mejores facilidades. Poseía una larga tradición capitaleña, y la costumbre del cosmopolitismo, de cuando convivían dentro de sus muros cristianos, judíos y musulmanes. Contaba con hábitos mercaderiles y con una población importante para aquella época, además de hermosos edificios, templos, hospitales y mansiones nobiliarias. Y el Tajo. El río que hubiera llegado á utilizarse para la navegación, y por cuyo conducto España hubiese «penetrado» en Portugal, hasta Lisboa, no en aire de guerra, sino al modo pacífico y eficaz con que los ríos atraen y unen á los pueblos. El Tajo, una vez que se convirtió en un simple río provinciano, perdió su posibilidad de fuerza expansiva internacional. O exactamente nacional.

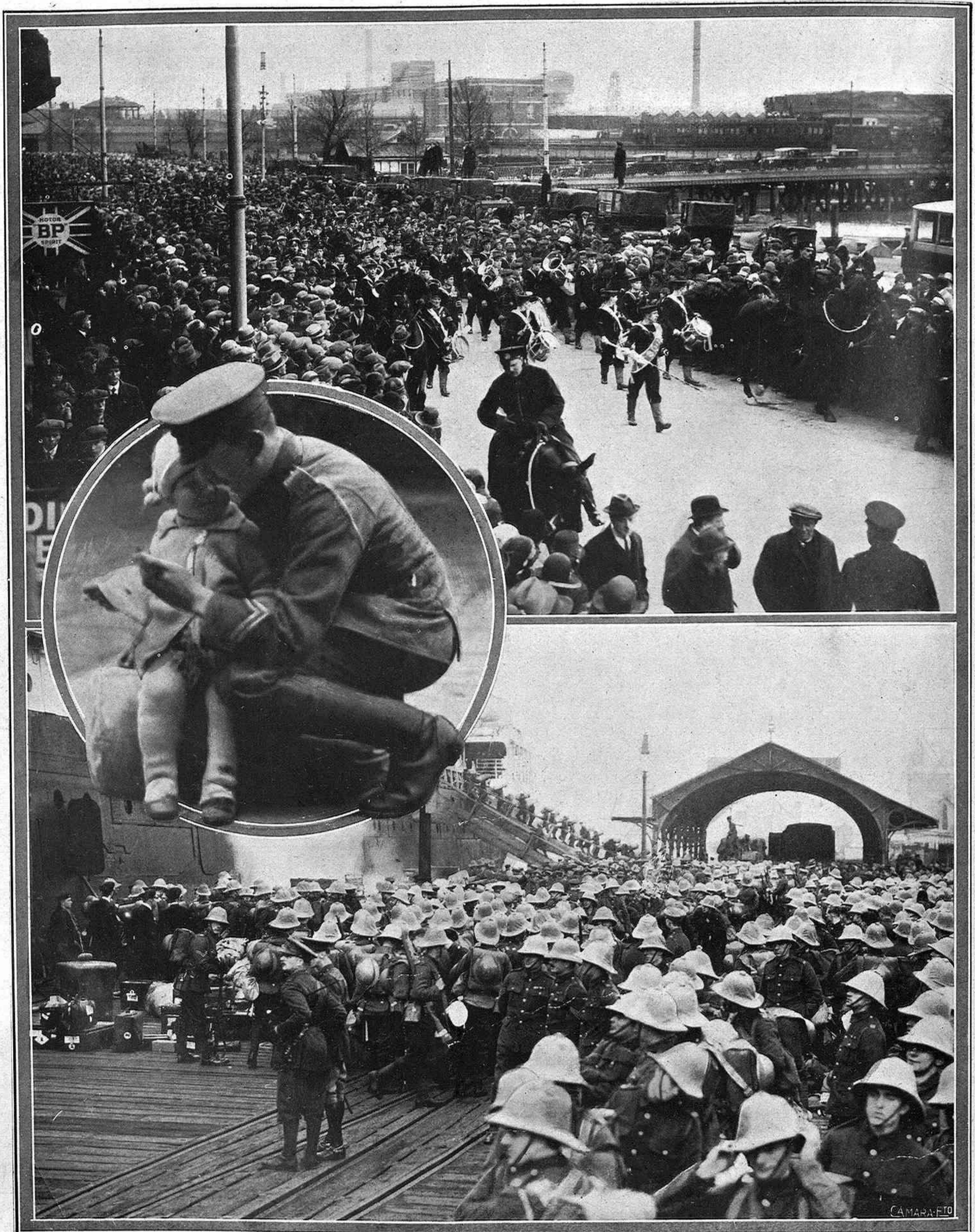
Dejemos estas hipótesis sobre «lo que pudiera haber sido», cien veces más inútiles que las hipótesis que se construyen sobre el indescifrable porvenir. Dejemos á la capital de España en su sitio. Lo importante ahora es arrancarle el mayor partido posible á la realidad y hacer que Madrid sea cada día más suntuoso y progresivo, hasta que llegue á convertirse en la gran «ciudad de lujo» del Sur de Europa.

José M.^a SALAVERRIA



La
actua-
lidad
escénica

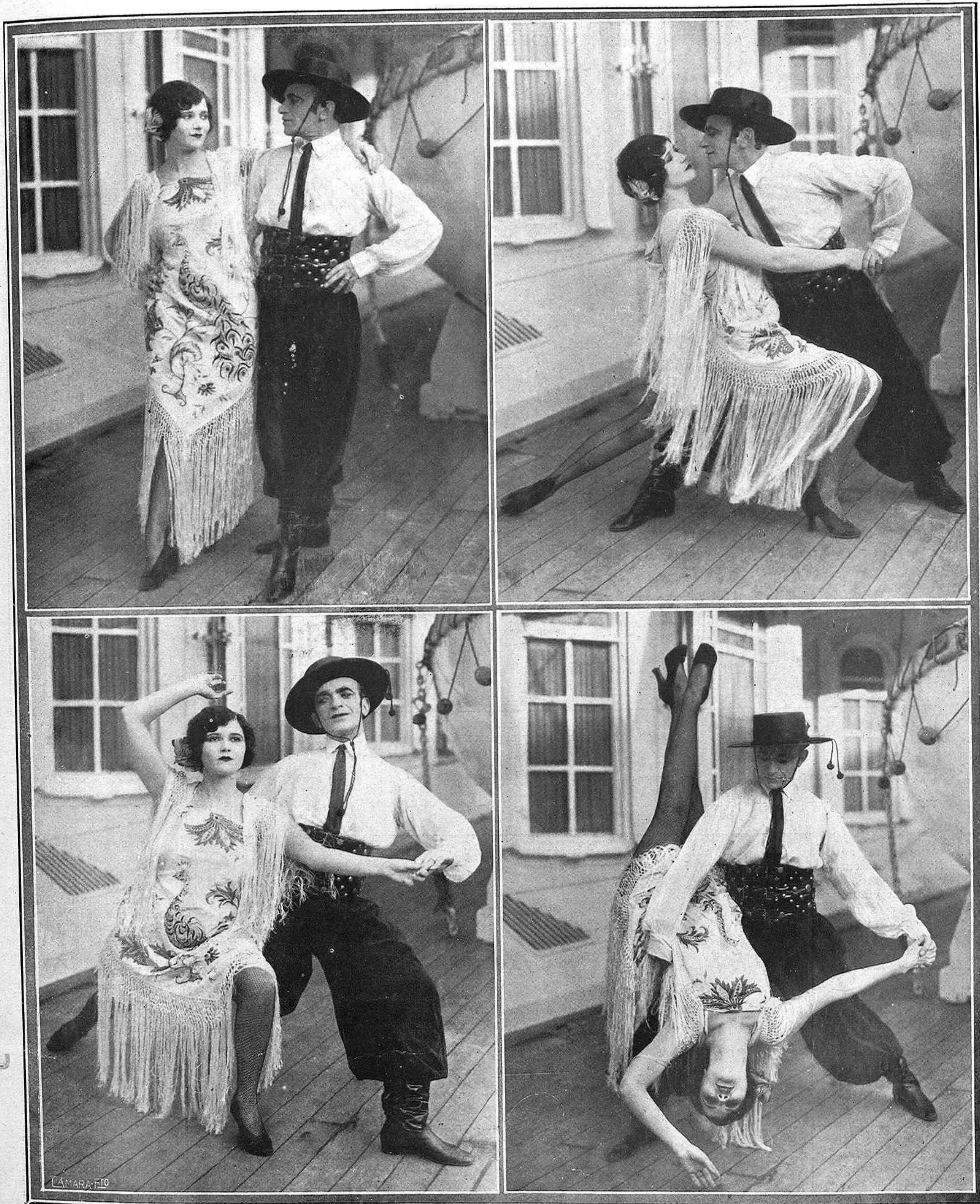
En la fotografía superior, Josefina Díaz de Artigas y Santiago Artigas, los ilustres actores del Teatro Reina Victoria, en una escena de «Julietta compra un hijo», a deliciosa comedia nueva de Honorio Maura.—En la silueta, Honorio Maura.—En el círculo, la bella artista argentina Ana S. de Cabrera, que dió á conocer en Madrid, hace algunos meses, las canciones típicas del campo argentino, y que, después de llevar á cabo una «tourné» por Alemania y Francia, actuará de nuevo en España



EL PELIGROSO MOMENTO ACTUAL EN ORIENTE

Siguen embarcando en Portsmouth fuerzas inglesas destinadas á la expedición británica cuyo objeto es la defensa de Shanghai contra las tropas chinas de Cantón. Representan estas tropas, hoy, á la China que despierta de su sueño de siglos, para recabar el dominio absoluto de su inmenso territorio y de sus incalculables riquezas que desde hace mucho tiempo vienen siendo objeto de la concupiscencia europea. En las naciones que pusieron la mirada y la ambición en Oriente y á las que la guerra de los cuatro años ha enseñado mucho, predomina el criterio abandonista con relación á las concesiones obtenidas de precedentes gobiernos chinos. Inglaterra, por lo contrario, quiere defender á todo trance sus intereses. Nadie sabe cómo puede acabar esta empresa, y el momento actual en Oriente es de los más peligrosos de la Historia

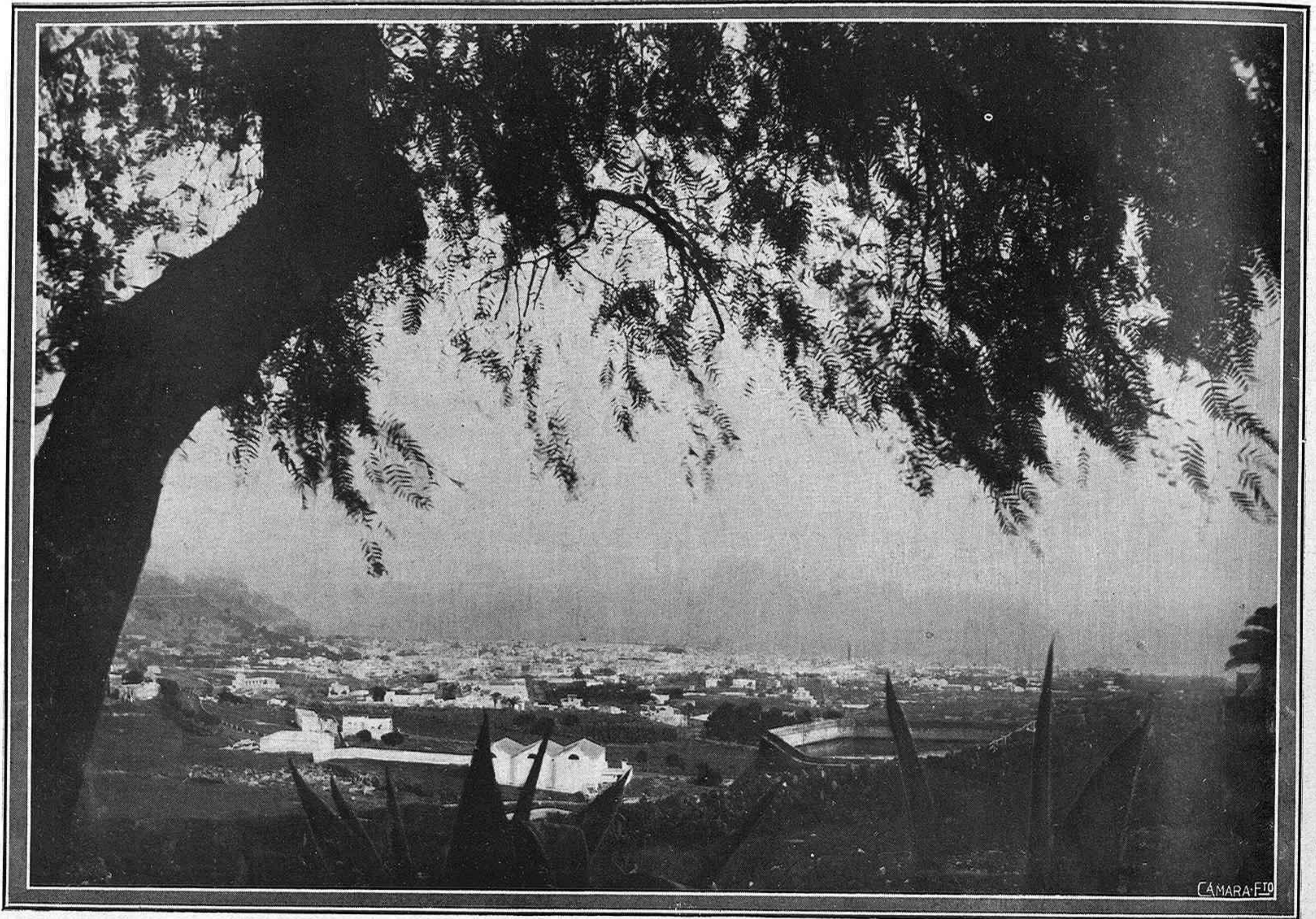
(Fots. Agencia Gráfica)



LA NUEVA DANZA DE MODA: EL «TANGO DEL AMOR»

A bordo del trasatlántico «France» acaban de llegar á Nueva York, Bonra O'Dear y Ellis Gold, los famosos bailarines americanos, que, de regreso de Europa, llevan como bagaje artístico la nueva danza que ha de sustituir al «charleston» y al «black-bottom» en el favor pasajero de los públicos. Se trata del «tango del amor», inspirado, según dice O'Dear, en un tema español. La indumentaria y las actitudes del bailarín, intérprete de tal tema, son de la más grotesca «españolada», como puede verse por las fotografías que ilustran esta plana. Decididamente, los americanos del Norte son incapaces de comprender cosa alguna del típico ambiente español

(Fots. Ortiz)

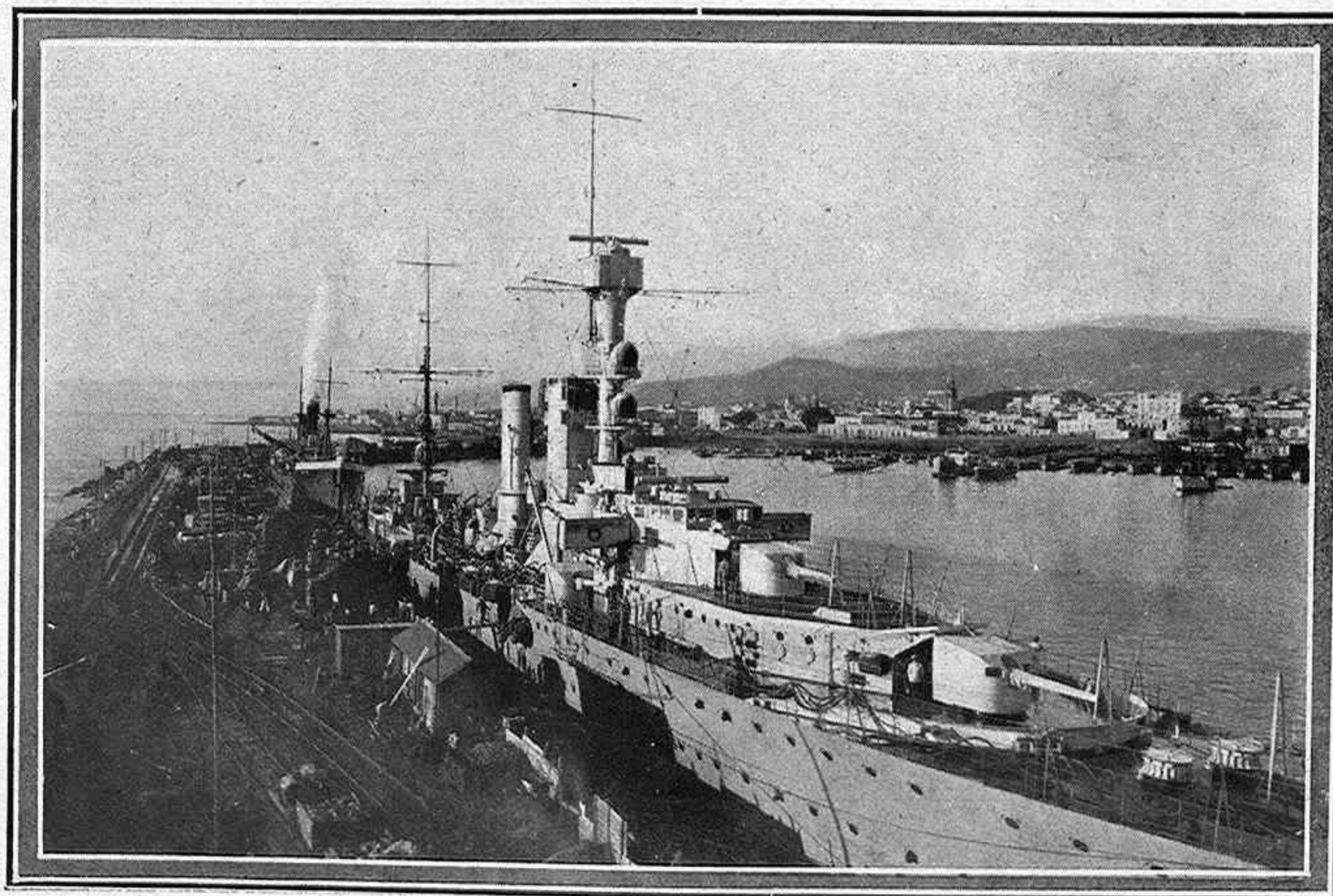


Vista general de la ciudad y el puerto de Santa Cruz de Tenerife

SANTA CRUZ DE TENERIFE

EN el ajetreo, en la cosmopolita actividad de la ciudad y del puerto, el arribo de una unidad ó de una flota de guerra abre como un paréntesis de romanticismo y de ensueño entre la bulla maquina del tráfico.

En la bahía se confunden, ondeantes y enhiestos, los pabellones de las nacionalidades más diversas; sobre los muelles se amontonan y mezclan mercancías de todas las procedencias, con sus marcas y rótulos impresos, que delatan su origen por el idioma en que fueron escritos. La ciudad, rumorosa y alegre como los organismos jóvenes, vitales, asiste complacida á este movimiento en el que se entrecruzan y desenvuelven aromas y palabras de todos los paí-



Un crucero alemán tomando carbón en el puerto de Santa Cruz de Tenerife
(Fots. Benítez)

ses, segura que de él depende su único bienestar y su riqueza, hasta que, en el transcurso de los años, lentamente, se vaya labrando una producción y la región se baste económicamente á sí propia.

Así se suceden los días; todo el dinamismo, la policromía, el cosmopolitismo del puerto se refleja en la ciudad. Mas un atardecer en que el azul de mi puerto resplandece más luminoso y más terso, el vigía anuncia en su semáforo la presencia de unos buques que no son naves de paz. En la línea del horizonte, á igual distancia unas de otras, se deslizan raudamente hacia el Sur, en fila india, las siluetas de los acorazados. Frente al puerto, sumidos á una orden de mando, giran sobre sus



La escuadrilla francesa que visitó varios puertos españoles, anclada en Santa Cruz de Tenerife

quillas y avanzan en formación de combate, agrandándose á nuestros ojos hasta que se destacan las torres, cofas, puentes y cañones de cada masa gris. De la nave capitana, la más empavesada y gallarda, brotan lentos, iguales, uniformes, «los veintidós cañonazos de ordenanza», que las baterías de la costa contestan con voz sorda, apagada, como un eco...

Las veloces falúas, las gasolineras panzudas, sobre las que reluce el amarillo metálico de las chimeneas, e amontonan junto á los sillares del desembarcadero, lamidos por el mar. La escuadra vierte sobre la ciudad sus tripulaciones uniformadas, limpias, como nuevas. Dijérase que los buques, extáticos, aprisionados por las aguas de la bahía, quedan exhaustos, vacíos. La marinería recorre las calles estrechas, las plazas provincianas, e indiferente á la expectación que produce, se despa-



rama é invade la ciudad toda. Unas veces son hombres nórdicos, rubicundos y fuertes; otras pálidos y apuestos latinos, entre cuyo conjunto brilla alguna mirada oblicua, penetrante, gaucha, cuando los navíos son americanos.

Por lo general, las tripulaciones fraternizan con el pueblo y se divierten; algunas veces fraternizan también, pero no se regocijan, sino charlan sosegadamente por muelles y paseos públicos con los obreros y gente de mar, en esa pintoresca jerga internacional común á todos los puertos, é inician conversaciones de temas elevados, abstrusos, como si cada tripulante fuera un ejemplar ciudadano, un diplomático sesudo, y existiera en él un hondo propósito nacional, una preocupación imprecisa, un amargor como en vísperas de un necesario, de un ineludible combate...

VÍCTOR ZURITA

Efecto de luz en la bocana del puerto de Santa Cruz de Tenerife
(Fots. Benítez)

CRÓ-
NICA
MUN-
DANA

MÚSICA de *chárleston*; gran animación. En torno á una mesa, las duquesas de Santa Cristina y de Santángelo, condesa de Yebes, Blanca de Borbón, el duque de las Torres, etcétera. Más allá, la marquesa de Bethulia, madame Mac-Kinley y la señora de Bascarán, con el pianista Lucas Moreno, el marqués de Castelbrano y doctor Carlos Muñoz Rocatallada.

Otro grupo, madame de Stoutz, esposa del ministro de Suiza; miss Rumbold, hija del Embajador de Inglaterra; el conde Guido Viola, que, por cierto, nos abandona para marchar á Copenhague en calidad de ministro de Italia.

Es un «Viernes» del Select Club, y estas reuniones tienen todo el encanto de una fiesta privada en que los invitados se sintieran más independientes.

Cada vez se nota en la sociedad una tendencia más acentuada á organizar fiestas de un carácter teatral, espectacular.

Todavía reciente el gran éxito conseguido por los bailables rusos que interpretaron maravillosamente varias muchachas aristocráticas, se espera con expectación un nuevo acontecimiento en el teatro Fontalba: los cuadros vivos organizados con un fin benéfico por la Princesa de



«The Sketch», de Londres, publica, en su página de honor, este magnífico retrato de la Duquesa de Peñaranda y de su hijo Hernando Alfonso, retrato obtenido por Marcus Adams en su «Estudio de niños». Los duques de Peñaranda, por su abolengo, descienden, como los de Alba, de James Fitz James, Gran Duque de Berwick, y son, por lo tanto, figuras tan prominentes entre la aristocracia inglesa como entre la alta sociedad española

Hohenlohe. En el cuadro de la «Emperatriz Eugenia y sus damas» tomarán parte la duquesa de Arión, la marquesa de Triano, condesa de Yebes, etc. Habrá también un cuadro ruso muy interesante. También empieza á ensayarse en la Embajada de Inglaterra una función de aficionados, *La folle aventure*, deliciosa comedia de Flers y Caillavet, en que intervienen personas del Cuerpo diplomático y de la sociedad.

Un nuevo punto de reunión compite ahora con «Sakuska». Es «Bakanik», salón de té abierto en la calle de Olózaga bajo los auspicios de la condesa de Floridablanca. La juventud se reúne allí á la hora del aperitivo. También acude mucha gente á tomar el té, y de noche se han organizado varias comidas y bailes de carácter íntimo.

Un aspecto muy brillante ofrecía la sala del Alkázar durante las funciones de los Pitoëff. Varias veces he oído expresar á los extranjeros su admiración ante la concurrencia de un teatro madrileño.

Dato curioso de anotar en un país donde la gente es menos amiga de la ceremonia y del protocolo que en parte alguna.

En ninguna Corte del mundo subsiste ese público de señoras descotadas y hombres vestidos de etiqueta que estamos acostumbrados á ver en las noches de ópera, en las funciones de moda, y en estas, sumamente interesantes, de una Compañía eslava que representa la más moderna tendencia teatral.

DANCENY



Vaso de vidrio con inscripción griega, del siglo I de la Era Cristiana, conservado en el Museo Arqueológico de Berlín, y que fué descubierto en unas excavaciones de Palestina



Otro vaso griego del primer siglo de nuestra Era, del tipo análogo al que debió usar Jesucristo en la última cena, según todas las probabilidades

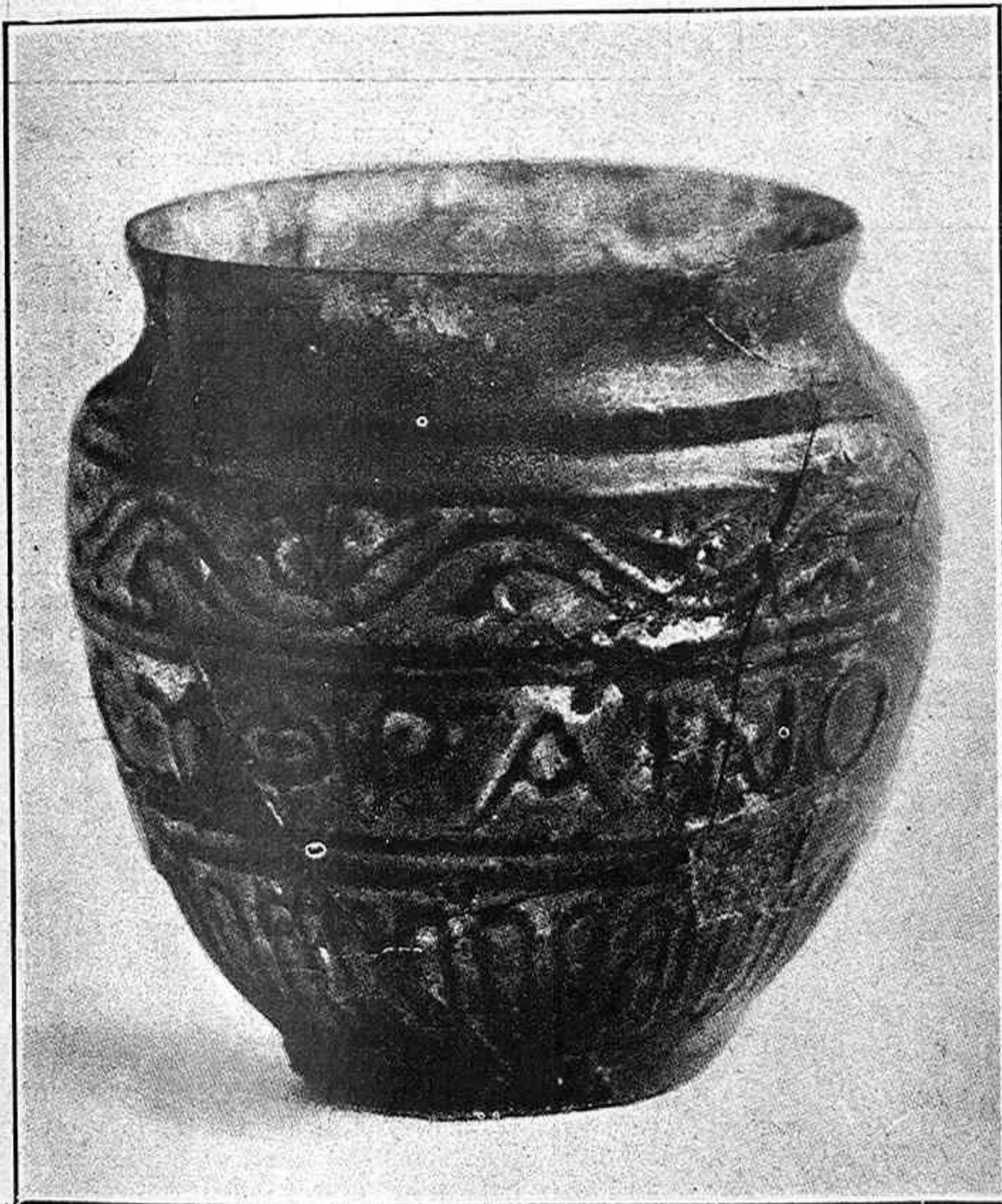
La más intensa de las obras wagnerianas, el admirable *Parsifal*, ha popularizado la leyenda griálica, celebrada por primera vez en el poema de Cristian de Troyes, *Le conte del Grial*, anterior á 1190, y que re-

haber sido el que usó Jesucristo para la institución eucarística, y que hasta ahora eran principalmente tres. Uno que en los siglos VI y VII se conservaba aún en la iglesia del Santo Sepulcro, de Jerusalén; el *sacro catino* de la Catedral de San Lorenzo, de Génova, y el que se guarda en la Catedral de Valencia, formado de un ágata, y que por su forma arcaica parece constituir un argumento positivo en pro de su autenticidad.

A este interesante pleito de arqueología religiosa acaba de aportarse por un erudito historiador inglés, el doctor J. Rendal Harris, director del departamento de manuscritos en la John Rylands Library, de Manchester, una nueva hipótesis. En reciente conferencia acerca de la posibilidad de que haya podido llegar hasta nosotros el *Santo Grial*, se pronuncia á favor de cierto vaso ápodo de cristal hallado en unas excavaciones de Crimea, y que forma parte de las colecciones arqueológicas de la citada biblioteca. Este vaso, de dimensiones corrientes, y que reproduce uno de nuestros grabados, ha sido cuidadosamente estudiado por Mr. Rendal Harris y otros expertos, coincidiendo todos ellos en que es un producto indubitable de la vidriería griega del primer siglo de nuestra Era.

amigo! ¿A qué has venido aquí?, que, según el Evangelio de San Mateo (cap. XXVII, vers. 50), dirigió Jesús á Judas en la escena del prendimiento. La referida inscripción griega se repite en otros vasos de cristal de la época precristiana y contemporánea de Jesucristo, conservados en la actualidad en los Museos de Berlín, Leyden y Británico de Londres. En definitiva, opina Mr. Rendal que si el valioso *specimen* por él estudiado no es en realidad el verdadero Cáliz de la Sagrada Cena, el *Santo Grial de la leyenda caballeresca*, ofrece en todo caso un interés considerable desde el punto de vista arqueológico, señalando una coincidencia por extremo curiosa entre las palabras que lo decoran y la frase evangélica. Por lo demás, las probabilidades de autenticidad respecto á todos los vasos que pretenden ser el usado por Jesucristo en la institución de la Eucaristía, se hallan en mayor número, á juicio de Buckley, otro arqueólogo inglés, á favor del antes mencionado *Sacro catino* de Génova.

A. READER



Cáliz ápodo de vidrio, del siglo I de la Era Cristiana, hallado en Crimea, y que, á juicio del arqueólogo inglés Rendal Harris, pudiera ser el Santo Grial

cogió luego el célebre *minnesinger* alemán Wolfram de Eschenbach, añadiendo á la narración del poeta francés la leyenda de *Lohengrin*.

Recordaremos que el *Santo Grial* era, según la creencia popular en la Edad Media, el vaso ó cáliz ápodo usado por Jesucristo en la última cena, y que utilizó después José de Arimatea para recoger la sangre que manaba de las heridas del Salvador en la Cruz. Esta sagrada reliquia, al decir de la tradición, estaba guardada y reverenciada en un remoto país por una Comunidad de Caballeros profesos llamados del *Santo Grial*.

La leyenda aparte, es lo cierto que no se posee un testimonio indubitable á favor de la autenticidad de los cálices que pretenden

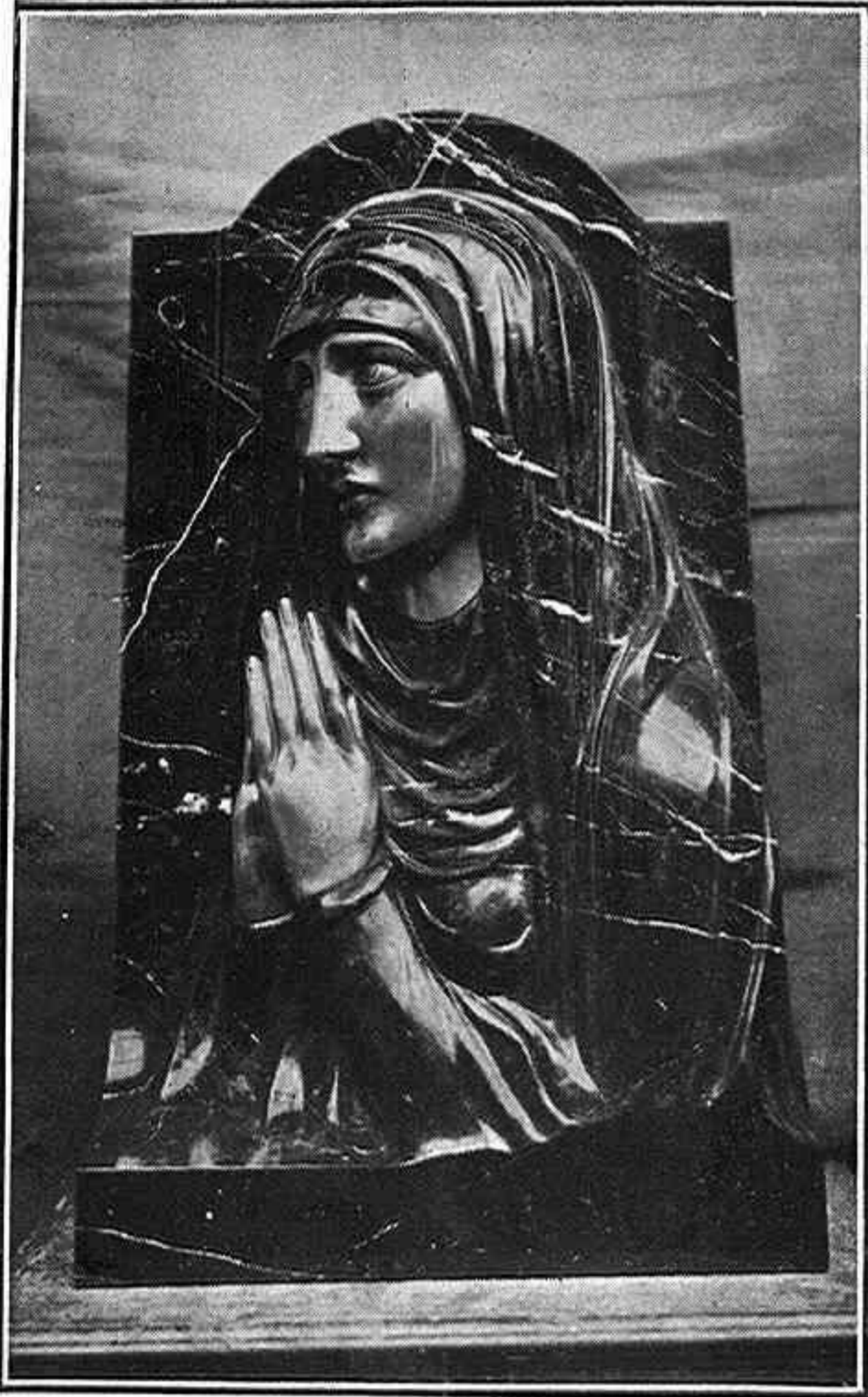
tura Mr. Rendal en el hecho, reconocido generalmente por los que se ocupan de arqueología cristiana, de que la primera materia empleada en la fabricación de los cálices fué probablemente el vidrio y no el oro, la plata ó las piedras preciosas. En la época en que tuvo lugar la Pasión de Jesucristo, el uso del *kylix* griego de vidrio en el servicio de mesa era muy común en Palestina, siendo raro, en cambio, el vaso metálico que sólo aparecía en las mesas patricias y en los banquetes de Estado. El arqueólogo británico observa además que en la copa por él estudiada aparece la tradicional inscripción báquica griega: *¿Para qué viniste aquí? ¡Alégrate!*, cuya primera parte guarda sorprendente semejanza con el reproche: *¡Oh,*



Otros dos cálices ápodos, de procedencia griega, conservados en el Museo de South Kensington, de Londres

VIDA ARTISTICA

EL ESCULTOR FEDERICO MARÉS



«Virgen niña»
Mármol y bronce plateado



FEDERICO MARES
Notable escultor catalán



«Virgen del Silencio»
Relieve en bronce de un reclinatorio

ASILDAS aportaciones á las Exposiciones y Concursos Nacionales, donde no pasó nunca inadvertido, dijeron ya la promesa de este arte que se iba concretando en el hervor, siempre animado, de la espiritualidad catalana.

Se descubriría pronto ese don íntimo, profundo, que no debió serle difícil descubrir en sí mismo, de la armonía compositiva y del sosiego rítmico. Aun entre la ferial concurrencia de escayolas enormes ó de cercenadas testas inexpresivas que constituyen el tributo plástico de la mediocridad á las Nacionales; en medio del peligro contagioso que suponen los concursos semisecretos del patio interior en el Ministerio de Instrucción Pública, se hacía oír sin estridencia ni vocerío, sin salir al paso en la arrogante finta del que fía su victoria á la sorpresa del ataque primero.

Se le comprendía seguro, convencido de no ser inoportuno ni audaz, dentro del sentido cabal de la verdadera discreción que no tiene prisa, codicia ni falso ímpetu.

Y así, poco á poco, adquiríamos la deleitosa costumbre de buscarle y adivinarle en la parada oficial de la escultura, no dejando de hallar su ecuánime ponderación de forma y de sentimiento y esa gracia grave, no exenta de austero empaque, basa ó plinto ideológico donde sitúa su obra.

Incluso su apellido, semejante y rotundamente eufónico al del gran pintor alemán, hacía evocar aquella visión serena de un vigor constructivo muy germánico caldeado por el sol de Italia, peculiar de Hans von Marés.

Se apreciaba—sin suponer edad, porque así estaban distantes sus



«Ritmo» y «Juventud»
Mármol

relieves, sus figuras sueltas de la imprecisión juvenil como del primer desaliento donde la madurez empieza á resbalar—que el escultor, como el maestro de Elberfeld llegó, iba, por sucesivas eliminaciones del realismo secundario, hacia síntesis armoniosas de elocuencia estática.

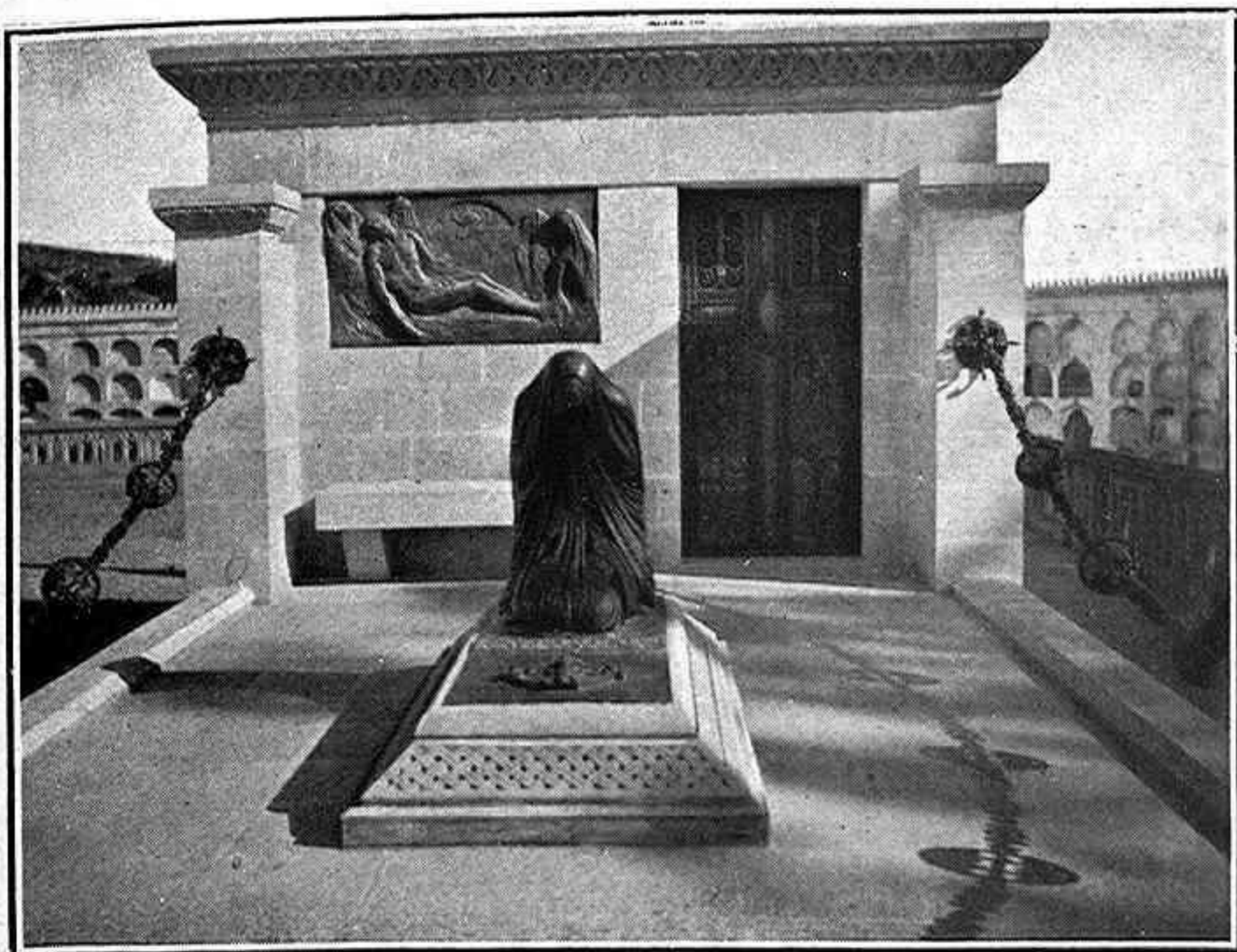
Repetía el ademán invisible de la voluntad, hecho coincidencia de ritmos y estilo, aspirando cada vez más cerca al sentimiento elevado por medio de temas homogéneos en la atmósfera religiosa, en la calma augusta del dolor.

Y no engañaba, como tantos otros escamoteadores de su personalidad, simuladores conscientes ó inconscientes de la ajena.

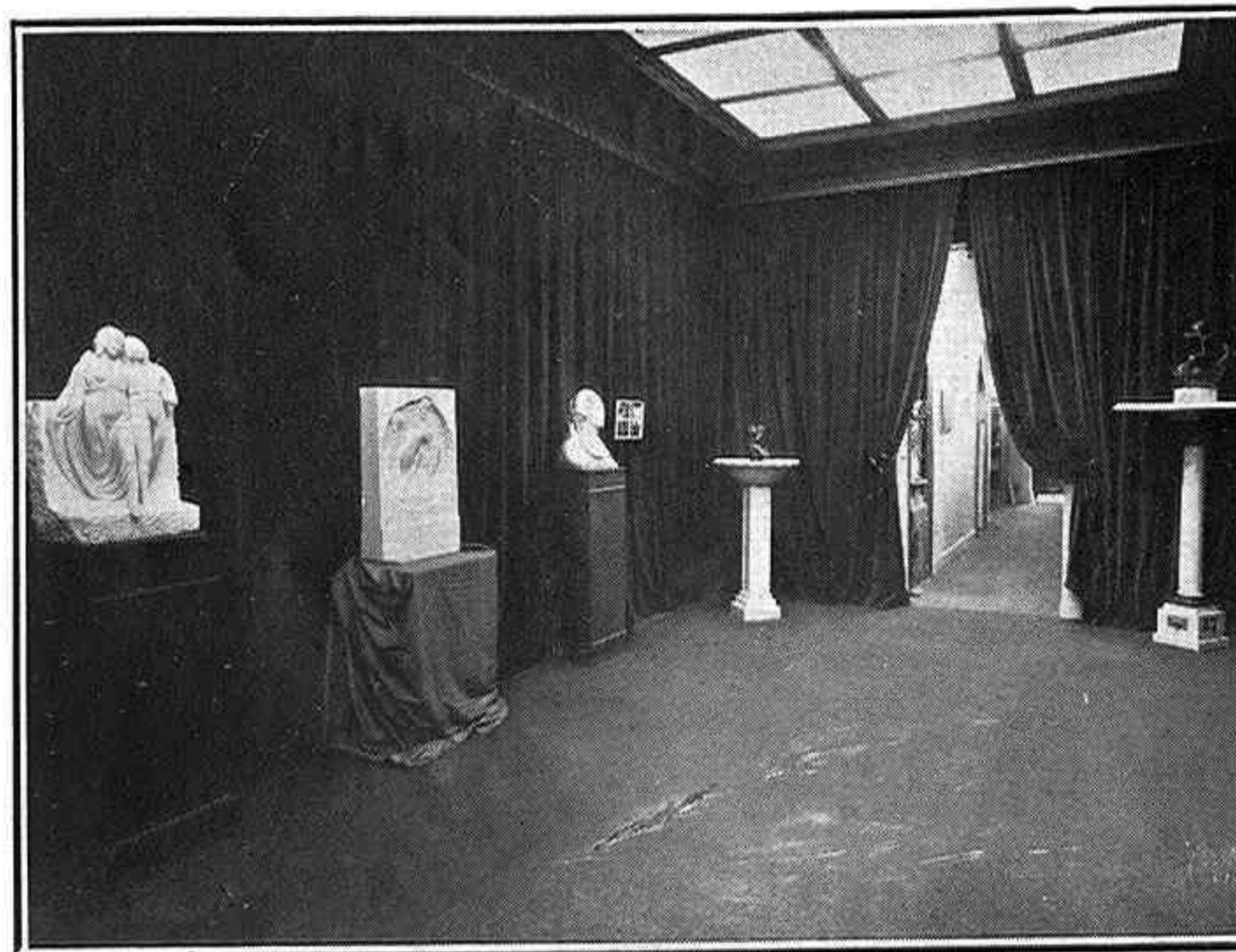
Era, en verdad, esto—presumido, por sus aislados envíos á los actos del confusionismo oficial, por lo añadido al juicio distante en las reproducciones gráficas de las revistas—que la pequeña Exposición de la Casa Nancy resume ahora, y que al aire libre, y en el ámbito sosegado de las necrópolis, afirman sus monumentos funerarios.

«He aquí á Federico Marés impulsivo y sereno. Cabellera hirsuta, como de celtíbero, y ojos claros y meditativos, como de griego; manos recias y vellosas de artesano enjuto y sonrisa conformativa de artista apasionado.»

Así lo presenta Rafael Marquina para deducir del retrato físico la consecuencia creatriz. Certero retrato; pero aún cabría añadir otra reminiscencia facial modelada por el temperamento y el ambiente, la de un masadero que tuviera su masía rostro al Mediterráneo y que cultivara la tierra sobre sospechados yacimientos del clasicismo pagano absorbido por las primeras revelaciones cristianas.



«Monumento funerario», por Federico Marés



Una vista de la sala de la Exposición que el escultor Marés celebra en el Salón Nancy

Austeriza su inspiración por la preferencia de temas místicos, de exaltaciones plásticas de la muerte. Sin evitar la estatua, prefiere el relieve; sin desdeñar el retrato fidedigno, ama mejor el ensueño abstracto sobre las rasgos concretos. Y sabe bien aliar la noble reminiscencia arcaica con las revelaciones fundamentales de la arbitrariedad moderna, cuando así le place. Conoce lo que tanto de oficio tiene su arte, pleno de exigencias distintas según la materia elegida para animarla con belleza. Testimonio el altar románico, donde el tallista, el forjador, el orfebre, servían la concepción escultórica—expuesto en Nancy.

Madera, hierro y metales, en adecuado empleo para la plural armonía del conjunto, señalaban también esa otra condición preferente de Federico Marés: la riqueza con que gusta dotar á sus creaciones, el sentido finamente cromático, tan sobrio, tan distinguido en los patinados y en la combinación de materias distintas.

Todas y cada una de las obras que acompañaban al altar románico, que convergían hacia él, daban esa misma impresión del obrero experto

y del artista sensible. Todas y cada una dentro del concepto ornamental que su creador no olvida nunca como legítima aplicación de su arte á las necesidades espirituales de sus contemporáneos.

Eran oratorios individuales con relieves en bronce de bellas advocaciones virgíneas—*La Virgen del Amor Puro*, *La Virgen del Silencio*, *La Virgen de la Gracia*—; relieves de temas cristianos; bustos de mujeres y algunas de esas alusiones infantiles de que hablé antes, y motivos en bronce para surtidores y fontanas.

Entre las obras, reproducciones fotográficas de monumentos funerarios del autor, ya emplazados en cementerios de Cataluña, totalizaban la cabalidad de esta muestra tan interesante.

Las Vírgenes de los Reclinorios tienen esa melancólica gracia de las madonas renacentistas. Sus labios sonríen de un modo apenas perceptible; sus manos oprimen blandamente contra el regazo al tierno infantil desnudo; la del *Silencio* diríase una patricia florentina; la del *Amor Puro* tiene el fervor humilde de una mís-

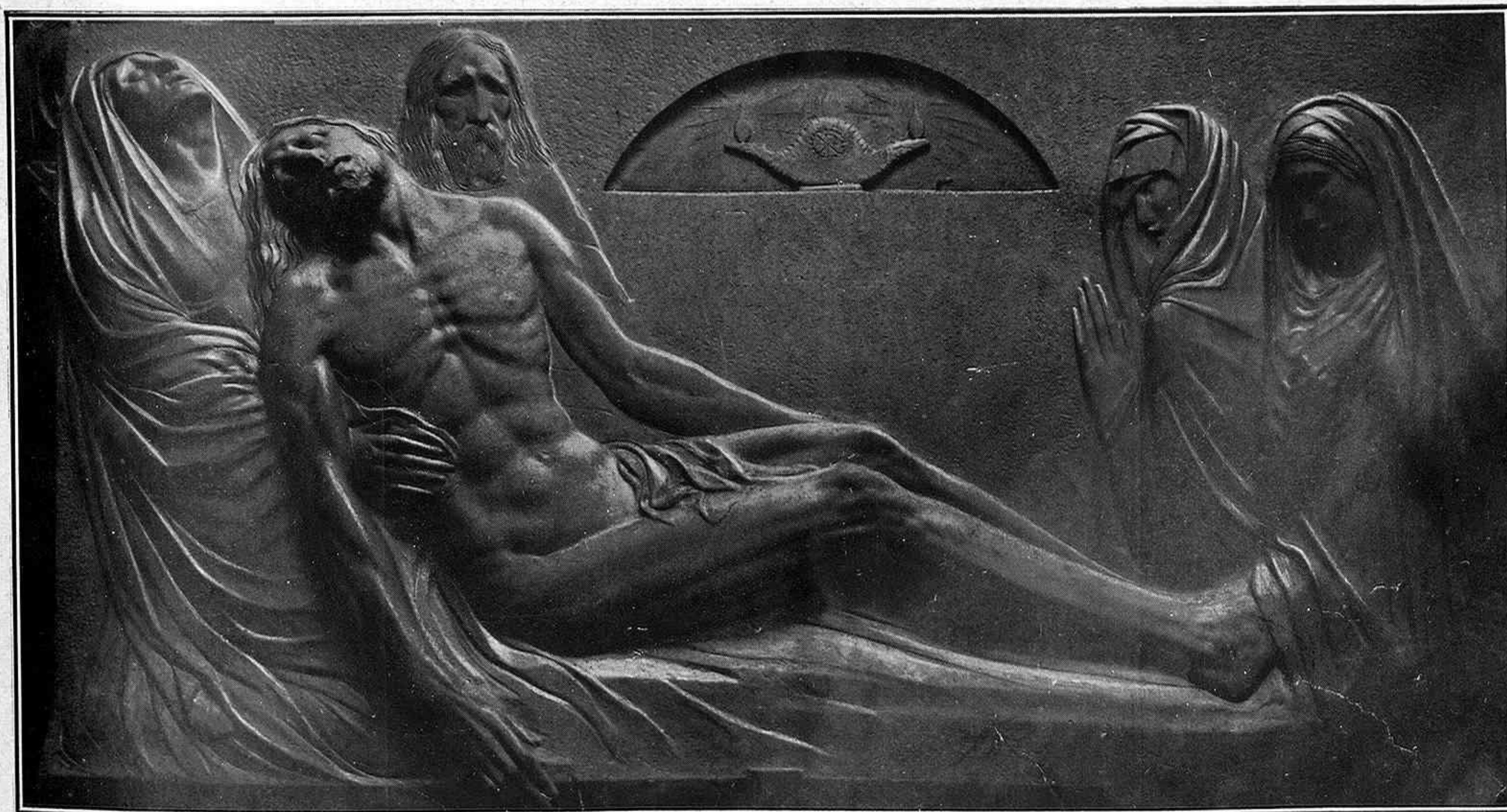
tica de umbria; *La de la Gracia* evoca la maestría sosegada y afable del de Urbino.

El descendimiento, sometido sin violencia á la forma circular tallado directa y sintética en la piedra, es esencialmente decorativo, imbuído de hieratismo arcaizante.

Las gemelas pubescentes de *Ritmo* y *Juventud* avanzan con aquel ademán casto, con aquella suave castidad vernal ya elogiada antes, mientras la *Virgen niña*, con su rostro pálido y triste de bronce plateado entre el manto de mármol negro, junta sus manos en un éxtasis devoto.

Es acaso esta última figura la que simboliza el alma del escultor y su actitud frente al mundo y el arte de su tiempo; la que va dando una vida inmóvil á los monumentos conmemorativos de la muerte; la que recuerda al escepticismo, trivialidad é improvisación audaz de nuestros días; la lección elocuente de que el arte fué, es y será siempre el cotidiano milagro del ideal divino y del esfuerzo humano, sentido profundamente aquél; realizado sin altanería ni soberbia éste.

JOSÉ FRANCÉS



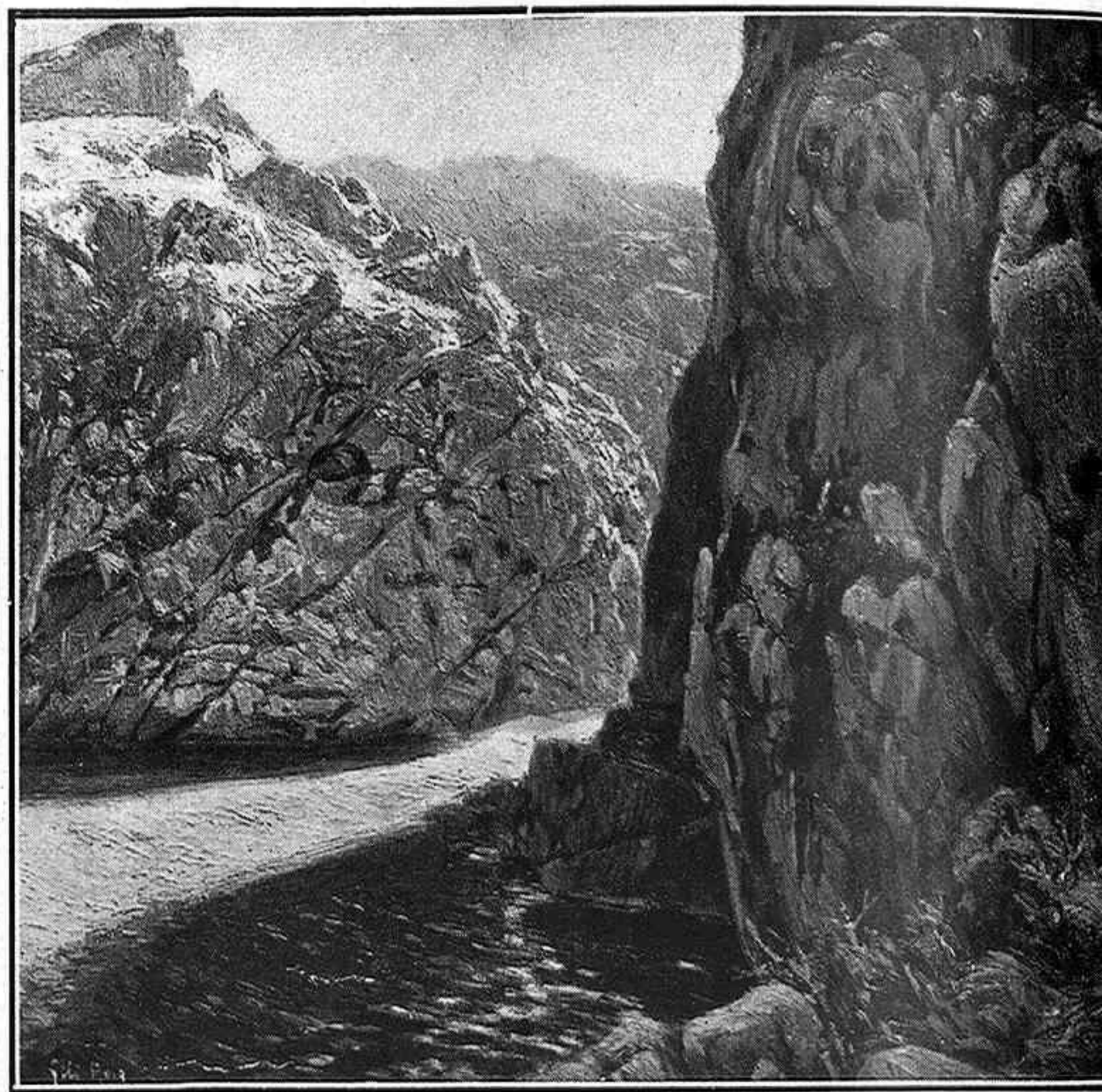
«El Entierro de Cristo»

DESDE BARCELONA

UNA BAJA EN EL ARTE — EL ILUSTRE ARTISTA B. GILI Y ROIG



Don Baldomero Gili y Roig, ilustre pintor catalán, que ha fallecido recientemente



«Desembocadura del torrente de Pasels Sóller (Mallorca)»

MUCHO amó el arte, y cuanto realizó fué impulsado por el anhelo de su amor infinito hacia su carrera. No quiso especializarse, aunque inconscientemente sobresalió en los cuadros de paisaje.

En tal aspecto, nuestro notable artista supo dotar sus obras de singular poesía, supeditada siempre á su temperamento, lo que logra una especial inoculación de sentimiento cautivador.

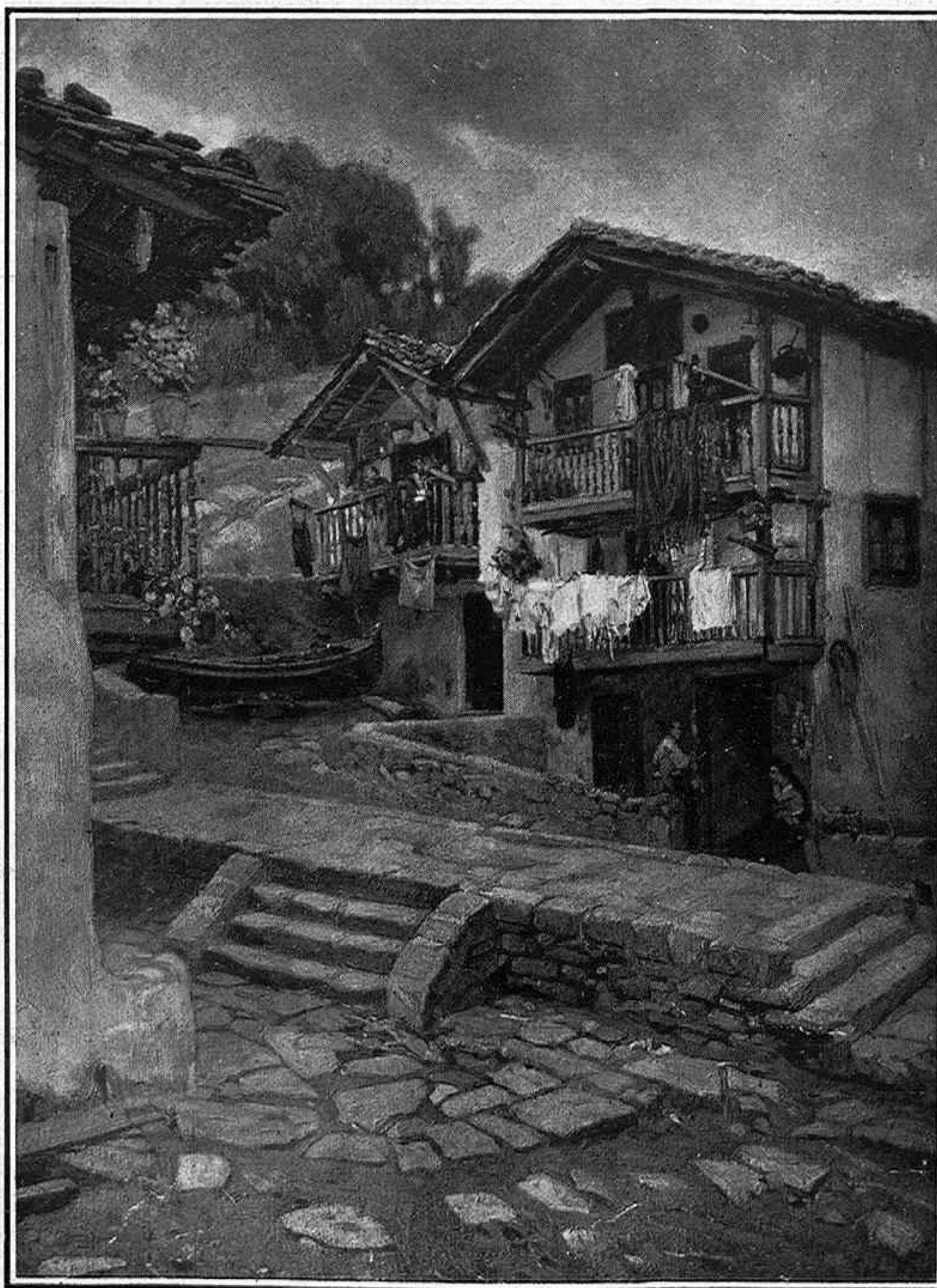
Pintó Gili y Roig excelentes cuadros, y en pleno entusiasmo sucumbe, cuando placíale gozar de sus éxitos recientes, cuando ideaba visitar nuevos continentes, cuando, en fin, todo sonreía en torno suyo.

Al finalizar el año dispuse hacerle una visita. Tenía carácter expansivo; gustábale cambiar impresiones. Hablábamos, sobre todo, estos días, con motivo de una exposición suya, que precisamente dejó preparada antes de sentirse indispuerto, muy lejos de presentir su próximo fin.

Ya guardando cama, mientras traidoramente la Intrusa iba apoderándose de él, dijo á sus familiares: «Estoy muy enfermo; pero no quiero morir, no moriré; dejaré que me cuiden; tomaré cuanto prescriben los médicos; he de vivir unos años más, para mi arte y para los míos...»

Inevitablemente, Gili y Roig pasó á mejor vida.

En vez de la charla que deseábamos los dos sostener, las tristes é imprevistas circunstancias me hacen tomar hoy la pluma para trazar una crónica que LA ESFERA acoge,



«Nido de amor y dolor», cuadro de Gili y Roig

(Fots Serra)

sumándose á los que sentimos condolencia por la pérdida del buen amigo y dignísimo artista.

Seguidamente se expondrán en la Sala Parés las obras póstumas; el Real Círculo Artístico organizará una nutrida exhibición de su obra general, y, á no tardar, podría editarse un libro que compendiasse la vida y la labor de Baldomero Gili y Roig.

•••••

En Irún pasó sus años juveniles Gili y Roig—nacido en Lérida en Octubre de 1873—; allí, en la villa guipuzcoana, demostró afición hacia el dibujo y el color, que se arraigó al trasladarse á la capital de Cataluña, matriculándose en la Escuela de Bellas Artes y Oficios.

Cuando contaba diez y siete años de edad ingresó en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid.

Por el año 1887 pasa á Munich, en calidad de alumno de la clase superior de colorido en la Academia oficial.

La Diputación provincial de Lérida pensionó á Gili para sufragar sus estudios en el Extranjero durante cuatro años.

Eligió Italia. Más tarde estuvo en Francia, y llegó á conocer todas las regiones de España, reteniendo en lienzos sus aspectos.

Hace cosa de unos diez años que nuestro artista visitó Panamá, con motivo de querer conocer la Exposición Universal de aquella República.

Finalmente, en Julio de 1924 embarcó para trasladarse á la Argentina, efectuando Exposi-

ciones en Buenos Aires, Rosario, Mendoza y Santa Fe. También Montevideo pudo apreciar varios de sus cuadros.

•••••

Gili y Roig, concurriendo á las Exposiciones nacionales y extranjeras, demostró su nunca desmentido afán de ser actor en lucha profesional, consiguiendo honrosas distinciones oficiales. Terceras medallas, Nacional de Madrid, 1908, y Zaragoza, 1908; segundas medallas, Internacional de Atenas, 1903; Nacional de Madrid, 1908, y en Barcelona, Internacional de 1911; primera, Universal de Panamá, 1916.

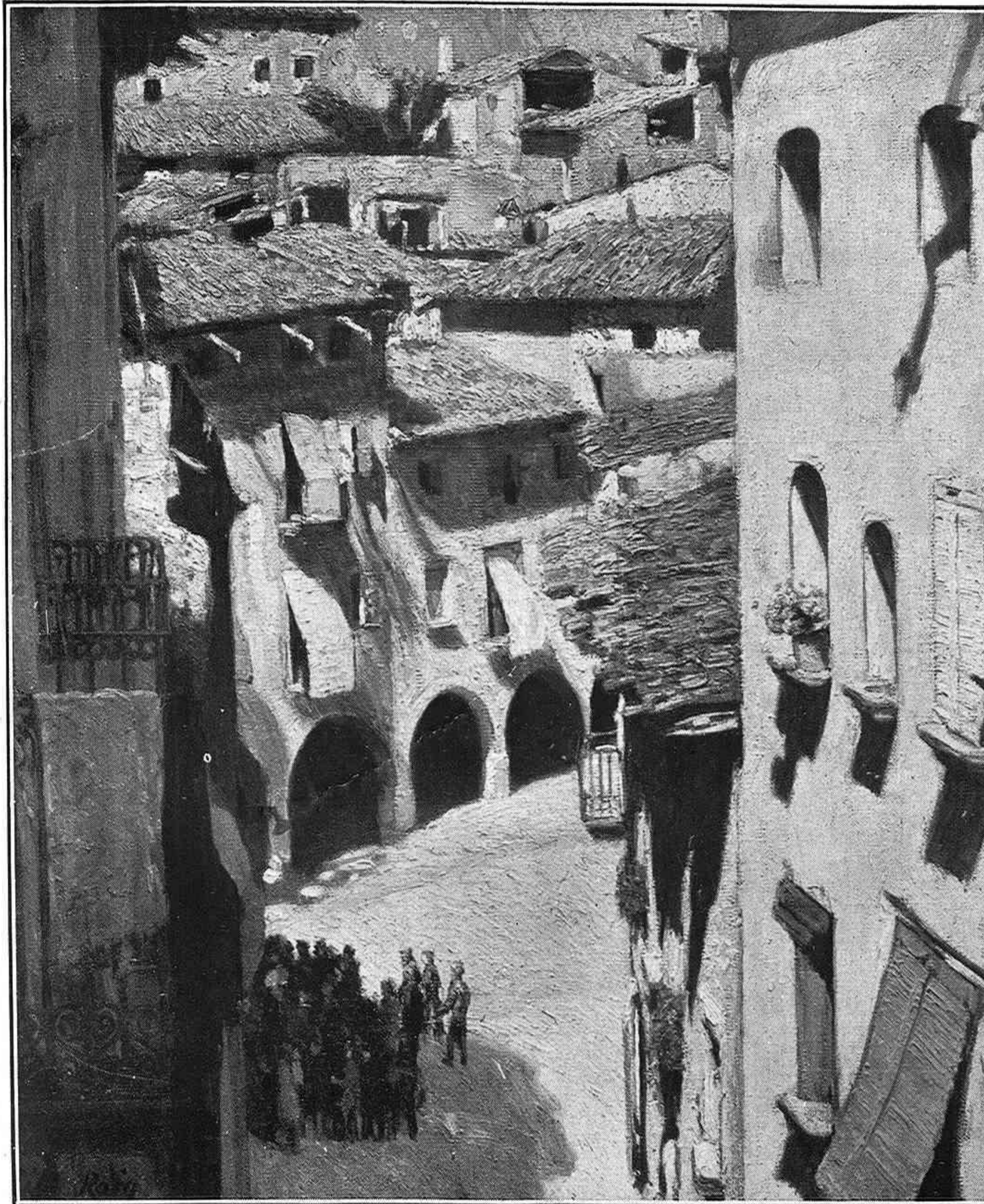
Asimismo estaba en posesión de numerosos premios, ganados en distintas manifestaciones artísticas, siendo un notorio galardón la medalla de oro en el concurso de paisajes catalanes (1921).

Muy amigo de sus amigos, Baldomero Gili aceptaba los cargos de Juntas y Cooperativas afectas á artistas. Fué presidente de la sección de Pintura del Círculo Artístico barcelonés, y el mismo cargo en la Cooperativa de Artistas para la construcción de casas baratas.

•••••

Nuestro ilustre artista conoció prácticamente todos los procedimientos pictóricos. Por eso su obra es tan varia. No por preferir

lauros que le fueron propicios para conseguir los éxitos positivos que alcanzara en el nuevo Continente.—JOAQUÍN CIERVO.



«Desde mi balcón». Albi (Lérída)

de Gili y Roig sus cuadros de paisaje, he de dejar de consignar sus envidiables condiciones para la interpretación de la figura.

Bien lo pregonan *La Castiza* y *La Ricitos*, tipos españoles llenos de dificultades para su interpretación. Recordaré los cuadros *Mi madre*, *Viejos tejados*, *Sol de Diciembre*, *Puerto de pescadores*, *Pueblo de mar* y *La abadía de San Cugat*. Este último destinado al Patronato del Museo nacional de Arte Moderno.

La última etapa artística de Gili comprende el paisaje de Mallorca, las montañas de Cataluña y el latido mar, que tal vez marcaba su ruta definitiva; sus ansias, sus afanes fueron por la pintura al aire libre, junto á los elementos...

Debemos recordar todos, como cuadros extraordinarios de Gili y Roig, *Pueblo de montaña* y *Feudalismo*.

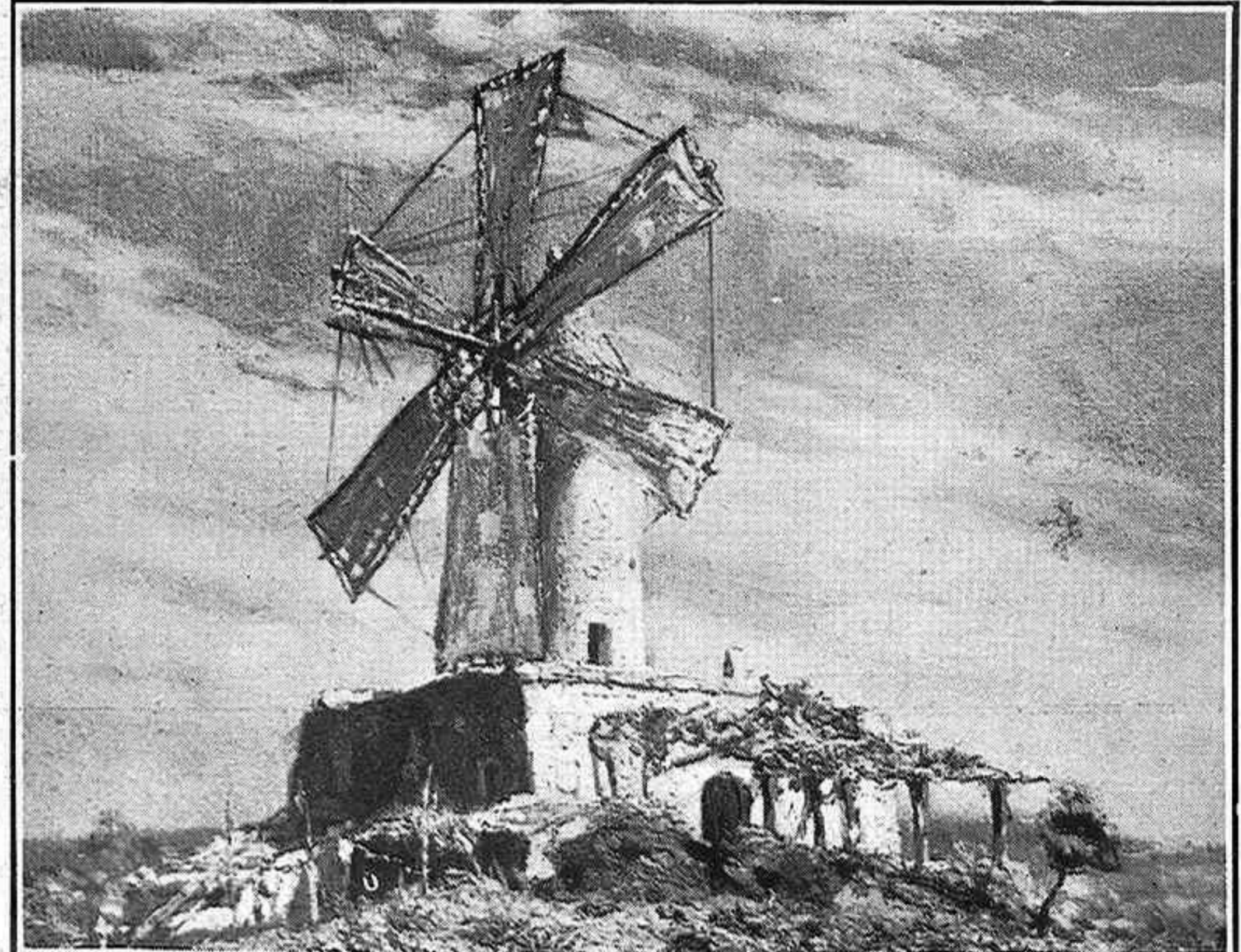
•••••

Su actividad era una de sus características.

No podrá Baldomero Gili y Roig volver á América ni presentarse con sus producciones en Nueva York—¡deseos tallidos!—. Deseaba hacer exhibiciones en Madrid, Lérída, Barcelona, Tarrasa y Gerona, donde conquistó



Calle de Santiago, en Fuenterrabía



«Molino de Manacor (Mallorca)»

(Fots. Serra)

*Las
monterías
en el Coto
de
Doñana*

*Dos
partidas de caza
organizadas
por el
Duque de Tarifa*



El pelotón de cazadores cabalgando por la orilla del Guadalquivir, camino de la Mancha

Alto de los expedicionarios, al llegar á un corral, para dar comienzo al ojeo



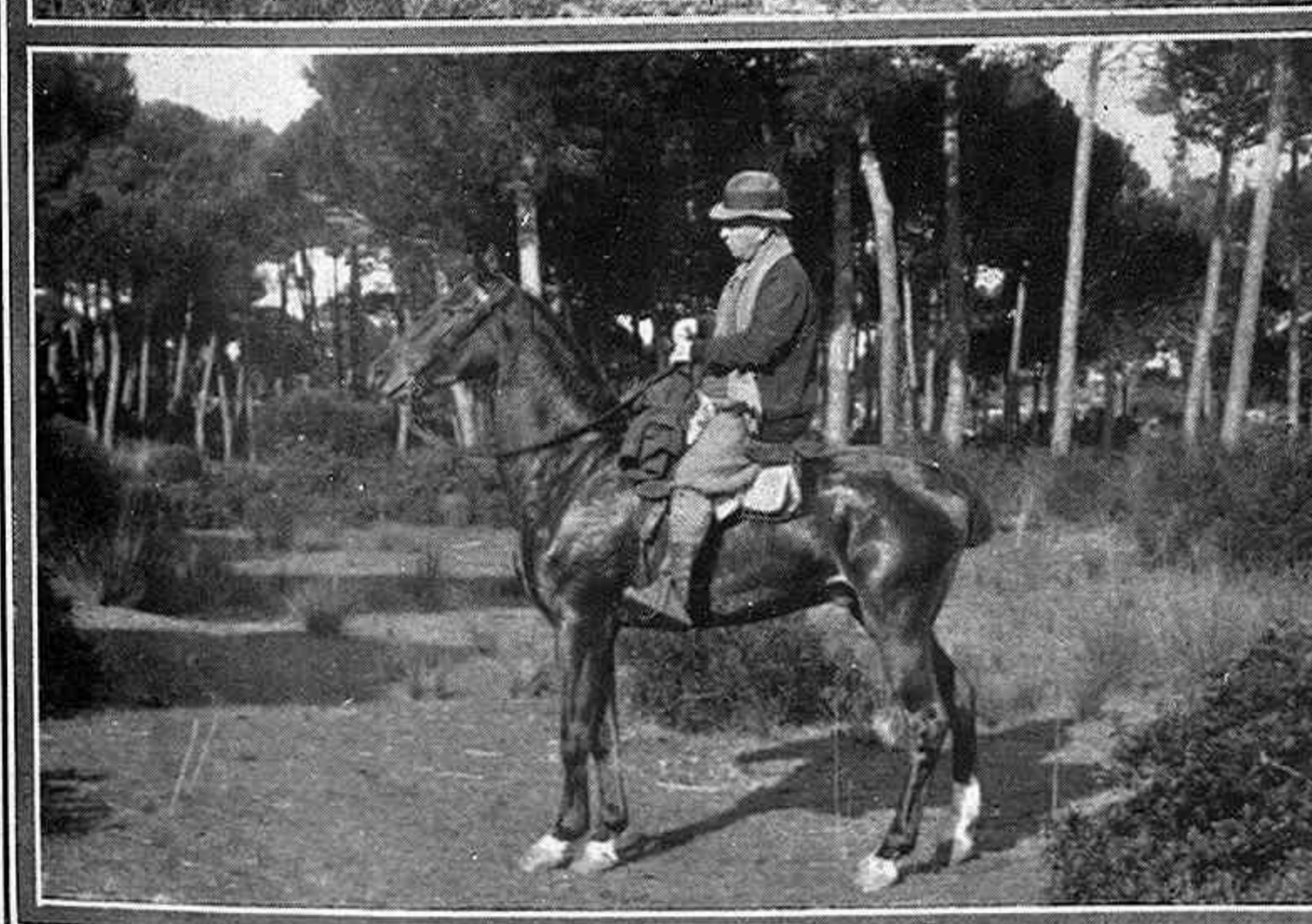
ORGANIZADAS por el Excmo. Sr. Duque de Tarifa, con su reconocida competencia y su entusiasmo habitual, se han celebrado últimamente dos grandes monterías en el célebre coto de Doñana.

El clima, la variedad del paisaje, la abundancia de caza, los múltiples deportes que en tal terreno se pueden ejercitar, así como lo confortable de sus palacios, han convertido aquel Coto en un paraíso.

Desearía dar á mi pluma las más bellas y floridas imágenes para detallar los sugestivos aspectos de estas monterías.

La llegada á Sevilla para acomodarnos prontamente en el *Stephanotis* —precioso yaht que posee el dueño—, y en él desplazarnos al Coto, es la primera grata impresión recibida.

Emprendemos la marcha por la cinta caudalosa del Guadalquivir, y



ya en pleno viaje, lleno de atractivos y evocaciones, vamos dejando atrás los pueblos tan pintorescos como Aznalfarache, Coria, con sus alamedas mimbrales, hasta entrar en plena marisma.

No se ve un árbol ni una casa. Son miles de hectáreas sin vegetación. A nuestros ojos sólo aparece agua, cielo y una pequeña línea, pero interminable, cortada por el Guadalquivir á nuestro lado y al otro por el infinito Atlántico, y entrambos, formando una Península, hállase el coto de Doñana.

Sus inhospitalarias marismas aparecen adornadas de vez en cuando por bandadas de miles de flamencos, cuyos plumajes rojos nos traen la idea de inmensas hogueras de fuego surcando el espacio. Grandiosa visión que acaso no haya pluma ó pincel capaz de reflejar.

Seguimos navegando, y el panorama adquiere matices diversos conforme avanzamos.

Inmensos cerros de arena, sólo comparables á los desiertos del Sahara, preséntanse á nuestra vista; luego divisamos manchas negras que cortan la esterilidad de los arenales, é indican oasis de vegetación: son bosques de pinos en su mayoría, estrangulados por los cerros de arena que entierran sus troncos y amenazan sepultar también sus frondosas copas. A estos pequeños y aislados bosques los llaman «Corrales».

Para describir la fauna del Coto necesitaríamos mayor espacio del que disponemos. Téngase presente que sólo en aves se hallan más de cuatrocientas variedades. En cuanto á cuadrúpedos, abundan preferentemente los venados, jabalíes y gamos, hallándose también en gran cantidad lince, gatos monteses, ginetas, zorras, nutrias, tejones...

Desembarcamos en el puente de la Plancha, y en cortos minutos nos hallamos en el palacio de la Marismilla, un refugio todo *comfort* aun para la persona más delicada y exigente.

Hácese allí una vida puramente cinegética. En punto á las ocho se sirve la comida, y á las diez somos todos con el lecho, única forma de madrugar y deducir largas horas para la caza.

Antes del sueño se procede al sorteo de los puestos que hemos de ocupar al día siguiente y á la designación de las «manchas» que hemos de montar, marcadas previamente en el plano de la finca.

El sistema para cazar es al «ojeo», siendo importante la observación estricta de las indicaciones que nos hace el guarda al colocarnos. Tienden éstas á la previsión de fortuitos y desagradables accidentes.

Permitásenos mostrar un ligero aspecto de esta cacería referente á los venados. Estos, al ser levantados por los perros, no corren des-pavoridos hacia las escopetas, como ocurre en Sierra Morena. Aquí son cautelosos, caminan por las espesuras, y si hay alguna ondulación del terreno se ocultan á la vista del cazador y el ojeador, en tal forma que apenas si dejan asomar los cuernos. De descubrirlos el aire, prefieren escapar por entre los batidores antes que atravesar la línea de escopetas.

En toda clase de ojeos lo natural es colocarse de frente á la «mancha»; pero en nuestro caso lo práctico es sentarse dando la espalda al sitio por donde puede entrar la res, pues nada adelantará el cazador con verla antes de entrar en la línea de fuego, y sí muchas probabilidades que de apercibirse del cazador, la res no entre en la línea de tiro...

A un lado otros minuciosos é innumerables detalles más, vamos á referir á grandes rasgos el resultado de las hermosas monterías celebradas en el coto de Doñana.

A la primera montería, efectuada en los días 4, 5, 6 y 7 de Enero, asistieron S. A. R. el Príncipe Max, los excelentísimos señores duques de Tarifa, de Almazán, de Nájera; condes de Ribadavia, Campo-Rey, D. Ignacio Urcola, D. Gonzalo Rivera y el que estas cuartillas suscribe.

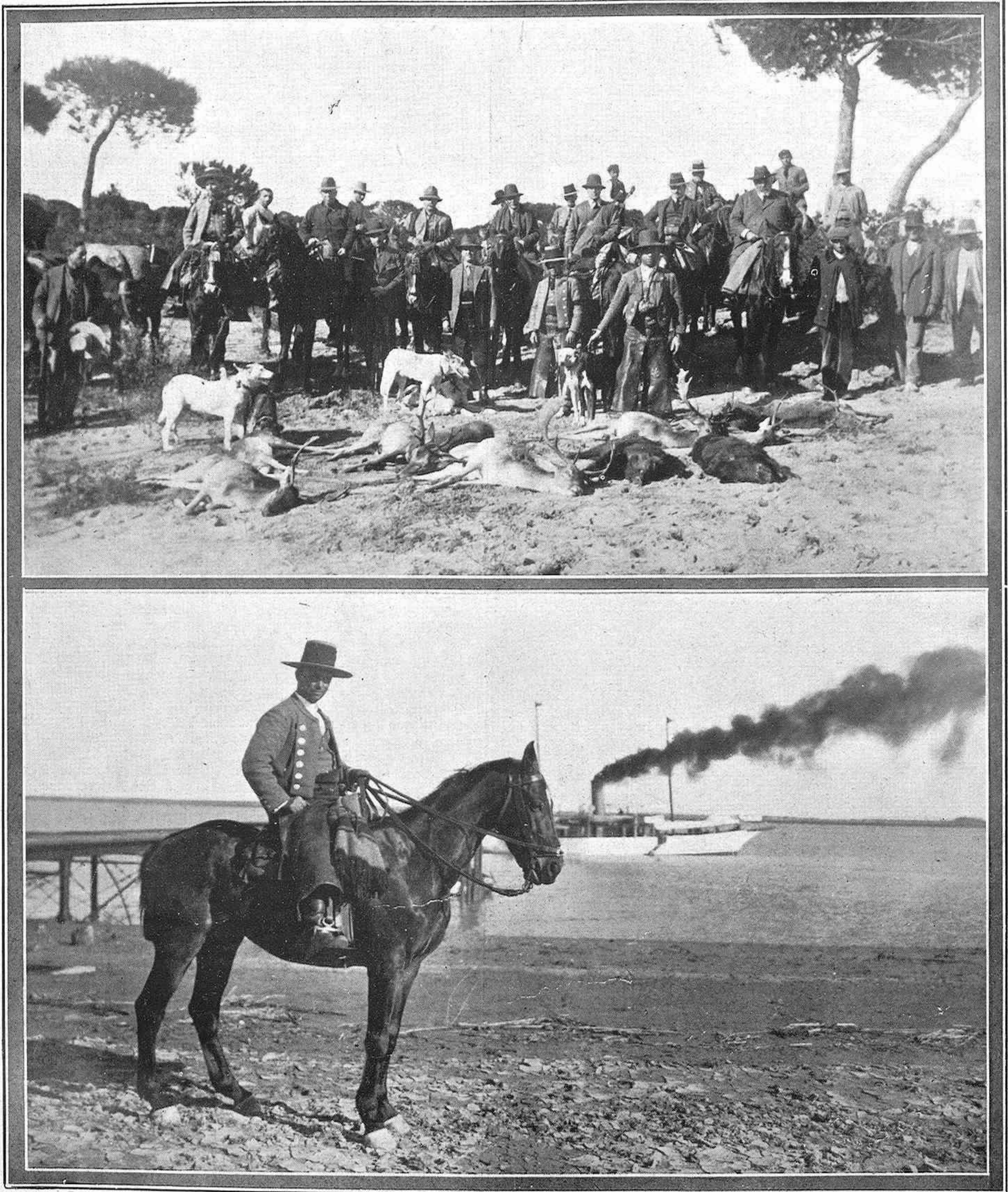
Total, nueve escopetas y ochenta reses cobradas, entre venados, jabalíes y gamos. El primer día montamos las manchas denominadas «El Españolillo», «El Carrizal» y «Los Navarros». Tuvimos escasa fortuna porque el aire nos fué adverso.

El segundo día exploramos «El Zahar», «Rincón Sotillos» y «Pico de las Angosturas». Resultó un día espléndido y encontramos numerosas reses en todas las manchas.

El tercer día dimos comienzo por la mancha llamada «Culata de la Venta», cuya situación es ideal, frente por frente á Sanlúcar de Barrameda.

Es un ojeo precioso. Separada esta mancha de la población por el Guadalquivir, se están viendo pasar los automóviles por la Calzada de Sanlúcar, y el ruido de sus bocinas llegan á nuestros oídos mezclados con el de los trabucazos de los podenqueros, el bronco ladrar de los perros, que han levantado una res; cuando no se confunde la natural algarabía de perros y cazadores con los pregones de la subasta del mercado en Bajo-Guía, el mercado de Sanlúcar, las sirenas de los barcos, las maniobras del ferrocarril en Bonanza..., hasta que de pronto requiere nuestra atención la presencia, por ejemplo, de un hermoso venado en la línea de fuego, para traer al cazador la misma impresión que seguramente recibió San Huberto con la aparición de su venado... En esta situación, y bajo tales sensaciones, tuve el acierto, la suerte, de cobrar una magnífico ejemplar de doce puntas.

De arriba á abajo: S. A. R. el Príncipe Max rematando un venado y un jabalí cobrados por el ilustre cazador; el Excmo. Sr. Duque de Nájera examinando un jabalí muerto por este aristócrata en «El Españolillo»; Pepe Pan, junto á un venado al que acaba de derribar, en la Veta de las Conchas; el Excmo. Sr. Conde de Campo Rey, al llegar á su puesto (Fots. Pan Elberto)



Arriba: los cazadores y las reses cobradas, al terminar una de las jornadas de montería en «Doñana». Abajo: el yacht «Stephanotis», llevando á su bordo á los invitados, se aleja del Coto. En primer término aparece un guarda montando un magnífico caballo de los criados por el Duque de Tarifa en «Doñana»
(Fots. Pan Elberto)

Si grandiosa era la perspectiva de esta mancha, poco tenía que envidiar á la siguiente «Culata del Faro», que da sobre el Océano Atlántico.

Allí, alejados de ruidos ciudadanos, cual en la precedente mancha, contra el rizo de las olas en el grandioso telón del mar, surcado de barcazas y vaporcitos, nuestra imaginación parece escapar á un mundo fascinante...

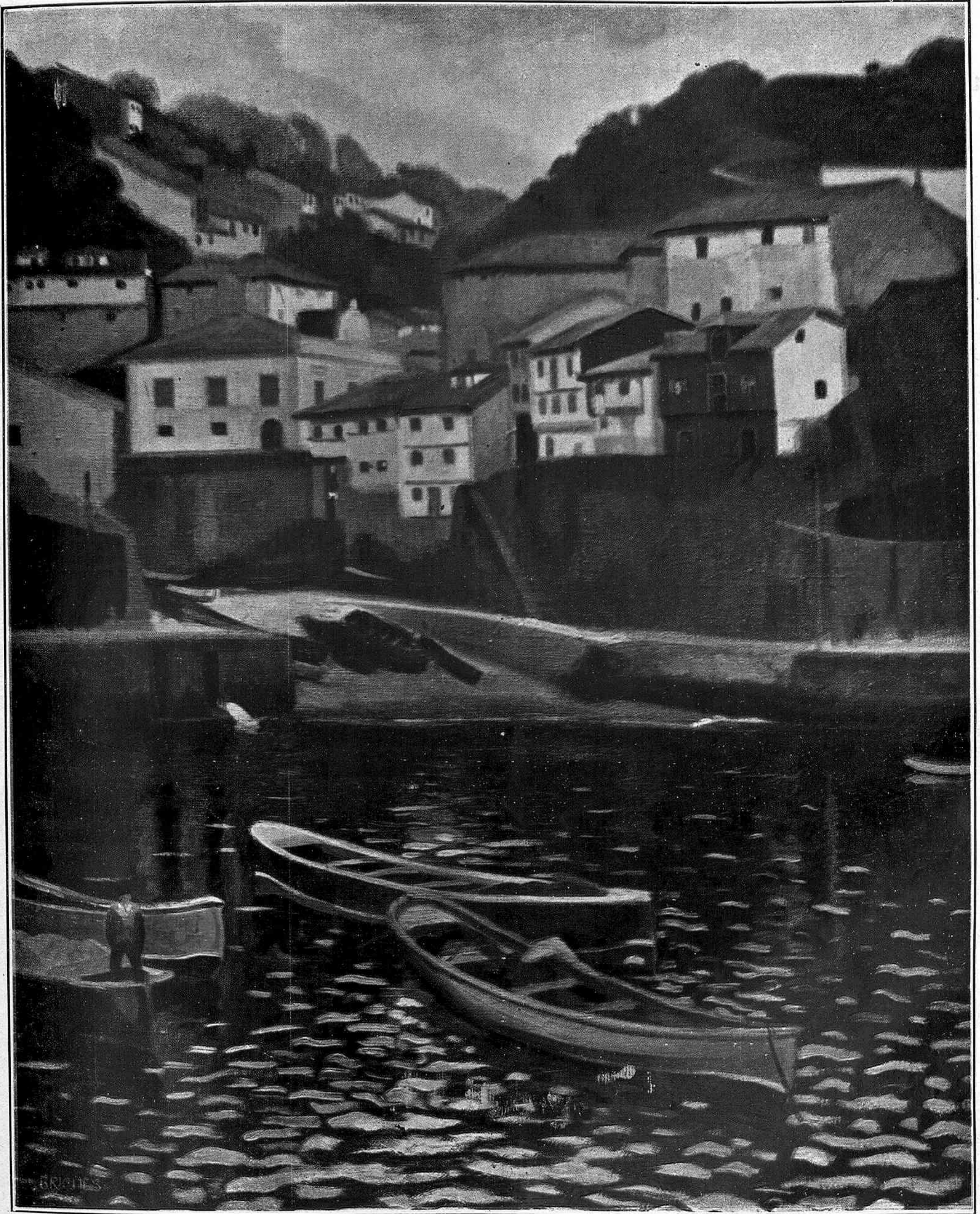
Cobramos siete venados y dos hermosos jabalíes, y para terminar, monteamos «Los Hoyillos de San Roque».

El cuarto día no pude asistir á la montería por requerir Jerez mi presencia, y con harto dolor de mi corazón abandoné á mis compañeros en San Huberto, que dieron cuatro manchas: «Hato del Cerro del Trigo», «Galabart», «Mancha Milagro» y «Mancha Grande», cobrando cuatro venados, cuatro jabalíes y dos gamos.

El día de marcha, y como despedida, daban la mancha «La Veta de las Conchas», situada también á orillas del Guadalquivir. En gracia á los progresos de locomoción, pude desplazarme

de Jerez al Coto en cosa de una hora. La mancha, magnífica de reses, nos trajo doce á las escopetas, dándose por terminada la montería de «La Marismillas» con un resultado brillantísimo, y que dejará en mi memoria un recuerdo impercedero por las atenciones y amabilidades recibidas del señor duque, hombre de relevante talento, gran simpático y gran demócrata, que por igual acoge en su palacio á S. M. el Rey que á este modesto cronista.

José PAN ELBERTO



PUEBLOS ASTURIANOS

«Cudillero», cuadro original de Fernando Briones

M A D R E

Salón de un palacio de leyenda, vasto, austero, suntuoso. Ricos tapices, doradas cornucopias, lienzos un poco desteñidos por el tiempo. Ventanales que se abren á un parque. Muebles vetustos de melancólico aspecto. Un clavicordio que invita al ensueño de evocadoras sonatas. Búcaros con flores secas. Miniaturas de marfil con bustos de mujeres hermosas que envejecieron y murieron. Arañas de cristal cuyas bujías la grimean sobre las arandelas. Es alta noche. La anciana princesa Rosaura descansa en doradositial. La acompañan sus damas de honor, doña Leonora, casi tan vieja como ella, y doña Rosalinda, joven y hermosa. Rosalinda acaba de ejecutar en el clavicordio música de Schubert, que rima bien con esta noche otoñal. La anciana princesa suspira, la frente apoyada en la palma de la mano. Sus damas procuran inútilmente distraerla de su pena de siempre.

LEONORA.—Señora; es más de media noche. ¿Por qué no os retiráis á descansar?

ROSALINDA.—Retiraos, señora. Estáis fatigada. ¿A qué esta espera sin motivo día tras día?

PRINCESA.—¿Sin motivo, dices? ¿Es que nada espero? Cuando lo que espero es todo. Aquí esperaré hasta la aurora, como siempre, hasta que venga, hasta que venga..., porque ha de venir un día; ha de venir... No lo dudes, Leonora; no lo dudes, Rosalinda.

LEONORA.—Vuestra Alteza me perdona; pero es mejor para Vuestra Alteza que vuestro amado hijo, el príncipe Crisanto, siga, como desde hace un año largo, sin dar señales de vida. Recuerde Vuestra Alteza la que le daba hasta que tuvo á bien desaparecer del Palacio, y aun creo que del reino, pues todo el reino se ha revuelto para encontrarlo, acompañado de Mabry, la cantante, mujer perversa, satánica.

ROSALINDA.—Que lo arrastró—dicen—con la mirada magnética de sus embrujados ojos verdes á esos abismos de pecado en cuya sima parece haberse perdido la existencia del príncipe, pues ni el más leve rastro hay de su paradero. ¿Cuánto mejor sería, señora, que—como algunos suponen y yo soñé una noche, según hube de referir á Vuestra Alteza—el príncipe Crisanto fuera muerto! Pre-

ferible sería para vuestra paz y para Dios, que seguir viviendo lejos de su madre y apartado del Señor, con la lepra del pecado comiéndosele el alma. De cualquier modo, señora, perdido lo habéis, y siempre es más dulce recordarlo muerto que mal hijo, poder rezarle que temer por él.

PRINCESA.—¿No digas eso, no digas eso!

ROSALINDA.—¿Acaso es señal de dicha el que un hijo no se acuerde de su madre?

PRINCESA.—Pues claro está... Todos los hijos son ingratos; el mío, por mi mal, el más ingrato de todos.. Viven y gozan en un olvido completo de todo lo que no es su goce. Sólo cuando sufren buscan el calor de su madre... ¡Y si tú supieras, Rosalinda, lo dulce

que es curar con besos las heridas que otras mujeres, que no son madres, han abierto en el corazón de un hijo! ¡Lo dulce que es consolar las tristezas, los hastíos, los dolores y los desencantos, y hacerles descansar un poco á la sombra de nuestro cariño, hasta que, cicatrizada la herida, se huyen otra vez de nuestros brazos, volviendo á la ingratitud... ¡Pero aun ingrato y para huirse enseguida, haz, Dios mío, que vuelva mi hijo! ¡Que yo lo vea un instante!

LEONORA.—No es á vuestro augusto hijo á quien más conviene el regreso á su patria. Graves males le acecharían; antiguos é indomables rencores. Recuerde Vuestra Alteza lo malquisto que estaba con la pública opinión, la fama vergonzosa que habíase formado enderredor de su nombre..

PRINCESA.—Sí; ya lo sé... Le llamaban el príncipe de corazón deforme... ¡Ay, Dios mío!... ¡De corazón deforme!... ¡Yo que había formado su corazón de niño á mi gusto y antojo, como blanda cera por mis manos modelada! ¡Yo, que ha-

bía encerrado en ese corazón los tesoros todos de la fe, de la dulzura, del amor y de la humildad! ¡Yo, que había hecho de ese corazón panal de besos, cuna de oro, campo de flores! ¡Cómo es posible, Dios mío, que haya su figura y esencia trocado de tal modo que se pueda llamarle el príncipe de corazón deforme? No es posible, ¡Dios mío! Malas brujas me lo han hechizado. Luzbel debe de haberle poseído.

LEONORA.—Sólo así se concibe liviandad tan grande en hombre que ha nacido de madre tan santa.

ROSALINDA.—Sólo así se concibe. ¡Cómo si no podría vivir sin acordarse de su madre, sin mirar nunca al cielo, sin llorar alguna vez! Es indudable que el diablo anida en su espíritu; el diablo que se aparece á los ojos del hombre bajo todas las formas, y que ha ele-



Vivo y bien vivo está mi hijo; el corazón me lo dice, y volverá á los brazos de su madre... Yo no sé cuándo..., pero volverá. Tampoco en eso me engaña el corazón. En cuanto á su vida, yo sólo pido al Cielo que sea dichoso, aunque yo no lo vea, aunque él no se acuerde de mí. Su felicidad es lo primero.

LEONORA.—¿Su felicidad! ¿Es que una vida licenciosa, de escándalo y aventura, puede dar la felicidad? No lo concibo. Recuerde Vuestra Alteza la vida que aquí llevaba. De fiesta en fiesta; de orgía en orgía, y siempre aburrido, sombrío... Del tedio, ¿qué ventura pueden nacer? Si más prudente fuera...

PRINCESA.—Antes lo quiero loco y dichoso que prudente y desgraciado. Su dicha es lo primero para mí en el mundo; ¿entiendes? lo primero. Y feliz debe de ser cuando no se acuerda de mí.

gido, sin duda, como la más horrible, la de mal hijo.

LEONORA.—¡Callad! Ved cómo el cansancio rinde las pobres fuerzas de Su Alteza y viene el sueño á cerrar sus ojos. ¡Pobre señora! Siempre esperando, día y noche, al hijo que no llega..., que ¡ojalá no llegue nunca, para bien de todos, pues capaz es el desalmado de asesinar á su propia madre para robar el oro de sus arcas.

ROSALINDA.—¡Por Dios! ¡A tanto creéis que llega su maldad?

LEONORA.—A más. Jorobas tiene en el corazón; deformidades monstruosas que le privan de todo sentimiento.

ROSALINDA.—Platicad más quedo. Ved cómo mueve los labios, intentando hablar, cómo se agita... Alguna mala pesadilla debe de estar sufriendo.

PRINCESA.—¿Dónde está mi hijo? ¿Vive? ¿Ha muerto? No; no ha muerto... Yo buscaré á mi hijo... Yo encontraré á mi hijo...

ROSALINDA.—Siempre el mismo pensamiento! Ni aun en sueños le abandona.

PRINCESA.—Aunque se esconda en lo más hondo de la tierra, es toy segura de encontrarlo. Me guiará el instinto... Mi misma ansiedad me servirá de lazarillo... Lo buscaré á tientas entre las sombras del mundo y de la noche.

ROSALINDA.—En las tinieblas del pecado!

PRINCESA.—Llévame, corazón; llévame donde está mi hijo... Tú, que nunca me engañas; tú, que adviertes; tú, que sabes; tú, que vigilas, enséñame el camino... ¡Oh, gracias, gracias! El corazón me lleva, me lleva... No me engaña, sabe bien el camino... Pero ¡qué camino tan negro! ¡Y qué senda tan larga!... No se le ve el fin... ¿A dónde vamos?

ROSALINDA.—¡Qué triste delirio!

PRINCESA.—Sin duda, hay en la noche genios que se conjuran para amasar las sombras é impedir que las pobres madres encuentren á sus hijos... ¡Ni una luz! La luna, también enemiga, esconde su antorcha tras las nubes. Pero contra las sombras, contra la noche, contra los malos espíritus que acechan, contra todo, avanzando voy por mi camino, por esta senda interminable, infinita, angustiosa. Dijérase la del Calvario... ¡Con mi dolor á cuestras, punzándome como espigas los pensamientos, Nazareno soy, por

tu amor y para redimirte, hijo mío!... ¡Qué fatiga!... Mis fuerzas flaquean; mis pies sangran... ¡Pero no importa! Las alas del corazón me llevan..

ROSALINDA.—¡Oh, el amor de nuestra madre, más fuerte que nada en el mundo!

PRINCESA.—¡Ah! ¡Aquí! ¡Aquí!... ¡Este es el sitio donde está mi hijo! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, corazón, que has sabido traerme! ¡Por fin! ¡Por fin voy á verle! Pero ¡qué lugar es éste?... Mis pobres ojos apenas distinguen... También aquí hay tinieblas, ó lo parecen... ¡Extraño lugar! Tiene algo de an-

te conmigo... Pero ¡qué es esto, hijo mío! ¿Es que no me conoces? ¿Es que no conoces á tu madre? ¿Es que ya no te acuerdas de tu madre? ¡Habla! ¡Mírame, hijo mío!... ¡Qué horror! No me contestas; no me miras... ¡Ni piedad te merezco? ¡Jesús mío, valédme! ¡Ángeles de misericordia, sostenedme! Las fuerzas me abandonan... Yo me muero...

ROSALINDA.—Despertémosla. ¿No os parece? Que no sufra... Ved cómo se agita.

LEONORA.—¡No! Dejémosla. Sería peligroso despertarla, volverla bruscamente á la realidad..

PRINCESA.—¿Qué disputa? ¿Qué amenazas son esas? ¡Callad! ¡No gritéis!... Regañan por el juego... Se levantan airados; se insultan... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso que brilla?... ¿Puñales? ¡Guardad esos puñales! ¡Dios! ¡Y es á mi hijo, á mi hijo! ¿á quien queréis acerralar, á quien queréis matar! ¡No! ¡No lo haréis! ¡Aquí estoy yo para impedirlo! ¡Paso! ¡Paso he dicho! ¡A zarpazos y dentelladas me lo abriré entre todos! ¡Paso! ¡Ah!... ¡Ya estoy aquí, hijo mío! ¡Mi cuerpo te defiende! ¡No temas! ¡Tendrán que acribillarme á puñaladas antes de tocarte! ¡Ay!... ¿Qué mano criminal acaba de traspasarme el corazón? ¡Todos huyen!... Sostenme, hijo mío, y no temas ya, que estás salvado!... ¡Mírame!... ¡Dame un beso... si quieres que muera dichosa!... ¡Ah!..

ROSALINDA.—¡Honor! ¡Acudamos en su auxilio... ¡Señora! ¡Señora!... ¡Despertad!... Estas manos frías... Esta palidez... ¿Es la muerte acaso? ¡Señora!...

LEONORA.—Sí, Rosalinda; es la muerte. Inútilmente la llamaréis; ya no puede responderos.

ROSALINDA

(cayendo de rodillas).—¡Muerta, sí!

LEONORA.—Terminó su Calvario...

ROSALINDA.—¡Pobre madre!... ¡Pobres madres todas las de la tierra! Recemos por su dolor... «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Amanece. El alba cenicienta asoma á la vidriera del salón. Arrodilladas ante su señora, ambas damas lloran y rezan.

J. ORTIZ DE PINEDO

(Dibujos de Roberto)



tro y de cubil, de lupanar y de taberna... Hombres y mujeres confundidos... Beben..., juegan..., disputan... ¿Qué hombres son estos tan sombríos, que miran de tan extraño modo? ¡Y es aquí, Dios mío; es aquí donde está mi hijo! ¡Fiera de esta guarida; leproso de esta miseria; ponzoña de este nido de serpientes!... ¿Dónde estás, hijo mío?... No acierto á distinguirme entre tantos... ¡Todos los rostros me parecen el mismo! ¡Ah! ¡Ya te veo! ¡Hijo! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo de mi carne y de mi vida! ¡Aquí me tienes! Vengó en tu busca, á abrazarte, á salvarte, á llevar-

(MOMENTOS DE TEDIO)

COMO todos los días tengo momentos de tedio, los aprovecho para trazar, sin motivo, las minucias que me pasan por la imaginación. Es una tarea extrañamente divertida.

•••••

Aunque se distinga por otras cosas, el hombre que no ama las mujeres es insipido. Tal una copa para saké enjocada de gemas, pero sin fondo. En cambio, errar á la ventura bajo el rocío y las heladas; tener siempre el corazón preocupado por desobedecer los consejos paternos y no escuchar los reproches del mundo; ser siempre inquieto y á veces no dormir, ¡esto es delicioso! Y, sobre todo, tener el afecto de una mujer, sin estar locamente enamorado de ella, es el justo medio que puede desearse.

•••••

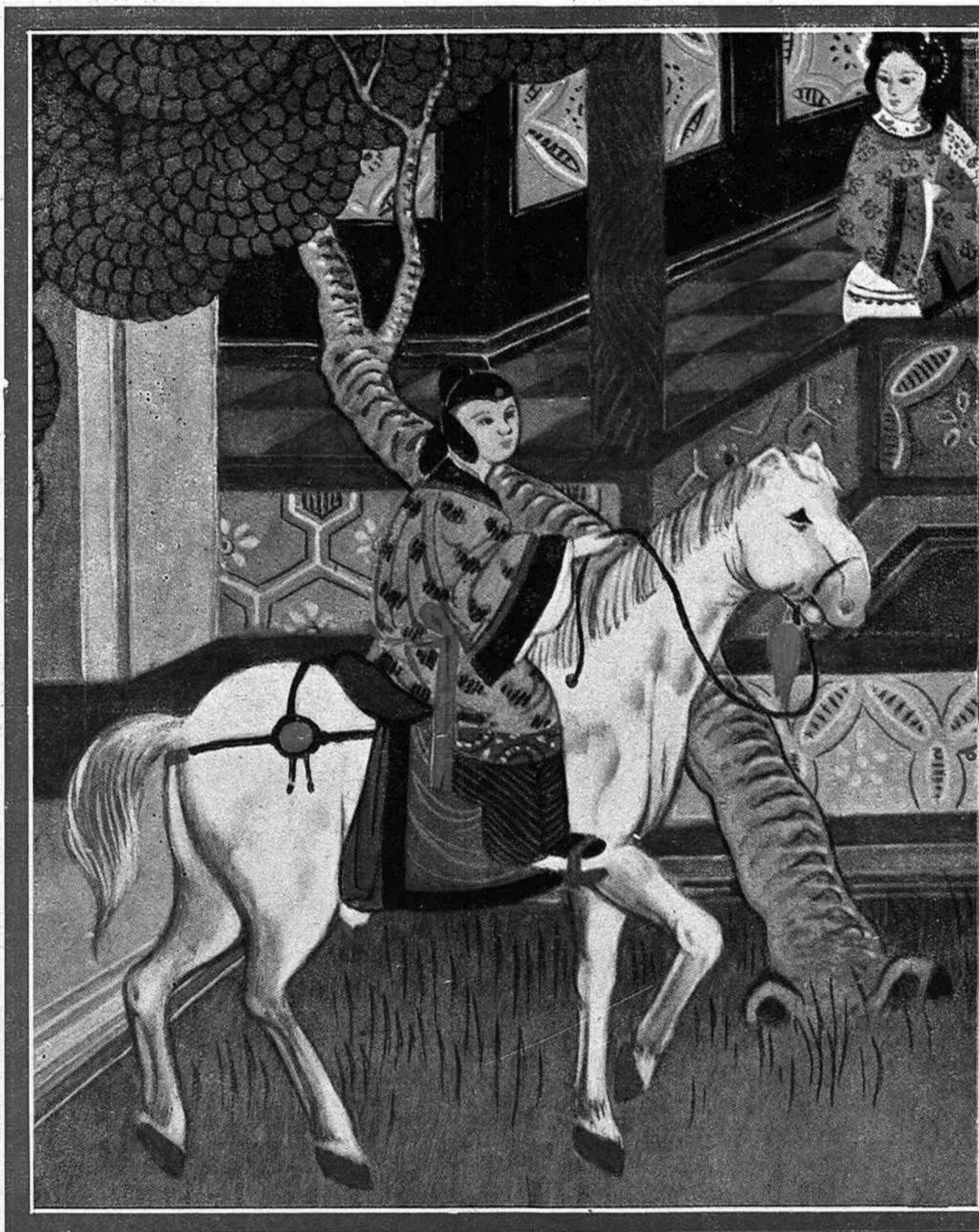
Sin desaparecer, como el rocío en la llanura de Adashino; sin disiparse, como la neblina del monte Toribé, permaneciendo eternamente en este mundo, ¿cómo comprender entonces la tristeza de las cosas? Amamos la vida por su propia incertidumbre. No obstante, si nos fijamos en los seres vivientes, vemos que ninguno dura tanto como el hombre. Lo efímero no llega á la noche. La cigarra estival no conoce la primavera ni el otoño. Es agradable pasar un año sin hacer nada. Si nos apegamos demasiado á la vida, los años pasan como el sueño de una noche de verano. Además, ¿para qué en este mundo transitorio fijar la fealdad de nuestro rostro? Nada tan vergonzoso como vivir mucho. Sería bueno hallar la muerte antes de los cuarenta años, cuando más. Después de esa edad ya se pierde el valor de sentir vergüenza por nuestra fealdad decadente. Nos colocamos demasiado en primera fila; nos envanecemos de tener hijos y nietos; deseamos mayor longevidad para asistir á nuevos sucesos, y nos hacemos aversos de todo sin pensar en la tristeza de las cosas. Es despreciable esto.

•••••

Un obispo llamado Ryogaku era muy malo. Como había un gran olmo cerca de su templo, le llamaban *El obispo del olmo*. Y como este nombre no le gustaba, mandó cortar el árbol. Pero quedó la raíz. Y entonces le llamaron *El obispo decapitado*. Cada vez más furioso, hizo arrancar la raíz y ahondar mucho el agujero en rededor. Entonces le llamaron *El obispo con la sepultura abierta*.

•••••

Cierta vez un hombre, queriendo hacer un buen bonzo de su hijo, le aconsejó profundi-



zar mucho las causas y efectos de las cosas, para que sus sermones estuvieran saturados de verdad vital. El hijo, á fin de llegar á ser un buen predicador por medio de estos consejos, aprendió á montar á caballo, porque no teniendo ni coche ni palanquín cuando le llamasen de alguna parte lejana y le enviaban un caballo, podría caerse y no cumplir con lo que le pedían. Bebió también saké, porque podía darse el caso de que después de las ceremonias budistas, si era un bonzo desprovisto de mundanidad, aburriría á las gentes. A este fin también aprendió las coplas populares. Y cuando ya consideró que había aprendido lo suficiente, se encontró que era demasiado viejo para estudiar sermones... No solamente aquel bonzo, sino en general los hombres, suelen hacer esto mismo. Cuando son jóvenes sienten de buena fe la intención de estudiar para hacer camino y establecerse bien en la vida. Pero se cree demasiado fácil la una y se dan á la pereza. No se ocupan de las cosas presentes, y transcurren los días y los meses sin hacer nada. Mientras el cuerpo envejece. Por último, sin ser hábil para ninguna arte, sin lograr nada de cuanto se deseó, desciende la edad como un aro por una pendiente.

•••••

Cosas que sobran:
En una casa, demasiados muebles.

En un escritorio, demasiados pinceles.

En el altar doméstico, demasiados budas.

En un jardín, demasiadas rocas y árboles.

En una familia, demasiados hijos y nietos.

Al encontrarse, demasiadas palabras.

En la oración, demasiados ruegos.

Cosas que no sobran:

En una biblioteca, muchos libros.

En un basurero, mucha basura.

•••••

Siete clases de individuos que no sirven para amigos:

El hombre de rango superior al nuestro.

El hombre demasiado joven.

El que tiene cuerpo vigoroso y no sufrió nunca.

El que ama la bebida.

El guerrero audaz y agresivo.

El mentiroso.

El avaro.

Y tres buenos amigos:

El hombre que regala.

El médico.

El hombre inteligente.

•••••

Sin ser de los que, hundidos en la soledad y la tristeza, acaban de pronto un día por abandonar el mundo y afeitarse la cabeza, no hay nada tan agradable como cerrar nuestra puerta y pasar los días sin esperar nada. Como decía el schunagon Akimoto: «Ver la luna más allá de la montaña, sin estar exilado.» Yo opino lo mismo.

•••••

El hombre derrocha el tiempo. ¿Desconoce su valor ó es un imbécil? Para los indolentes, un céntimo no vale la pena. Y, sin embargo, la riqueza no es más que céntimos acumulados. Bien lo saben los mercaderes, y por eso codician el céntimo. Si cada instante solo no se estima, todos pasarán pronto, y llegará pronto el momento final. Hay que ser económicos de meses y de días.

•••••

Cuando yo tenía ocho años le pregunté á mi padre: «¿Qué es un Buda?» Y mi padre contestó: «Un hombre que ha llegado á ser un Buda.» Yo volví á preguntar: «¿Y cómo llega un hombre á ser Buda?» «Por la enseñanza de otro Buda.» «Pero ¿quién enseñó al Buda que enseña al hombre?» «Otro Buda que vivió con aquél.» «Pero ¿cuál fué el primer Buda que empezó á enseñar?» «¿Quién sabe! Tal vez bajó del cielo. Quizá surgió de la tierra.» Y se echó á reír, acosado por mis preguntas, que no sabía contestar. Luego les contó la cosa á sus amigos, y todos reían sin saber por qué.

KENNKO HOSHI

(1283-1350)

Traducción de FORTUNIO — Ilustración de M. Ramos

EL SILENCIO DE ZAMORA

¡Silencio, silencio! La campana llora;
en el aire extático se duerme una hora...
¡Oh, los legendarios bronce de Zamora!

•••••

Rincones silentes, viejas plazoletas,
dulces para amar y para soñar;
frondas de Valorio, donde los poetas
escuchan el Duero, lejano, cantar.

Río de romance que lleva en su son
historias de guerras y dulce trovar,
donde una princesa hila su canción
soñando en Rodrigo Díaz de Vivar.
Canción del medioevo suspira Zamora,
y la voz del Tiempo parece que llora.

•••••

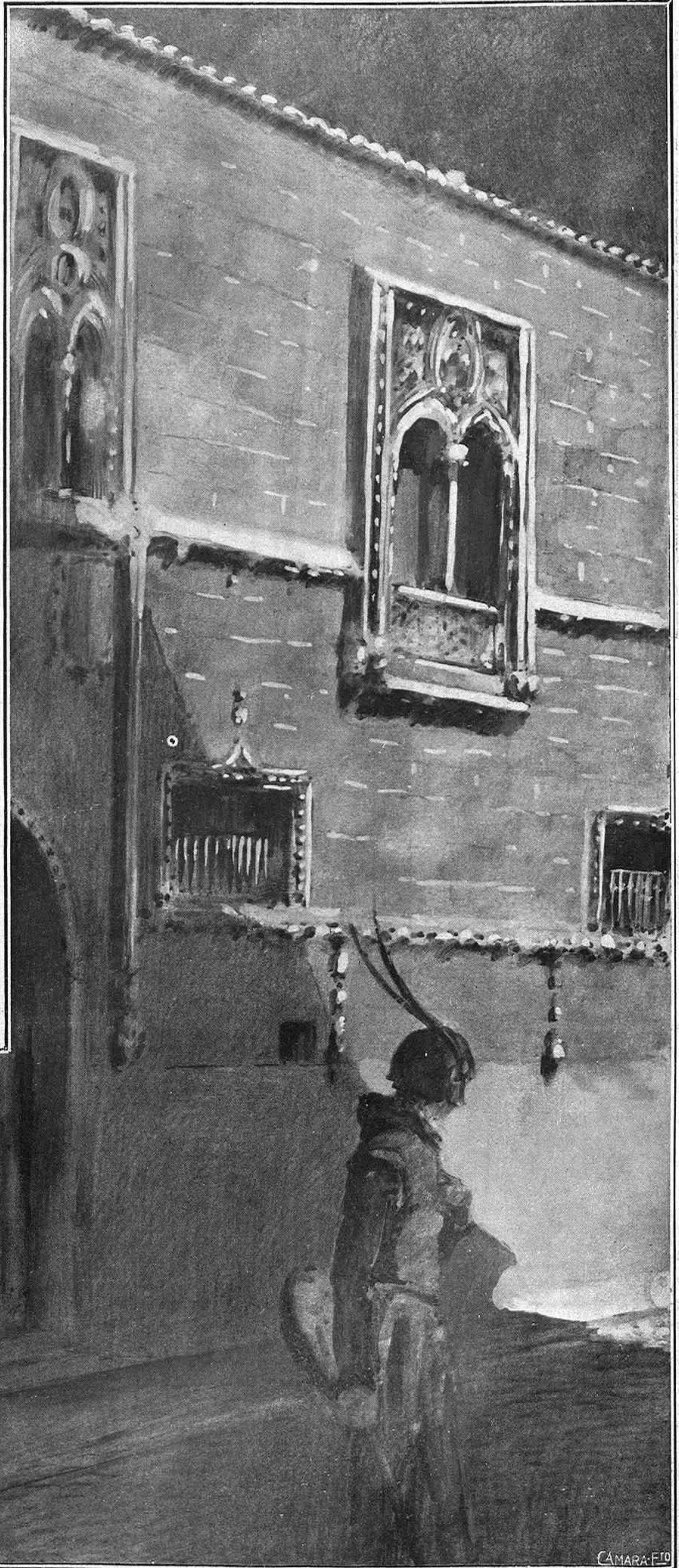
Los siglos se paran en los campanarios,
y doran los viejos templos solitarios,
estrofas románicas de un tiempo mejor
de flores y versos en cortes de amor;
princesas guerreras de cota de acero;
juglares de pluma de gallo al sombrero;
bufones y dueñas y fieros señores
que eran trovadores y campeadores.
En la ciudad muerta de melancolía
estas nobles sombras viven todavía;
decoran los atrios y las calles solas;
sobre la muralla brilla su armadura;
de las grandes damas, las joyantes colas
de pavos reales
crujen de los templos en la nave oscura
y asoman los viejos estrados feudales.
Estas bellas sombras viven todavía;
se ven con los ojos de la fantasía.

•••••

¡Silencio, silencio! Retumba una hora;
su voz del medioevo desgrana Zamora,
dormida en la Historia. No existe el presente,
y esta hora doliente
que del tiempo en éxtasis la calma turbó,
¡quién sabe á qué incierta centuria pasada
corresponde el eco de esa campanada
del viejo reloj!

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Máximo Ramos)



CAMARA-FID



Uno de los relieves que decoran el monumento a Sucre, y que representa el momento en que el

general español D. José de Cantorac y el mariscal D. Antonio José de Sucre se estrechan las manos

En conmemoración de la batalla de Ayacucho

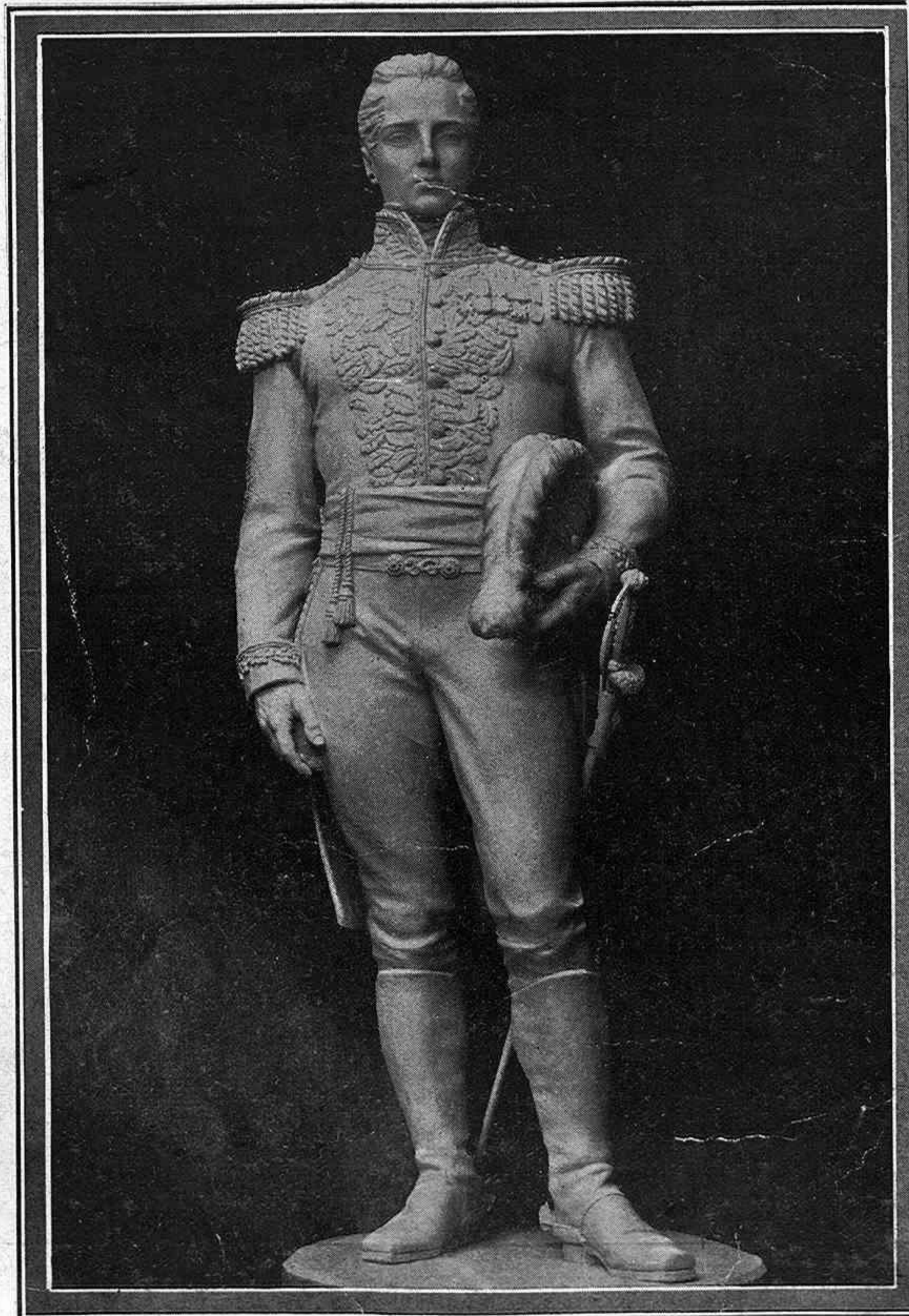
UNA página memorable de la Historia de América es la batalla de Ayacucho, librada el 9 de Diciembre de 1824 entre las fuerzas españolas, mandadas por el virrey La Serna, y las americanas, capitaneadas por el general Sucre.

Heroica y desigual pelea llevada entre las 9.000 unidades de que disponía La Serna y los 5.000 hombres mandados por Sucre.

Los españoles ocuparon los cerros de Cóndor Canqui, en tanto se situaban los partidarios de la independencia en unas lomas que dominaban el llano, en la parte oriental del valle.

Frente a frente los dos ejércitos, en la amanecida del citado 9 de Diciembre, comenzó el combate, generalizándose el fuego a las nueve de la mañana.

Luego de muchas alternativas y sendos hechos heroicos, La Serna hizo descender al valle á sus soldados. Recibiéronles los peruanos con un fuego nutrido, precursor de un vigoroso ataque á la bayoneta, en el que cayó herido La Serna. Desde tal instante, las tropas de éste pudieron considerarse vencidas. Sin embargo, Valdés—que con Cacho, Canterac, Ferraz, Monet y Villalobos alentaban las tropas mandadas por La Serna—hizo un hábil cambio de frente, cayendo sobre la división La Mar y poniéndole en grave apuro. En esto, Sucre, apreciando la importancia de la citada táctica, ordenó á la división Miller que acometiera á Valdés hasta perder el último soldado.



Un monumento al mariscal Sucre, en Santa Fe de Bogotá

Sobrevino un encarnizado combate, trocado á los breves momentos en un cuerpo á cuerpo, que duró dos interminables horas.

Sucre, entretanto, batía por todos los lados al ejército de La Serna, que al fin tuvo que replegarse, después de perder 1.400 hombres y 3.000 prisioneros; de éstos, cerca de 1.000 peninsulares. También los patriotas tuvieron grandes pérdidas, quedando, entre muertos y heridos, poco más de 1.000 hombres fuera de combate.

A la una de la tarde de aquella memorable fecha, el virrey La Serna, que se contaba entre los prisioneros, firmaba la capitulación, y con ella reconocía la independencia del Perú, equivalente á la de toda la América continental.

Publicamos en esta página algunas notas gráficas de la estatua y relieves que figurarán en el monumento conmemorativo de la batalla de Ayacucho, que se está elevando en una de las principales plazas de Santa Fe de Bogotá, la bella capital de Colombia, tan española por su aspecto y el carácter de sus habitantes.

La obra fué ganada, en concurso internacional, por el ilustre escultor Julio González Polo, y constituye, tanto por su admirable composición artística como por su magistral ejecución, una de las mejores creaciones de nuestro compatriota.

Estatua del mariscal Sucre, obra del escultor Julio González Polo, que coronará el monumento de Ayacucho

títesis de los tiempos molierescos en que una obra no podía entretener sino escrita en verso. La lírica imperaba en la dramaturgia, á la manera que hoy lo extraño, lo que no se soporta es al poeta.

El público, empero, reaccionó pronto de las tinieblas en que le habían metido Zoilos envidiosos y encarnizados. La prosa del *El Avaro* logró, al fin, cierta cumplida rehabilitación. Ménage encuentra la prosa de Molière superior á sus versos. Fenolón exclamó: «Molière, pensando bien, habla á menudo mal. Usa frases retorcidas y poco naturales. Terencio dice en cuatro palabras con la más elegante sencillez lo que éste en multitud de metáforas que tienen mucho de galimatías. Me gusta, no obstante, más su prosa que sus versos. Por ejemplo, *El Avaro* está menos mal escrito que sus piezas en verso... Pero, en general, me parece hasta en su prosa que no expresa con la debida sencillez sus pasiones.»

¿Por qué extraña decisión ó por qué impulso frente á la moda lírica entonces imperante movió á Juan Bautista Poquelin de Molière á escribir, entre otras, *El Avaro* en prosa? ¿Es un amplio esquema ó, por el contrario, una pieza definitiva? La Harpe, en su *Cours de Littérature*, dice textualmente: «Si Molière no versificó *El Avaro* fué por falta de tiempo.» Jules Taschereau, comentando la desconcertante aseveración de La Harpe, exclama con graciosa indignación: «Jamás aserto así nos ha parecido más extrañamente atrevido.»

¿Quién puede pensar que la prosa de *El Avaro* no es más que un plan, un boceto, y que nos ha quedado porque no tuvo tiempo Molière de versificar su obra? ¿Decir que salió al correr de la pluma y que no es nada más que como una especie de argumento detallado de sus escenas!»

* La crítica dura y acerba que padeció Molière no se limitó solamente á censurar su obra literaria en sí ni á señalar los defectos de su estilo. Más honda, más exigente, henchida de amplitud insospechada, no se detuvo ante el literato. Buceó en el alma burlesca del pensador, en sus recónditas ideas, en sus inquietudes nobilísimas, en sus intenciones morales, de moral á su manera.

En ningún frontispicio escénico mejor que el que cobijara sus re-



MOLIERE

presentaciones pudo haber el adagio clásico: *Castigat ridendo mores*; sus farsas, de un aticismo cruel á las veces, de una plasticidad viva y enañada siempre, mostraban y muestran hoy, en un ímpetu dramático asombroso, muchas de las carroñas y vicios humanos en

la áspera grandeza de sus concepciones geniales, con una donosura maestra y ejemplar.

A pesar de ello, los que debían ser más afines á su inquietud espiritual, tampoco tuvieron un punto de amplia consideración para el creador nada menos que de la comedia actual. No sin reservas admitieron sus piezas aun los más llamados á comprenderlas y exaltarlas. El mismo Juan Jacobo Rousseau dice á propósito de *El Avaro*: «Es un gran vicio el ser avaro y el prestar con usura. Pero, ¿no es todavía un gran vicio mayor aún el de un hijo que roba á su padre; que le falta al respeto; que le replica con maneras insultantes, y que cuando su padre, irritado, le maldice, le responde de un modo impertinente? Aunque la farsa es excelente, no es por eso menos censurable, ya que en ella se exalta al hijo insolente y en definitiva resulta una escuela de malas costumbres.»

Como puede colegirse por los textos citados y otros muchos del mismo tono y sentido idéntico, no tuvo Molière, al parecer, fortuna con la crítica ni con el público con su farsa *El Avaro*. Ha sido después, en el transcurso de los siglos, cuando la generalidad volvió curiosamente la mirada hacia este genial autor y empezó á estimarle y comprenderle. Así, pasado tanto tiempo, agigantada su figura, la adaptación de su obra al idioma español es recibida con curiosidad y general consenso, y ha logrado ahora mejores comen-

tarios que cuando se estrenó, donde no faltó ni el espectador insatisfecho que gritase con ironía: «No está mal esta pieza de Molière. Hay muchas cosas aprovechables en ella. Se pueden aprender excelentes principios de economía...»

Espectáculo harto diferente, por cierto, al que ofrecen las gentes de hoy siguiendo con atención las originales incidencias de toda la farsa y congregándose en un teatro de tradición castiza y de humilde traza, para gustar de la comedia molieresca.

Y es que Harpagón no es sólo una figura de ayer; es de hoy y será de mañana. De Francia, de España, de todos los países. Tiene, además, en esencia, un impulso creador amplísimo. Tan grande que persiste á través de los tiempos, de todas las edades y de todas las épocas.



El ilustre actor Francisco Morano en su interpretación de «El Avaro», de Molière

E. Estévez-Ortega

INDISCRECIONES

¿Por qué se

dedicó usted al Teatro?

LORETO Prado no tenía afición alguna al teatro. Hija de familia acomodada, no pensó que la escena le sirviese de otra cosa que de diversión dominical. Muerto su padre, la abundancia no continuó frecuentando su hogar, en el que irrumpieron pronto las escaseces.

Buscaron, en los días malos, trabajo Loreto y su hermana Araceli, que á poco abandonó la profesión, y entró á formar parte de la compañía que actuaba entonces en el Teatro Felipe.

La suerte la llevó á substituir á la primera tiple, repentinamente indispueta, y Loreto, la genial, con razón llamada *la única*, debutó en Felipe con la zarzuela *Los carboneros*.

Intimamente la popular artista deseaba *quedar mal*. Todo antes que ser profesional del teatro, al que ella aborreció.

Pero una vez delante del público Loreto sintió despertar en su corazón una cosa antes desconocida: el amor propio. Por amor propio, á



LORETO

PRADO

nos grupos de aficionados organizaban en el Teatro Alhambra, Chicote alcanzó tan repetidos triunfos, que pronto le ilusionó la idea de ser cómico *de verdad*. Representando el juguete de Escrich *El maestro de baile*, y el drama *De potencia á potencia*, en el que «hacía» un viejo muy bien caracterizado, el señor catadrático de Declamación decidióse á ser actor. Su primer contrato fué para el Teatro Barbieri, con diez reales de sueldo, que, por cierto, no le pagaron.

A D. Manuel Díaz de la Haza le asusta la indiscreción periodística.

—¡Hombre! Yo me he dedicado al teatro por verdadera vocación; créame. Por verdadera vocación.

Nos consideramos un poco defraudados. Al público no le interesa que sus artistas teatrales se lancen al arte de representar por afición.

Y pensando en esto, el cronista no se atreve á defraudar á sus lectores.

—Un periodista debe ser dueño de resortes varios—piensa.

Don Manuel Díaz de la Haza marchó á América. ¿Por qué fué?

El cronista se figura—figuraciones, fantasías tan sólo—que la intención de dedicarse al teatro pudo nacer en días de inquietud, en Santiago, capital de la república suramericana, y que el episodio de la aventura ultramarina se convirtió en permanente realidad espléndida, pues aquel intento nos dió uno de los mejores y más distinguidos actores cómicos del teatro contemporáneo.

Don Emilio Thuillier.

El insigne «Juan José» ejercía en Málaga, su ciudad natal—¡ah, Málaga la primorosa, cuna de las más bellas mujeres de España!—, la profesión de perito mercantil. Era ya entonces el primer actor y director del Teatro Lara un gran apasionado del teatro. Sobre Thuillier ejercía especial sugestión D. Antonio Vico.

Dice Thuillier:

—¡Si usted hubiese oído á don Antonio...; si le hubiera visto...! Aquellos ojos. ¡¡Aquellas manos!! Las manos de Vico eran algo extraordinario. A la sugestión de aquellas manos debo el ser cómico.

Murió mi padre, y al poco tiempo, engatusando á mi madre, conseguí venir á Madrid. Abandoné mi carrera. Pero yo no había trabajado nunca. Fuí al Conservatorio, y en él me preparé para representar comedias en la cátedra que regía precisamente D. Antonio Vico, y durante dos años fuí su discípulo.

Salí de la vieja escuela madrileña de Declamación, siendo á poco contratado para trabajar en el Teatro de Novedades con D. Alfredo Maza y D. José Mesejo. Luego estuve con D. Miguel Cepillo, ¡aquel excelentísimo comediante que se adelantó á su tiempo, que era en escena la verdad misma!..., y con D. Emilio Mario, con quien dicen tengo semejanza. No digo que no. Mas por virtud de Vico—¡qué grande era!—fui cómico.

Y añade:

—Mucho tiempo después me presentaron al maestro.

—He oído hablar muy bien de usted—me dijo.

—Pues he sido su discípulo durante dos años.

—¡Ah! ¿Sí?

¡Don Antonio no me conocía!

Juan Bonafé sonríe, quizá con melancolía, al recordar sus primeros tiempos en la farándula.

El archipopular creador del Correo de *El orgullo de Albacete* hizo oposiciones á Telégrafos cuando la fusión de este Cuerpo con el de Correos, interrumpiendo sus aventurillas juveniles de actor-aficionado en los salones y teatrillos dedicados á las representaciones de esta índole, organizadas por estudiantes, gremios ó simplemente por grupos de amigos. Había tenido muchos éxitos de aficionado, y creyendo—como muchos otros—que en la profesión de cómico todo es alegría, holganza y diversión, al ganar las oposiciones y encontrarse destinado á la oficina de Telégrafos de Santo Domingo de la Calzada, convenció á su padre de que él no debía ni tomar posesión, ya que Dios le llamaba por otro camino. Y á la Comedia fué *de meritorio* el año 1894, poco antes del estreno de *Juan José*. Con la romántica obra de Dicenta se presentó en el



MANUEL DIAZ

DE LA HAZA

escenario como actor, no sin antes sufrir un susto por temor de «quedarse dentro».

Le habían repartido á Bonafé un papelito, y debía pronunciar tres palabras en la escena final del acto segundo, que luego se quitó.

«Juan José», temeroso de que Rosa le abandonase, y ante la recriminación injusta de que no sirve para nada, pues no le lleva dinero, se yergue airado y sobriamente exclama:

—Espera, que te lo traeré.

A poco torna «Juan José» con el producto del robo...; pero detrás de él aparecen los guardias y el despojado (Bonafé), que denuncia.

—Ese ha sido.

La escena *se echó abajo*, y al gran actor le compensó Dicenta dándole una frase en el «Bebedor»



ENRIQUE

CHICOTE

que Bonafé interpretaba. Dábale la réplica en este papel otro *meritorio* entonces, también hoy gran actor, separado temporalmente del teatro: Leovigildo Ruiz-Tatay.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



EMILIO

THUILLIER

pesar de la contrariedad que la profesión le producía, puso su empeño en *quedar bien*. Y triunfó. Un triunfo considerable, definitivo y decisivo.

Después de tal éxito, los elogios, las felicitaciones y el contento familiar le quitaron á Loreto toda esperanza de *no ser del teatro*. Y, desconsolada, lloró.

Tanto se habló de las condiciones de actriz de Loreto Prado, que María Tubau la contrató; pero muy pronto la eximia figura, que es prestigio y sostén del Teatro Cómico, volvió al género lírico, presentándose en el escenario de Apolo.

Enrique Chicote contesta perezosamente á nuestra pregunta. El autor y notable dibujante de los gloriosos tiempos del *Madrid Cómico*, Daniel Poveda, interviene:



JUAN

BONAFE

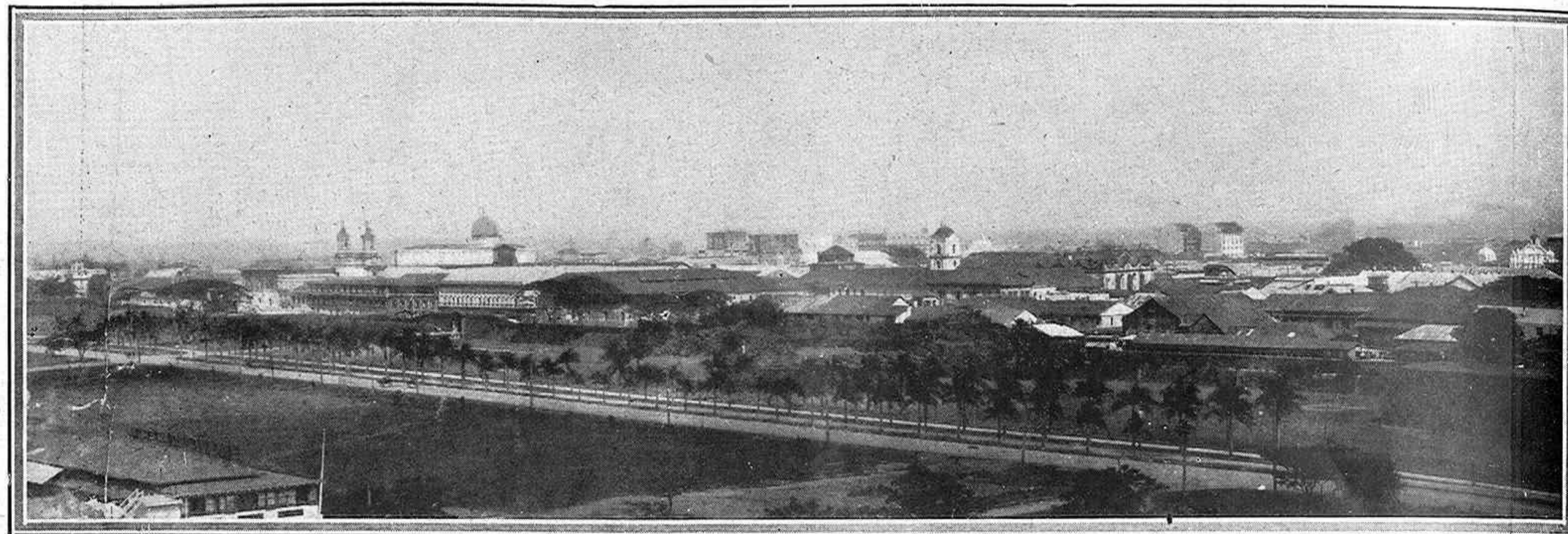
—No pregunte usted más. Enrique se dedicó al teatro por levantarse tarde.

El caso es que á los diez y ocho años—todo un mozo despejado, inquieto, enamorado, guapo y tal—abandonó su carrera de leyes, entusiasmado por sus éxitos. En las funciones que algu-



«Judith y Holofernes», cuadro del «Tintoretto», que se conserva en el Museo del Prado

LA PINTURA CLÁSICA



Vista panorámica de los alrededores del puerto de Manila

BLASONES DE LA CIVILIZACIÓN HISPÁNICA

F I L I P I N A S

LA PRIMITIVA CULTURA DE LAS ISLAS

Es un error muy difundido suponer que los filipinos estuvieran en el mismo estado de atraso y salvajismo en que se encontraran otros pueblos descubiertos y civilizados por España. Ese es un punto histórico que los naturales de aquel remoto archipiélago tuvieron siempre un gran empeño en aclarar y esparcirlo por el mundo una vez esclarecido; y los españoles que rendimos culto á la verdad y á la justicia ante todo, no debemos ser remisos en reconocerlo.

Ello no resta un ápice de importancia ni de valor á la acción descubridora y civilizadora española; pero si se lo restara, por encima de las conveniencias de un morboso patriotismo, que más bien será llamarle patriotería, está el mandato soberano de la depuración histórica; por encima de las vanas supercherías de la tradición están los saludables dictados de la razón, y por encima de los pruritos de amor propio y de orgullo raciales y nacionales, están los insuperables estímulos de purificación de las ideas, los supremos deberes que se derivan de los llamamientos de la conciencia universal, que ha de marchar rectamente y sin falsedades ni titubeos por el camino del perfeccionamiento humano.

LA INFLUENCIA ESPAÑOLA

Pero el reconocimiento de la existencia de una cultura primitiva en el archipiélago, más ó menos extensa, más ó menos efectiva, no disminuye lo más mínimo el mérito de la obra realizada por España en los 358 años que duró su dominación. Si la Corona y los Gobiernos españoles no procuraron, en la mayoría de las ocasiones, seleccionar debidamente los hombres que enviaban á dirigir, administrar y colonizar las Filipinas; si la nefasta, despótica, injusta ó simplemente inepta conducta de algunos funcionarios altos ó bajos que fueron allá produjeron á veces estados de indignación y de protesta en los naturales, que se tradujeron en sucesivas rebeliones parciales ó generales contra el Poder de la Metrópoli; si la intolerancia extrema, la incomprensión y el egoísmo de ciertas clases sociales, que al amparo de la soberanía española se hicieron en no pocas épocas las verdaderas dueñas del país, y no concretándose sem re á sus pacíficas tareas, con sus imposiciones y demasías ocasionales fueron en gran parte la causa

determinativa de algunos alzamientos é insurrecciones; si todas esas cosas de triste recordación ocurrieron, como es bien sabido, mientras España conservó el dominio sobre las islas, no se puede achacar la culpa de tantos errores y arbitrariedades al pueblo español, porque éste, lo mismo en las colonias que en la Península, estuvo ausente de la labor directiva que monopolizaban unas cuantas oligarquías, á cuyos desmanes era imposible poner coto. Si la función fiscalizadora, interventora, que debe siempre existir, como una de las ruedas importantes de la gran máquina de un Estado, se hubiera ejercido constantemente con las garantías de independencia y de solvencia moral requeridas, muchas de las extralimitaciones y demasías del Poder se habrían evitado, y de ese modo la Historia de España podría escribirse haciendo la diferenciación grande entre la España oficial, en la que se filtraba siempre una minoría perjudicial de logrerros y paniaguados, y la otra, la sana, la virtuosa, la noble y abnegada, la dispuesta de continuo á todos los sa-

crificios y la que ha llevado á cabo, á pesar de los pesares, la inmensa obra cultural y civilizadora de que justamente puede enorgullecerse nuestra raza.

Esa otra España fué la que dió los hombres pródigamente para cristianizar á las Islas Filipinas y liberarlas de las degradantes doctrinas indias y mahometanas, la que lanzó á través de los mares á los iluminados é intrépidos navegantes, á los valerosos y capaces guerreros, á los sabios y generosos hombres de ciencia, á los expertos y honrados legisladores y administradores, y á toda la pléyade de beneméritos españoles que incorporaron al archipiélago de manera definitiva é incontrastable al número de los pueblos civilizados.

Así, hoy día puede verse que, con una población de más de once millones de habitantes, no llegan á cuatrocientos mil los seres que no profesan las creencias cristianas. Así también pueden anotarse otros datos elocuentes del adelanto que lograran las islas durante la soberanía española.

LA ENSEÑANZA

Ya en 1866, para una población que entonces era de unos cuatro millones de habitantes, había en Filipinas 841 escuelas para niños y 833 para niñas. Y en 1892, ó sea seis años antes de terminar el mandato español, funcionaban 2.137 escuelas. Había también colegios y Universidades de enseñanza superior en considerable número, de los cuales los principales eran: la Universidad de Santo Tomás, fundada en 1611 (veinticinco años antes que la más antigua de los Estados Unidos de Norteamérica, la de Harvard); San Juan de Letrán, la Escuela Normal, el Colegio de San José, la Escuela Náutica, la Escuela de Contabilidad Comercial, el Ateneo Municipal, la Academia de Pintura y Dibujo, y otros particulares, de los que sólo en Manila existían catorce en la fecha indicada. En esas escuelas, establecidas por España, se educaron é instruyeron las figuras más prominentes de la historia filipina, entre las cuales se contaron, en los últimos tiempos, José Rizal, Juan Luna, Resurrección Hidalgo, López Baena, Pedro A. Paterno, Pardo de Tavera y demás principales paladines y propulsores del movimiento de emancipación de las islas, que hoy alcanza tan fulgurante apogeo bajo la dirección de Manuel Quezon, de Isauró Gabaldón, el ilustre hispanófilo; de Sergio Osmeña y demás jefes notables.



Construcción de la época de la colonización española en Filipinas

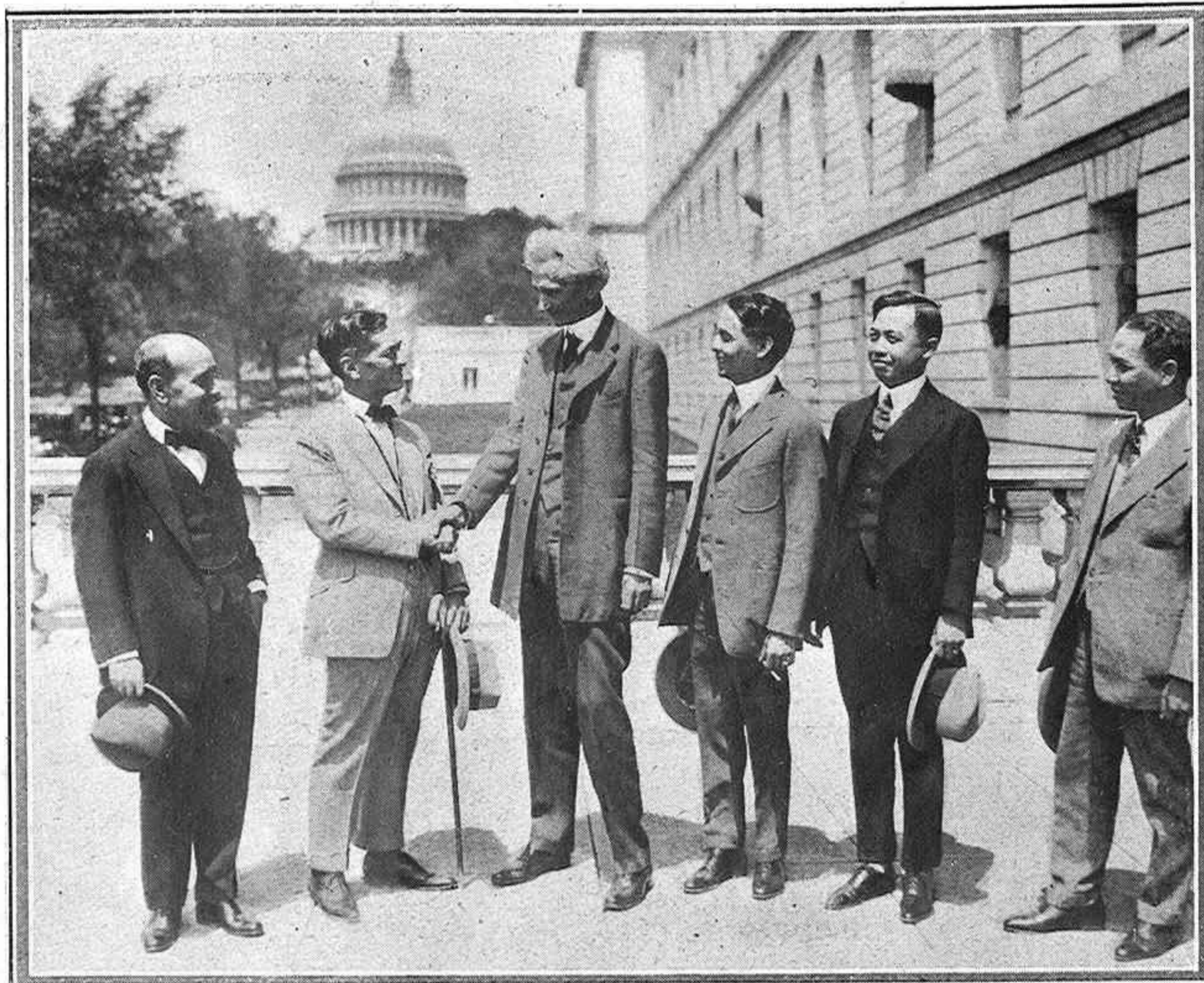
EL COMERCIO

Los españoles impulsaron y desarrollaron grandemente el comercio exterior de Filipinas. La privilegiada producción del país, eminentemente agrícola, fué estimulada y fomentada por medio de los procedimientos de cultivo más eficaces, y así se llegó á obtener un volumen global inmenso en las cosechas. El arroz, el abacá, el azúcar, el aceite de coco, el trigo, el tabaco, el cacao, el café, el magüey y demás productos importantes alcanzaron un grado de desarrollo durante la dominación española que ha sido base valiosísima para el auge adquirido con la ulterior intervención de los Estados Unidos; los cuales, merced á su portentosa potencia económica, han recogido y están recogiendo los verdaderos beneficios del esfuerzo titánico de españoles y filipinos.

La situación geográfica de Filipinas, en extremo favorable para ser un centro distribuidor de producción en Oriente, ya que sus puertas tienen excepcionales condiciones de anclaje, sobre todo, que se halla á treinta y seis horas actualmente de vapor de Hong-Kong, en la costa asiática; la exuberancia de su producción insular y la lejanía en que se hallaban el Archipiélago de la Metrópoli, determinaron el que las casas españolas comenzaran desde largo tiempo á fomentar el comercio con China, Japón y demás asiáticos. El abacá, conocido también por el nombre de cáñamo de Manila, producto que es únicamente en Filipinas donde se da y que es famoso por su magnífica calidad, constituyó desde antiguo una de las principales riquezas de exportación. También lo fueron el azúcar y el tabaco, pues aunque éste estuvo muchos años sometido á monopolio por el Estado español, ya en 1882 los elementos nativos consiguieron que cesase aquel privilegio, que tanto perjudicaba al desenvolvimiento de producto tan remunerador. La conveniencia de haber soltado las trabas al pueblo filipino en tan interesante aspecto la ha probado el apogeo que han tomado las grandes industrias tabacaleras del archipiélago, entre las cuales las españolas siguen ejerciendo un papel importantísimo.

LA INDUSTRIA

Además de las industrias agrícolas del tabaco, de la caña de azúcar, del abacá y aceite de coco ya mencionadas, y de la nipa y otras fibras especiales, las industrias forestales y minerales ocuparon una parte muy considerable de la acción colonizadora española. La



Los señores D. Isaura Gabaldón, comisionado residente en Washington; D. Manuel Quezou, presidente del Senado; D. Manuel Roxas, presidente de la Cámara; D. Claro M. Recto, diputado, y D. Pedro Guevara, segundo comisionado residente, que formaron la Delegación filipina que fué á Norteamérica para solicitar la independencia de su país

profusión de maderas valiosísimas de los bosques que cubren zonas extensas de las islas y la riqueza de oro, plata, hierro, manganeso, carbón, etc., fueron objeto de la preferente actividad de los españoles, los cuales pusieron los jalones científicos y técnicos para que los americanos puedan ahora completar tan provechosas orientaciones, contando con la laboriosidad admirable del elemento natural, que hoy día está capacitado mental y materialmente para desenvolverse por sí el día en que se le conceda la ansiada independencia.

Otras industrias secundarias, pero de notoria importancia, como son las pesqueras, la de fabricación de alcoholes, la de cordelería, la papelera, la de ganadería, bordados, zapatería, sombrerería, fósforos, perlas y botonería, fueron iniciadas muchas de ellas por los colonos españoles, y sus impulsos alcanzaron tal grado de intensidad que fácil les ha sido á los indígenas conservarlas y lograr para ellas un apogeo cada vez mayor.

LAS CONSTRUCCIONES

La labor realizada por los españoles en cuanto á la construcción de edificios, caminos, puentes y demás obras, es tan sobresaliente y amplia que son muy pocas las poblaciones que no conservan el sello característico del genio de la raza, á pesar del gigantesco esfuerzo realizado por los americanos y filipinos en los últimos veintiocho años. La ciu-

dad murada de Manila ó Intramuros, el Ayuntamiento, la Universidad de Santo Tomás y otras edificaciones admirables de Manila, Baguío, Cebú, Zamboanga, Pangasinan, etc., etcétera, son construcciones en las que España invirtió sumas incalculables, extraídas las más de las veces de las arcas nacionales, y que proclaman de manera patente el carácter genuinamente generoso y protector de la colonización hispana. Curioso y digno de profundas meditaciones es lo que sucede en tal aspecto con nuestra nación desde tiempo inmemorial comparada con otras. Mientras otras naciones más prácticas y ordenadas procuran escatimar todo lo posible los dispendios del Erario propio en la implantación de reformas en mejoras en los territorios en que dominan, y sustentan el sistema de que las contribuciones y prestaciones personales de los mismos naturales sean la base sustancial de establecimientos de tales adelantos, España siempre ha mostrado una prodigalidad inusitada para volcar sus tesoros en las tierras que ha incorporado á la civilización. La diferencia no ha podido ser más notoria. Al paso que para otras naciones ha sido remuneradora su obra de colonización, para España, tan sólo, si acaso ha rendido beneficio á las contadísimas oligarquías á que antes hemos hecho referencia, pero la bolsa común, la nacional, se ha mermado y empobrecido soberanamente, y el resultado final ha sido dejar regadas por el mundo colosales energías en sangre y en dinero, con lamentable detrimento del bienestar y engrandecimiento del solar patrio. ¿Aprenderemos alguna vez á no dilapidar así nuestro patrimonio colectivo en provecho exclusivo de los extraños y de un reducido número de compatriotas avispados, verdaderos «pescadores en río revuelto»? Mucho tendría que cambiar nuestra idiosincrasia peculiar, tan apegada al individualismo, y nuestro concepto secular de la eficacia y responsabilidad en el desempeño de los cargos públicos y de la constante y severa vigilancia que debe ejercer la masa ciudadana sobre aquellos que la representan, dirigen y administran.



Casa de la Aduana de Ilo-Ilo, viejo edificio de construcción española

FRANCISCO ANAYA RUIZ

CON UN GESTO DE ESTUPOR...



No hay por qué establecer una escala valorativa de nuestros deseos, una ponderación reglamentada de nuestras ambiciones...

Tan honda, tan fervorosa, tan emocionante en su valor ideal, angustioso y obsesivo puede ser el ensueño de un caudillo que espera dominar un Continente, como la ambición de una muchachita por un adorno de bisutería. Cada cosa tiene el precio que nuestra ilusión le pone... Altas empresas, gestos heroicos, papeles de protagonista en el drama del mundo son tan dignos de llenar una vida, como un minúsculo empeño de amor propio ó una vanidad ó una fruslería... Almas que no torcerían su ruta por una gran conquista, por el laurel de la gloria ó el oro de la ambición, tienen, en cambio, un afán secreto de algo que parece mezquino á los ojos extraños...

Es Molière, prefiriendo, al aplauso de la multitud, la aprobación de su criada; es Bonaparte, indignándose porque, amo del mundo, no causaba impresión de superioridad á su ayuda de cámara...

No todo aquello por que se arriesga la vida vale la pena, es cierto; pero lo que hace bella la existencia son, precisamente, esas luchas

diminutas con nosotros mismos, el logro de las pequeñas vanidades, el allanar los obstáculos que la realidad nos opone... Y luego...

Siempre recuerdo cómo aquella linda muchacha me narraba la ambición pueril, el motivo que le sirvió de acicate para cambiar el rumbo de su vida...

Desde que era niña, sólo tuvo una ambición: poseer un abrigo de pieles... Como otras mujeres sueñan con los diamantes y las perlas, con el amor ó con el arte, ella se extasiaba imaginándose envuelta en la caricia suntuosa y tibia de las pieles...

Era muy pequeña, y así como sus compañeras jugaban á las casas y con las muñecas, ella, que en su desamparo de niña pobre sabía bien lo que era sentir frío, gustaba de envolverse en trapos corecidos ó imaginarse que eran finas y cálidas estolas de raras pieles...

Toda su infancia de niña, á la que la intemperie había asaeteado con sus alfileres, soñó, deliró con eso... Y fué mujer. Y el diablo de la ambición la empujó por el camino que á conseguirla le llevaba. No quiso, no se

detuvo á averiguar si hacía bien ó mal... Iba tras su ensueño, tras su ideal, tras su quimera... Y á ella inmoló lo más preciado de su juventud...

Triunfó en su empeño... Un día el pecado le ofreció su mejor botín, el más codiciado: un abrigo de pieles maravilloso, de rara belleza, suntuoso, digno por su precio del ajuar de una emperatriz..

Ella tuvo en sus manos el regio presente exquisitamente delicado al tacto... Al fin, la ilusión de toda su vida estaba lograda.

Se hallaba en su tocador, confortable y lujoso. El reflejo de los radiadores de la calefacción hacía la atmósfera cálida y amable...

La muchacha se puso el abrigo pesado y maravilloso, y fué á contemplarse al espejo.

Y entonces hubo en su rostro un gesto de estupor... Porque sintió que tenía frío, que se estremecía de frío, á pesar de la atmósfera templada, á pesar del suntuoso abrigo.

Tenía frío, sí... Un frío que parecía brotarle de dentro, no sabía si del corazón...

La ilusión lograda, la ambición á la que todo lo había sacrificado, ya conseguida, le daba frío...

ALVARO REAL

(Dibujo de Hernández-Mora)



Las grandes figuras de la pantalla

Pola Negri y el drama de su vida

La casa de Pola Negri en Hollywood

A POLONIA Chalúpez (el verdadero nombre de Pola Negri) nació en Lipnau (Polonia). Hija de madre polaca y de padre húngaro, conoció muy pronto las amarguras de la vida. Cuando aún contaba tan sólo ocho años, llegó, con la revolución de 1905, para su familia una época de adversidad. Su padre, noble húngaro que hizo suyo el amor a la libertad y el odio que alentaba Polonia contra el Zar, se alzó en armas contra el despotismo ruso y fué hecho prisionero y desterrado a Siberia. Hasta entonces la bella niña había tenido todas las comodidades y regalos de una familia rica. Desde entonces hubo de sufrir todas las inclemencias con que el despotismo castigaba a los que se atrevían a retar su poder.

A poco de haber caído el padre prisionero, una noche tempestuosa la casa de los Chalúpez fué asaltada por una partida de cosacos, fieros y crueles con los desvalidos. La pobre niña se arrojó en brazos de su madre al oír que crujía la puerta ante los esfuerzos que hacía la soldadesca por derribarla. Ambas mujeres, temerosas de la fuerza armada, se precipitaron bajo una cama para esconderse.

Sabedores los soldados de que las dos mujeres debían encontrarse allí, buscaron y rebuscaron hasta dar con ellas. A empellones las arro-

jaron fuera de la casa, en medio de la obscuridad, del frío atormentador, de la noche y del desamparo. Madre e hija corrieron a campo traviesa, en dirección a una aldea próxima. Al volver el rostro para cerciorarse de que la soldadesca no las perseguía, vieron la llamarada que levantaba el incendio de la casa que acababan de abandonar. Al día siguiente, la niña huérfana y la dolorida madre contemplaron con ojos arrasados de lágrimas las ruinas de lo que un día había sido la mansión de los Chalúpez.

Algunos familiares reunieron una pequeña suma para atender al sostenimiento de las desgraciadas, ingresando la joven al poco tiempo en el colegio de la condesa Platen, de Varsovia, donde se deslizaron los años rápidamente para nuestra heroína, hasta que un día, el primero en el que se reveló ante ella la magia de lo que más tarde había de ser vocación de su existencia, asistió a una función de teatro en compañía de otros muchos niños.

Difícil es explicar lo que pasó por la mente soñadora de la linda Pola ante el espectáculo que contemplaba. Lo único que ella recuerda es que no pudo dormir aquella noche. La visión de *Cinderella* embargaba su ánimo, y sus sueños infantiles cristalizaron en un deseo concreto:

—Quiero ser actriz—se dijo.

A partir de aquel día memorable, Pola sufrió una completa transformación. Ya no era la misma niña descuidada y alegre de otros tiempos. Hablaba gravemente a sus amigas de sus deseos, y representaba ante ellas algunas escenas de la obra que había visto representar. Tanto insistió en sus pretensiones artísticas, que la directora del colegio le prohibió terminantemente continuar con tales sueños y mantener semejantes conversaciones so pena de ser despedida de la institución. Pola aceptó el mandato en apariencia. Aplicóse al estudio todo lo que pudo, familiarizándose con los grandes maestros de la literatura universal. Y fué entonces cuando comenzó a leer los libros de Ada Negri, la famosa escritora italiana. Tanto le gustó esta novelista que decidió adaptar el nombre de ella como nombre teatral cuando llegase a ser una actriz. No es necesario decir que a nadie comunicó sus ambiciones, temerosa de ser expulsada del colegio.

A los quince años decidió entrar en la Academia Imperial de Baile, en San Petersburgo. Su madre se opuso en un principio, pero tuvo que ceder ante la insistencia de la joven. Dió su consentimiento, y Pola fué a vivir con una parienta en la capital del Imperio, asistiendo a las clases de baile de la famosa institución durante algún tiempo. Cuando su progreso era ya notable y el



La última creación de Pola Negri.—La ilustre actriz del Teatro del Silencio, en su interpretación de «Hotel Imperial», gran película de la Famous Players dirigida por Mauritz Stiller

porvenir parecía sonreírle, un consejo del médico de la familia la obligó á abandonar la Academia y á renunciar al baile.

Pola Negri regresó á Varsovia, al lado de su

madre, y como visión de un pasado de esplendor le quedó únicamente el recuerdo de la noche memorable en que la nobleza rusa la proclamó primera bailarina del Teatro Imperial. Fué la

misma noche en que el gran Chaliapine tuvo la audacia de acompañar el himno nacional con un canto revolucionario delante del mismo Zar y de toda la Corte. Chaliapine fué indultado por



Una actitud de Pola Negri, la genial «star», durante la impresión de la nueva película «Hotel Imperial»

el sátrapa, pues tan gran artista merecía el perdón de una extravagancia. Pola y el cantante ruso se hicieron grandes amigos, y, desde entonces, el afecto que los une no se ha entibado jamás.

Anonadada por lo que ella consideraba como una derrota, Pola Negri vivió en Varsovia días de profundo desaliento. Su madre trató de con-

solarla lo mejor que pudo, aunque sin conseguirlo. Pasados los primeros días, en que todo parecía haberse cubierto de tinieblas, la reacción comenzó su obra: la artista vislumbró nuevos rumbos para su talento, y Pola Negri siguió los cursos del Conservatorio de Arte Dramático de Varsovia. Tanta era su capacidad, que cursó

tres años de estudio en uno solo, y en Octubre de 1913 debutó en el teatro de Varsovia con la célebre obra de Hauptman, *Hannels*. El triunfo definitivo que obtuvo como intérprete de la heroína de Hauptman fué indescriptible. Para festejarlo, la artista empleó más de la mitad de su sueldo, que entonces era de 45 dólares al mes.



El taller donde el barón de Kempelen construye sus prodigiosos autómatas, en el drama cinematográfico «El jugador de ajedrez» (Fot. Marín)

Después de continuos triunfos, durante un año, en el teatro de Varsovia, fué contratada para el Teatro Imperial de San Petersburgo con un sueldo de 75 dólares. Cuando estaba en el apogeo de su éxito, en la capital de los zares, estalló la guerra europea. La actriz abandonó el teatro y dedicó sus energías á la gran tragedia: hizose enfermera de la Cruz Roja, y en calidad de tal sirvió en los hospitales de sangre. Pola Negri aprendió muchas cosas en aquella época de dolor.

Tal vez las escenas desgarradoras que la artista contempló más de una vez en aquel teatro de la guerra, hayan influido en su ánimo, y á ellas se deban ese deje de infinita tristeza que hay en su mirada y algunos gestos de dureza con que muchas veces expresa sus emociones en la pantalla. Además de enfermera, en más de una ocasión la hoy famosa actriz sirvió como contidente de los desdichados soldados heridos. A ella referían sus penas y sus esperanzas; ella les escribía las cartas que mandaban á los seres amados, y los consolaba en sus aflicciones. Esta escuela del sufrimiento humano, tragedia real que no necesita de escenografía ni de gestos calculados, perfeccionó á Pola Negri en el arte de expresar las emociones. Nadie que no haya visto la muerte de cerca puede apreciar la vida; nadie que no haya sufrido puede conocer ni expresar el dolor. La artista prosiguió en su huma-

nitario empeño hasta que ocurrió algo que crispó sus nervios y la hizo desistir de su actuación.

Un día trajeron al hospital de Varsovia, en el que por entonces se hallaba la Negri, á un pobre soldado herido. Fué necesario amputarle un brazo, y Pola sirvió como ayudante al cirujano. Días después el soldado suplicó á la Negri que le trajese un vaso de agua.

—Al traerle el agua—dice la artista con un estremecimiento de terror, cual si aún contemplase la escena—trató de coger el vaso con el brazo que le habían amputado. El movimiento fué tan real, y tan natural era su expresión, que yo alargué la mano. Al darme cuenta de la ironía dolorosa de aquella escena, no pude dominar mis nervios: el vaso cayó al suelo y yo me desmayé. La inconsciencia de aquel desdichado me postró por algunos meses, impidiéndome continuar mi trabajo de enfermera.

Después de algunos meses de reposo, la Negri volvió á la escena y alcanzó éxitos aún más rotundos que los precedentes. Entonces fué cuando se decidió á impresionar una película, como ensayo para una posible actuación cinematográfica.

(Continuará en el próximo número.)

LAS NUEVAS PELÍCULAS

«El jugador de ajedrez»

ENRIQUE Dupuy-Mazuel, escritor francés de extraordinario talento, que dió al cinematógrafo el argumento y guión de esa obra, casi perfecta, que es *El Milagro de los lobos*, acaba de ver, inmejorablemente



La partida de ajedrez entre la emperatriz Catalina II y el autómata (Fot. Marín)



Una de las más bellas escenas de «El jugador de ajedrez».—Los patriotas polacos escuchando la arenga de la Virgen de Vilno, en lo alto de la montaña (Fot. Marín)

realizado, su segundo drama cinematográfico, inspirado en una de las épocas más curiosas de la historia de Polonia.

Por las escenas de esta extraña y emocionante película desfilan personajes que existieron en realidad, y otros que pertenecen á la leyenda ó que han sido creados por la imaginación del escritor. Unos y otros se mueven en la época brillante y agitada que fué de los buscadores de prodigios y forzadores de misterios, como Mesmer y Cagliostro, y también de los audaces aventureros y los terribles conspiradores: final del siglo XVIII.

Se refiere el argumento de esta obra á uno de los episodios de la lucha emprendida por los patriotas polacos para librarse de la opresión rusa. En torno á la gran emperatriz Catalina II se urden las intrigas más sombrías y se preparan las más locas aventuras. Un hombre misterioso, el barón de Kempelen, se consagra á estudios científicos y á investigaciones merced á las cuales adquiere renombre universal. Construye autómatas tan perfectos y «vivos» en apariencia, que lo mismo los aristócratas que la plebe le consideran como una especie de brujo. Pero, en realidad, el barón de Kempelen construye sus maravillosos y humanos muñecos tan sólo para distraer sus ocios y para hacer gala de su ciencia y de su habilidad. Uno de esos autómatas desempeña en el drama un papel capital, y merced á sus inventos, el barón de Kempelen consigue prestar valiosa ayuda á los patriotas polacos.

Las escenas de la película evocan, intensamente y con vigor de resurrección, las jornadas opulentas, crueles y heroicas de la corte de Catalina II; y la técnica sorprendente con que han sido tratados el ambiente, la decoración y los tipos presta un interés extraordinario á esta nueva producción de la cinematografía francesa, influida en sus nuevos derroteros por las directivas modernísimas de los admirables artistas alemanes.



La muerte de Nicoláieff, en la interpretación cinematográfica del drama histórico evocado por Dupuy-Mazuel

(Fot. Marín)



Linda toca en terciopelo negro con una fantasía de perlas
(Modelo Lewis)



Vestido de popelin
con ligera guar-
nición de piel
(Modelo Patou)

Elegancias

A CABA de comenzar la maravillosa *saison* de Cannes, Niza y Montecarlo, y los modistos dispónense á rivalizar en suntuosidad, en ingenio y elegancia; y no se diga nada en cuanto á precio, pues muchas de sus creaciones ascienden á sorprendentes cantidades de miles de francos.

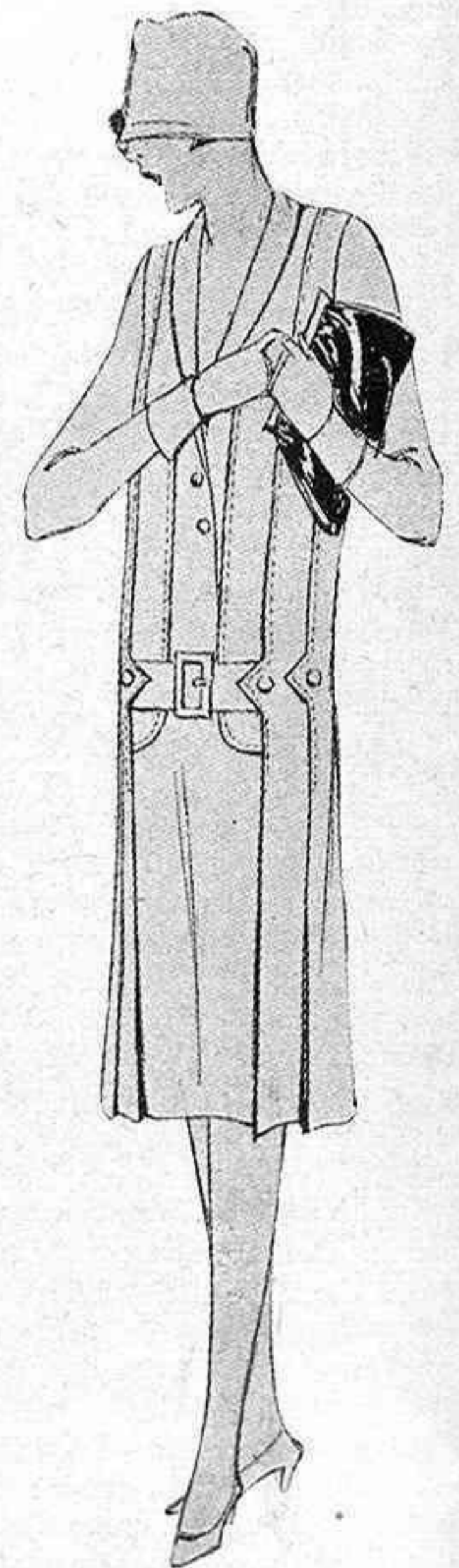
La nieve corona, aún majestuosa, la testa de las montañas en muchos países, y, por contraste, en estas ciudades de maravilla un calor suave y primaveral invita á adoptar prendas ligeras y á hacer una vida á pleno aire. No puede, pues, soñarse un cuadro más bello, un ambiente más grato y acogedor que el que nos brinda la Riviera.

Durante algunas semanas, las grandes figuras mundiales, los reyes que disponen de tiempo para hacer una escapada de incógnito, los rajás, los lords, los magnates, los emperadores de la industria y las mujeres más bellas y codiciadas del universo, conviven y se divierten en franca camaradería; corren de placer en placer, de fiesta en fiesta.

Las mujeres de la *saison* rivalizan en el arte de la coquetería y en el de la seducción; al mismo tiempo murmuran y se critican mutuamente, siendo estos los alicientes principales de estas reuniones.

El lujo es siempre extraordinario. Muchas damas lucen joyas antiguas, recamadas de aguas marinas, esmeraldas de un verde profundo, diamantes de roca, amatistas y camafecos de una talla rarísima y de dimensiones extraordinarias.

Vestido de lanilla
inglesa sin ningún
adorno
(Modelo Molyneux)



Los pendientes son más largos cada vez, y esta moda sería muy bella si los cabellos femeninos no fuesen tan cortos.

En cuanto á las pulse- ras y brazaletes, son in- centables los que se adoptan.

Los collares también si- guen imperando con fu- ror; pero nada de perlas falsas: éstas han caído por completo para dar paso á las sarras de ro- sales, ópalos, rubíes, bo- litas de nácar tornasola- da, y gruesas cuentas de plata ó platino.

Durante el día, los tra- jes deportivos ó playeros sólo admiten alhajas muy sencillas; por ejemplo, unos cuantos aros de oro en el brazo derecho; una sortija repujada con al- guna piedra exótica, y una *barrette* de menado trabajo de pedrería fina, que suele colocarse en los fieltros, haciendo juego con los pendientes.

Durante la *soirée*, el lujo de estas ciudades de Midi es una cosa real- mente digna de la fan- tasía de *Las mil y una noches*.

¡Cuánta elegancia y cuánta distinción!

Los trabajos de alta costura son más minucio- sos y bellos que nunca. Los modelos últimamen- te lanzados dan á la mujer una gracia infinita y una esbeltez extraordinaria, sobre todo á las que poseen un cuerpo de proporciones intermedias.

Los tonos que se admiran son muy diversos: el



Toca de epicot y terciopelo negro con una cinta roja y hebilla de metal (Modelo Lewis)

rosa pálido y el malva quizá sean los favoritos; pero también dominan con furor el negro y el rojo en toda la escala.

Para las *toilettes* de tar- de dominan idénticos tonos, y también el gris y azulino claro.

Las muselinas estam- padas con menudos di- bujos vuelven una vez más por sus fueros. Al- gunas recuerdan inten- samente aquellas otras que antaño se usaron en la Corte de Francia, re- presentando *corbeilles* con diminutas florecillas sil- vestres, grupos de «no me olvides» y pequeños *bouquets* de rosas muy brillantes. Estas museli- nas son de fondo negro, ó bien azul marino, ma- rrón ó gris neutro.

Los dibujos geométri- cos quedan totalmente descartados de cuantas creaciones hemos visto. Realmente, estábamos cansadas de la contem- plación de estos dibujos chillones y abigarrados.

Tal ocurre con los *swea- ter* y *jerseys* playeros: en la actual temporada sólo son de un tono liso y muy pálido; ninguna nota dis- cordante domina en el conjunto.

El *crepé*, el *tricot* y el pañete son las materias que se emplean para la confección de estas deli- ciosas prendas, que no pueden desaparecer, aun cuando de su uso se haya abusado tanto; así son de cómodas, de confortables y de bellas.

CRISTALINA



Vestido de «crêpe marocain» gris perla y negro (Modelo Drecoll)



Vestido de popelin azul con una graciosa capa de la misma tela



Vestido de crespón de seda en dos tonos azules con bordado en negro (Modelo Bernard)

Las tendencias de la moda

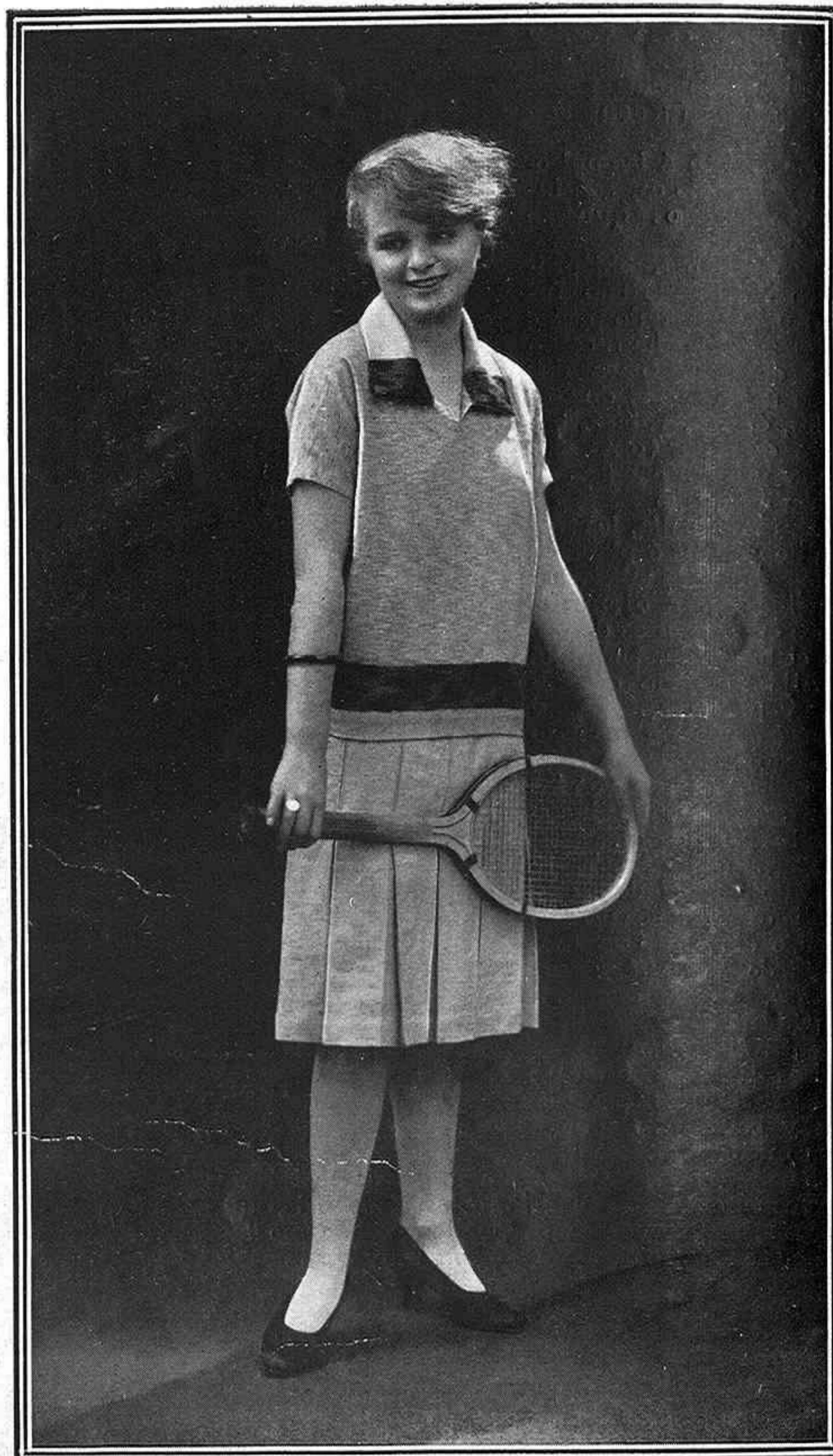
Por fin! ¡Por fin llega á la cumbre del éxito la moda de la falda corta! Tal vez sorprenda esta afirmación á quienes contemplan con ojos atónitos la generalización de los vestidos por las rodillas y más arriba aún. Quizás la juzguen un poco tardía; pero no es así. El colmo del triunfo de una modalidad se halla no sólo en que se la acepte y se la adopte, sino en que se la imite en esferas extrañas á la suya, y tal ocurre con la falda corta, la que dicen que operará una radical transformación en el indumento masculino.

Ya el verano último hicieron su aparición en las capitales de ciudades en donde el calor se hace sentir con exceso, y en donde existe una nutrida colonia inglesa, unos pantalones cortos, parecidos á los que utilizan los corredores pedestres y muchos deportistas



Vestido de taffetas en verde y blanco

(Modelo Jenny)



Traje de «sport» en seda tricot Rodier. La falda es de «kasha» natural á grandes pliegues (Modelo Dhorme)

en general, confeccionados de dril y denominados *shorts*. Llevábanse con ellos unas medias de *sport* de hilo ó algodón, quedando completamente descubiertas las rodillas.

La innovación fué acogida con satisfacción inmensa; pero la faltaba el verse refrendada por Londres para que su éxito quedara afianzado. Londres es para las modas masculinas lo que París para las femeninas; del veto ó la aprobación de los sastres londinenses dependía, pues, el que los *shorts* pudieran considerarse como una prenda *chic*, y se murmura que dicha aprobación está en vísperas de hacerse pública. ¿Qué más pueden desear los defensores de la falda corta? ¿Quién osará después de esto anunciar su desprestigio? ¿Con qué derecho la censurarán los hombres?

De otras novedades sensacionales se habla poco esta temporada. Diríase que los modistos no se atreven á lanzar ninguna idea renovadora por temor á que la mujer, más segura de su propio criterio que antes, la rechace y los haga fracasar.

Los artistas del traje no gozan, en verdad, hoy en día, de los privilegios que antes los prodigaba la suerte.

Sus creaciones no son ya incontestadas aserciones, sino materia de discusión que la mujer recoge ó denuncia á su antojo.

Aquel inapelable «lo decreta la Moda» es hoy palabra vana. Ya puede la Moda ó sus intérpretes insistir en un tema; si la mujer no le halla de su gusto, será completamente inútil pretender imponerle.

Sin duda, por ello obran los modistos con tan inusitada cautela, y se contentan con alterar lo establecido con tan sutil diligencia que el cambio se implanta casi sin sentir.

No obstante, logran en ocasiones transformar totalmente la línea, y con ella la apariencia de la silueta; así ocurre el que aún

pudiéndose asegurar que «todo se lleva», en verdad sólo una interpretación indumentaria es la que resulta BIEN.

De momento, puede decirse que merece esa distinción la línea que se ensancha arriba sobre los hombros y baja, afinándose mucho, hasta el borde del traje.

Los abrigos de esclavina y los de manga kimono, muy amplia, ceñida con ligero abluamiento sobre las caderas y faldón estrechísimo, son manifestaciones muy definidas de esta tendencia. En los trajes obsérvase menos concretamente por la necesidad de mantener la ampulosidad de la falda, tan precisa cuando se emplean en las confecciones géneros livianos como los que ahora se usan. Esos prodigios de color y de tejido son tan sutiles que perderían todo su encanto si se les restase la gracia de movimiento, que es su principal característica, y que no puede lograrse con la falda estrecha.

Compénsase la falta insistiendo en estos modelos sobre los hombros mediante las mangas ampulosas, recogidas en torno á la muñeca por puños muy estrechos.

También el popular *pullover* es una negación frente á las nuevas teorías, ya que la gracia de esta prenda reside precisamente en la línea recta, desde los hombros hasta el talle, y en la sencillez de la silueta. No obstante, si se insistiera mucho sobre lo antedicho, podría obviarse la dificultad convirtiendo el *pullover* en blusón ruso ceñido en torno á las caderas.

En lo que se refiere á la ornamentación de los trajes existe un marcado retorno al diseño atrevido y á la entonación violenta. Triunfan, por lo tanto, las manifestaciones del gusto oriental: los bordados de punto cruzado y de punto de zurcir realizados con lana y seda. Los trajes de noche se adornan con cuentas de cristal y unas lentejuelas muy menudas de tonos irisados.

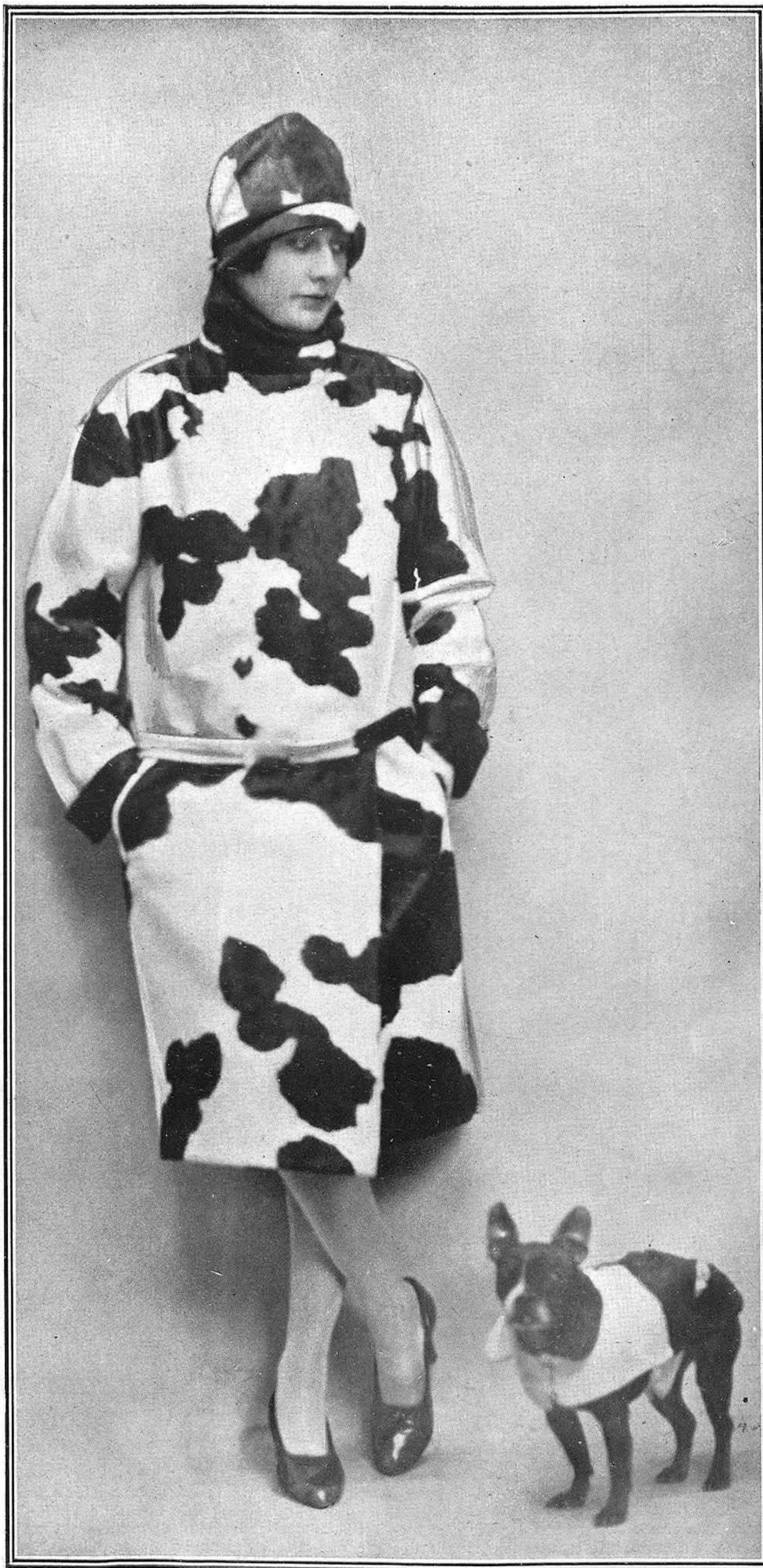
El encaje ha perdido un poco de terreno en el favor público. Se le utiliza todavía para los trajes de noche, formando con él un manto desde los hombros; pero su popularidad ha menguado en otros campos, y, sobre todo, en el del adorno. Esta circunstancia parece indicar que el gusto se aparta nuevamente de esa nota *muy femenina* que fué característica de la última temporada.

En verdad, resulta un poco difícil el armonizar tan exquisitos tejidos con la violencia desenfrenada del *jazz* y el convulsivo *charleston*. El encaje hermana á maravilla con la prestancia cortesana y la frívola gracia de otras épocas; pero no es posible dar relieve á su belleza en los desentonados marcos de la vida moderna. Ello no implica, ni mucho menos, una censura para el gusto de estos últimos, ya que no es posible dudar de que el sentimiento estético tiene innumerables facetas, y que no se puede negar la existencia de algunas de ellas sin más motivo que el de no encajar dentro de nuestra sensibilidad.

De accesorios, nada nuevo. Los bolsos inmensos y severos siguen disfrutando de un imperio indiscutido.

También en estos detalles se observa la tendencia á una línea un poco deforme y la vuelta á un gusto más definido. Los últimos modelos de bolsos de mano son verdaderas maletas, y representan un peso que, si se nos impusiera por materia de disciplina, provocaría seguramente numerosas protestas. ¡Menos mal que el ir bien vestida y exornada es una garantía contra todo malestar! Los bolsos de lujo, muy sencillos al exterior, van provistos de cuantos detalles y accesorios puede necesitar la mujer más cuidadosa y coqueta en el transcurso del día. Peines de concha adornados con cifras en brillantes; pomos diminutos de esencias y de afeites; barritas de oro, espejos esmaltados, carteras y tarjeteros de rica piel, pitillera y reloj.

El bolso de moda es, sin duda, una consecuencia de nuestra agitada vida moderna, en la que muchas veces no puede volverse á la casa en todo el día...



Abrigo de piel de gran originalidad
(Modelo Jenny)



En el encuentro entre los campeones de Madrid y Barcelona, celebrado en la Ciudad Condal, el esfuerzo de los catalanes para forzar la meta madrileña halló siempre esta resuelta decisión que recuerda la fotografía de uno de los momentos culminantes, en el que Martínez, auxiliado por Peña, despeja con los puños una pelota que Samitier quería enviar de un cabezazo á la red

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

BARCELONA Y MADRID

EN toda ocasión y en todos los aspectos fueron siempre interesantes las rivalidades deportivas entre los representantes de las dos ciudades españolas más importantes.

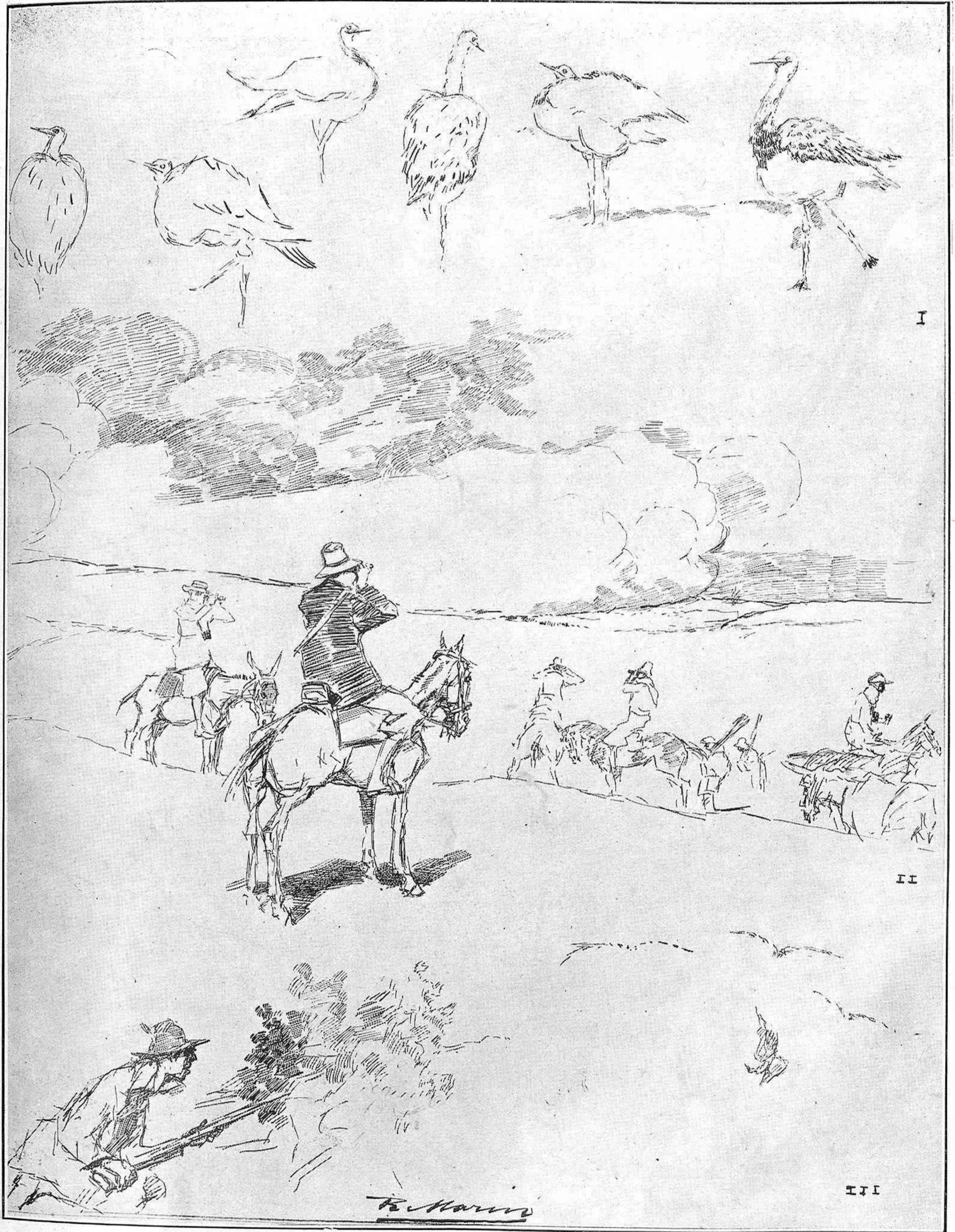
Alguna vez, las relaciones no fueron cordiales porque la repetición de los encuentros futbolís-

ticos, temporada tras otra, imposición de un turno de eliminación poco meditado, ponía á discusión rivalidades de otros matices que perjudicaban el feliz desenvolvimiento del *sport*.

Con la extensión de los campeonatos futbolísticos regionales, que permitieron hallar una fórmula de torneo nacional más lógica, tanto como con la acertada organización de otros

matches de tennis, motorismo, etc., el fantasma desapareció. En adelante, y en el deporte popularizado, los representantes de la Ciudad Condal y de la Villa y Corte sólo renovaron sus lizas cuando, vencedores de rivales menos fuertes, los propios méritos diéronles triunfos ruidosos que les aproximaban en definitivas contiendas.

Tal sucedió cuando el Madrid sucumbió ante un Barcelona potentísimo, y cierto Athletic madrileño, en la mejor forma, llegó á la final del torneo español en Valencia, el año pasado, para disputar al equipo azul-grana el honor del título nacional.



Cacería de avutardas en Jerez de la Frontera: I. Las avutardas vistas á través de los prismáticos de los cazadores.—II. Buscando las piezas en la lejanía. III. El cazador en su puesto de espera (Escenas sorprendidas por el lápiz de Ricardo Marín)

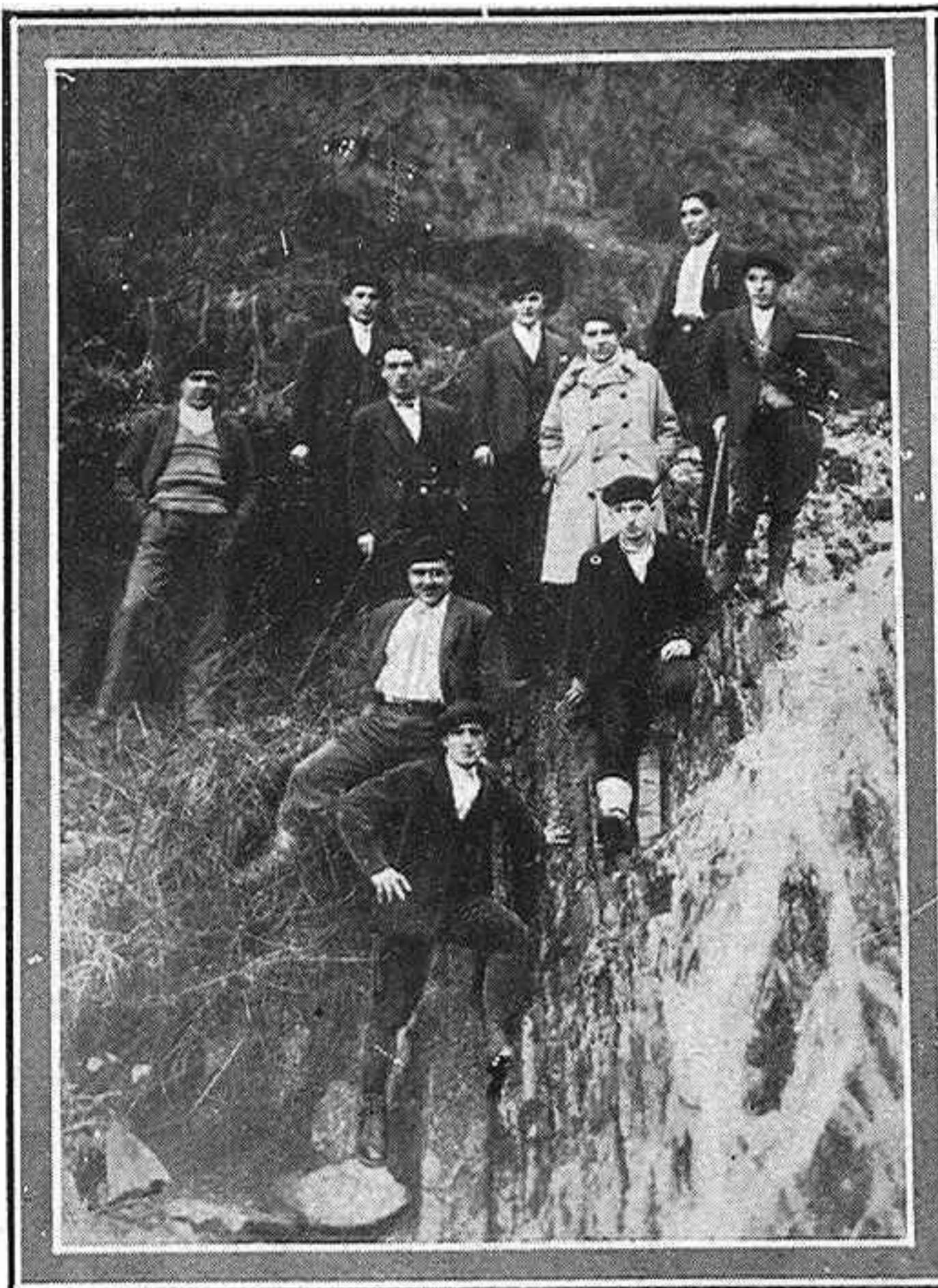
Las sociedades que en Cataluña y en Castilla tienen el núcleo de más fuerte devoción, renovando la cordial amistad, han señalado en sus calendarios respectivos las fechas de las batallas que señalarán la aproximación de los equipos, fijando concretamente los valores en el momento.

Serán, pues, siempre anticipo de las luchas decisivas, ya que los dos nombres—Madrid y Barcelona—van anualmente unidos á las competiciones semifinales y finales, y tanto uno como otro inscribieron reiteradamente el título glorioso en la lista de los vencedores.

A la hora presente, los dos clubs, tras una empuñada liza regional, sufren bajas en los equipos que debilitaron la eficacia ofensiva de sus ataques, y en el partido celebrado en el amplio terreno de Las Corts, el juego se perjudicó por las ausencias en uno y otro once de las figuras que completan los mejores conjuntos.

La afición catalana ha comprobado, no obstante, la existencia de un grupo madrileño disciplinado, y que en el campo extraño, aunque cordialmente acogido por un público correctísimo, ha puesto en jaque al bando azul-grana,

Bilbao.—Los alpinistas que han logrado terminar el recorrido de las montañas vascas y que han sido premiados por su esfuerzo por la Unión Deportiva Eibarresa



también amputado de alguno de sus mejores jugadores. El empate á cero tantos es la confirmación de un paralelismo que podrá repetirse en la cancha de Chamartín cuando el Barcelona acuda á devolver la visita, pero que habría de tener una solución forzosa si los clubs titulares, por las sendas de las eliminatorias nacionales, luego de alejar los obstáculos, halláranse de nuevo frente á frente tal vez en el postrer duelo de Zaragoza.

DANESES Y CATALANES

La Asociación de Lawn-tennis de Cataluña ha logrado un completo éxito con la organización del *match* Copenhague-Barcelona.

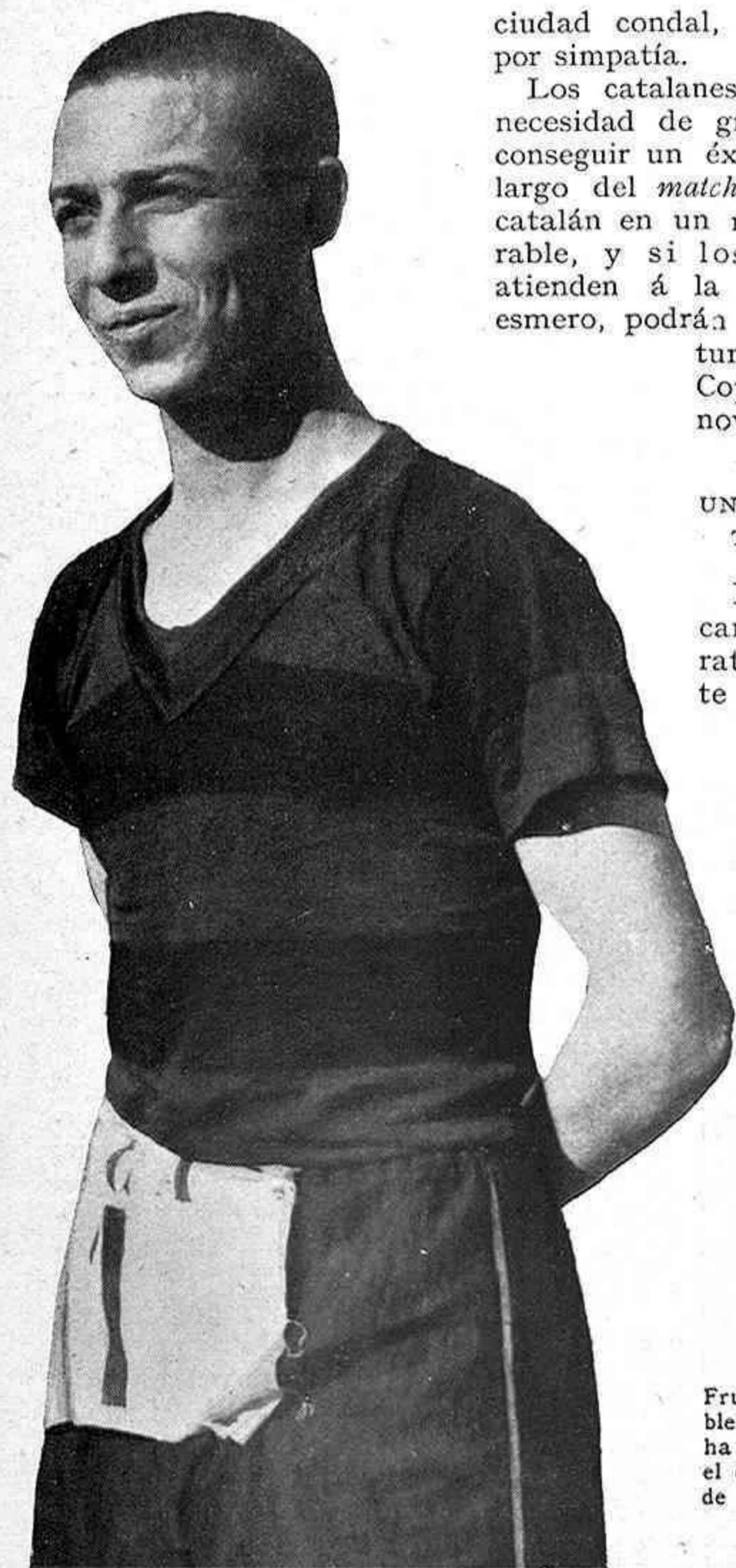
Después de los grandes partidos que las eliminatorias de la Copa Davis dejaron á los aficionados barceloneses, ningún torneo ha revestido la importancia de este último, en el que lo único lamentable ha sido la ausencia incomprensible de algunas raquetas notabilísimas, que seguramente hubieran dado á la competición extraordinaria brillantez.

De los extranjeros, la figura destacada es Velschow, hombre de decisión y seguridad excepcionales, y que resulta temible cerca de la red. La señorita Dau tiene un elegante estilo y es una raqueta de singular maestría. Todos los restantes, la señorita Frederiken y los señores Glerup, Rolschow y Pettersen, completan el notabilísimo grupo danés que ha triunfado en la



Del más sensacional partido de la Copa de Inglaterra.—En el césped del famoso terreno del Crystal Palace, los profesionales del Newcastle United, contra los amateurs del Corinthians, jugaron el emocionante partido que fatalmente eliminó á los aficionados. Nuestra fotografía marca uno de los instantes más interesantes del match ante la meta de los aficionados, cuya defensa salva hábilmente la situación

(Fots. Agencia Gráfica y Ojanguren)



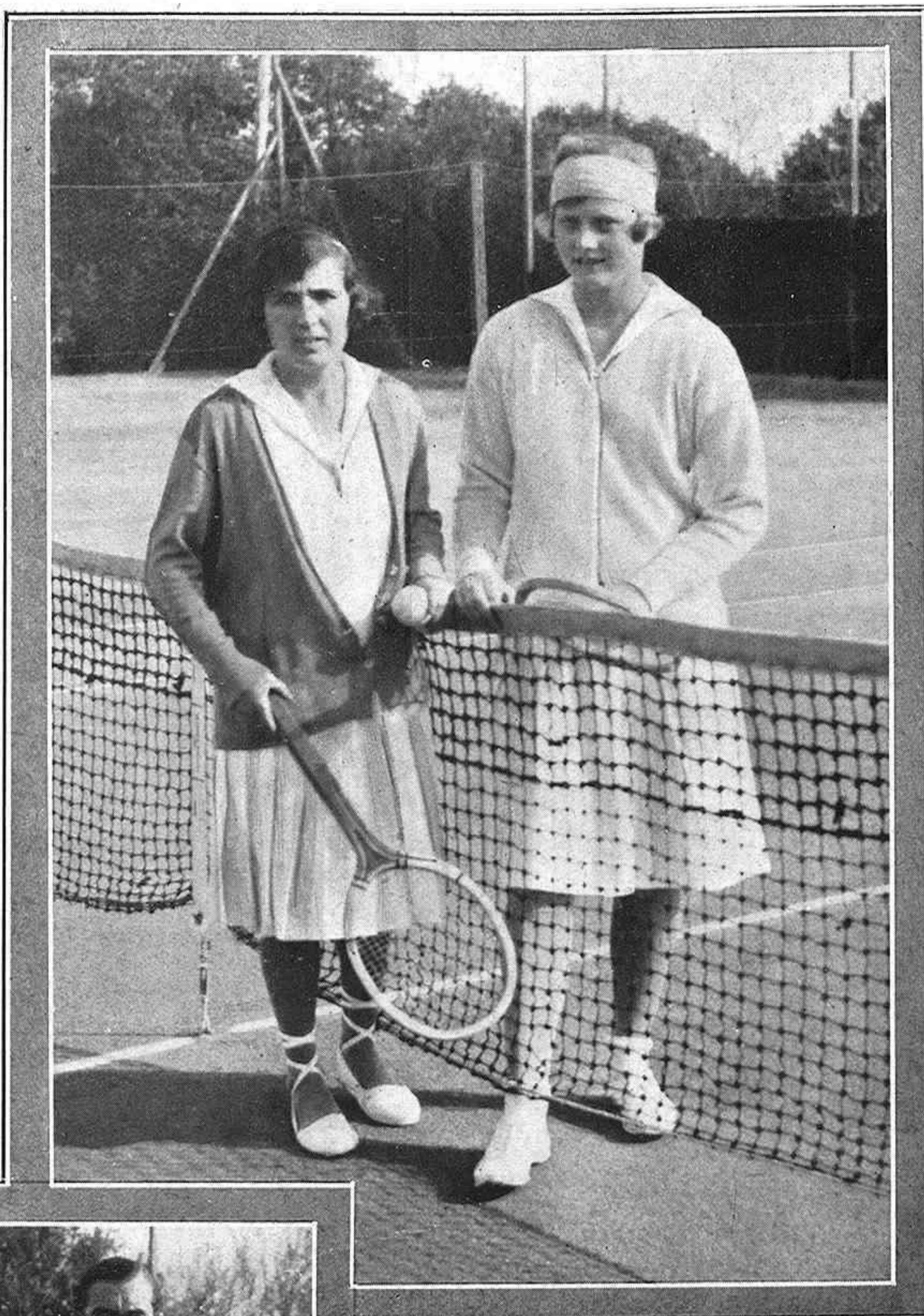
ciudad condal, si no por juego, por simpatía.

Los catalanes no han tenido necesidad de gran esfuerzo para conseguir un éxito brillante á lo largo del *match*. Está el tenista catalán en un momento inmejorable, y si los nuevos valores atienden á la preparación con esmero, podrán esperarse las futuras jornadas de la Copa Davis con renovada esperanza.

UN CAMPEÓN DE CASTILLA

La última carrera campo á traviesa ha ratificado la excelente calidad de un atleta madrileño, que en una difícil prueba de selección ha obtenido el puesto primero sin emplearse á fondo de un modo tenaz. Ello quiere decir que la calidad de sus rivales no es notable, y que, por tanto, será arduo problema

Fructuoso del Río, el notable corredor pedestre que ha ganado recientemente el campeonato de Castilla de carreras á través del campo.



Las señoritas Fontrodona y Frederiken en la red antes de comenzar el «match» simple de damas, en el que quedó vencedora la española

(Fots. Marín y Sport)

hacer la selección madrileña, y por otra parte, que el joven Fructuoso del Río es la más firme esperanza del deporte central frente al inmediato *cross-country* nacional.

El y los restantes esforzados corredores deben poner toda el alma en un entrenamiento que deberá servirles para conquistar la victoria que merecen en la más importante carrera nacional.

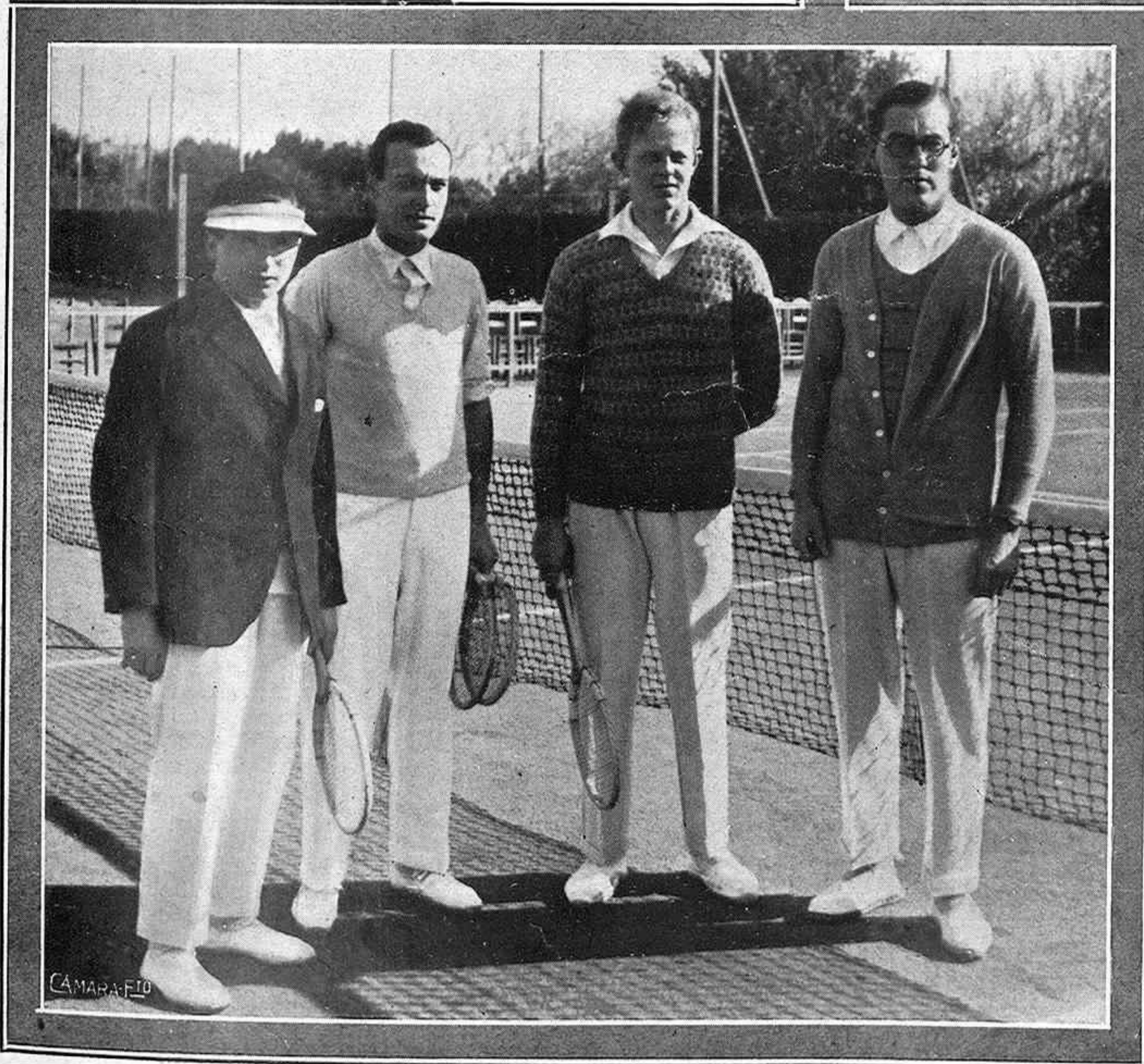
PAULINO Y RUIZ

Los dos campeones europeos siguen caminos bien opuestos.

En tanto que el vasco ha desafiado á la Comisión de Boxeo de Nueva York con un gesto audaz, el vallecano, á su regreso, ha subido al *ring* para hacer, frente al italiano Quadrini, una pelea vulgar, que el jurado ha clasificado de combate nulo.

Parece que la estrella de éste, aún en su propio solar, va empalideciendo, mientras que allá lejos, el de Regil, fortalecido con su fe en el triunfo definitivo, sigue el entrenamiento esforzado, casi violento, que le debe llevar al éxito grande de un día próximo, y tal vez á los ruidosos del mañana, si, vencedor en su *carrera*, los poderes pugilísticos, no obstante su enemiga á los europeos, le conceden beligerancia frente á Tunney.

JUAN DEPORTISTA



De los partidos de tennis Copenhague-Barcelona en la Ciudad Condal.—Los seleccionados que jugaron el «dobles» en el «court» de la Asociación. De izquierda á derecha: Pettersen, Sindréu, Gleerup y Olano antes del «match» que ganaron los daneses

MOMENTOS HISTORICOS

MADRID, CORTE DE LAS ESPAÑAS

(4 de Febrero de 1606)

AQUEL abúlico y devoto monarca Felipe III, que hubo de ser el comienzo de la rampa por donde comenzara á deslizarse el poderío hispano, hartóse pronto de haber mudado el asiento de su monarquía á la hidalga ciudad de Valladolid, donde hubieron de llevarle los egoísmos y codicias del duque de Lerma, y á los cinco años de que tomara esta determinación, como ya habíasele acabado todos los divertimientos, dió por bueno el consejo de volverse á la villa del *Manzanares*.

Desde aquella fecha puede decirse que no habían cesado un punto las quejas de los madrileños, pues que la mudanza de la capital del Reino había paralizado casi por completo la vida matritense.

La industria y el dinero habíanse ido en seguimiento del Rey, y aquí no quedaron sino la pobreza y la lástima; brazos que trabajaban de continuo no para procurar el sustento de los agobiados cuerpos, sino para rendir tributo á las alcabalas é impuestos, que eran enormes arcaduces que iban á parar en las arcas del *inolvidable* duque de Lerma y sus allegados, dejando algunas gotas en la raída escarcela del soberano fanático y muelle.

En los comienzos de 1606 hallábase el mito del *César* divirtiéndose en el recreo de Ampudia, villa del Privado, sin que hasta él fuese permitido llegar eco alguno de las voces lastimeras con que España lamentaba su hambre, cuando presentáronsele de improviso el corregidor y cuatro regidores de Madrid, quienes, ya que el monarca no había tenido á bien de atender su ruego como justa queja, venían exponerla como negocio, es decir, pagándose bien.

Así de como Felipe oyó que la puente que le tendían para pasar á Madrid era de oro, prestó atención y escuchó con sumo cuidado todos los capítulos que fuéronle exponiendo. El duque atendía á su vez con muy buen rostro. En aquel punto y hora olvidó el futuro cardenal cuanto le otorgara Valladolid al pedirle el honor de tener en su suelo la Corte y Monarquía de España.

Su Majestad sería agasajado con 250.000 ducados, pagaderos en dos plazos de cinco años, y con la sexta parte de los alquileres de todas las casas durante igual tiempo.

«A más de este servicio—dice un historiador contemporáneo—ofreciábase á dar al primer ministro las casas del marqués de Poza, valoradas en 100.000 ducados, y á pagar á los duques de Uceda, hijos del favorito, las rentas de las fincas del marqués de Auñón y del licenciado Alvarez de Toledo, que se destinarian para su vivienda...»

Para todos hubo halagadoras promesas, que después fueron pingües realidades, á fin de que hubiesen gusto en volver á la villa, que aún no es ciudad, y desde entonces



FELIPE III

El Monarca que trasladó la Corte á Valladolid, para más tarde traerla de nuevo definitivamente á Madrid

ha sido sin interrupción (y plegue al cielo que por muchos siglos) Corte de las Españas. Hasta el secretario, D. Pedro Franqueza, hizo bellaco honor á su apellido recibiendo de antemano 1.000 ducados para que no dejase de machacar cada día sobre las conciencias del Rey y del favorito, si por acaso rezongábase algún escrúpulo.

Pero sin duda que los buenos ediles del

Concejo matritense pudiéronse ahorrar y emplear esos mil ducados en procurarse alguna mayor comodidad y mejor trato en el infierno de las posadas en que habrían de hospedarse mientras durase la comisión, pues que las razones fueron de tanto *peso*, que ya desde las primeras palabras estaban el necio soberano y el aprovechado ministro persuadidos de aposentarse en Madrid hasta la hora fatal en que Dios fuese servido de pedirles estrecha cuenta de su vida y milagros.

Mandóse publicar la orden de la mudanza, poniendo como pretexto el ser de utilidad para la salud de la República. Todos los consejos hicieron punto en los negocios para atender sólo á la materialidad del traslado.

Valladolid fué un valle de lágrimas, porque de una mano á otra íbasele todo el prestigio político y comercial y quedábase en aquella misma espantosa miseria que cinco años antes quedara Madrid.

Elevó sus protestas la antigua Corte, y aun parece que echó en cara al codicioso y desaprensivo Privado los favores recibidos cuando desde las márgenes del humilde *Manzanares* pasó el alojamiento del Poder Real á las orillas del sediento *Esqueva*. Pero á todo hízose oídos de mercader ganancioso.

Sin duda que el despreciable hijo de Felipe II pensó que lo mismo se cazaba en los montes de *El Pardo* que en los de Castilla; que igual se tomaban refrescos y chocolate y se danzaba devotamente con las monjas de Santa Clara de la provinciana urbe, que con las ricas hembras de las Descalzas Reales.

A su vez, el señor D. Francisco de Sandoval y Rojas tuvo en cuenta que lo mismo podía hacer su agosto en una que en otra parte, y aun en ésta mejor que en aquélla, pues, á la postre, siempre que había de pasar por la plazoleta del *Ochavo* miraba con no poco susto de su ánimo cobarde un garfio clavado en uno de sus muros, y veníasele á la memoria que en él estuvo clavada la cabeza de aquel otro monstruo del favor y de la intriga que fué en el siglo D. Alvaro de Luna...

A cuatro días del mes de Febrero de 1606 hicieron su entrada en Madrid los señores Reyes, y todo volvióse festejos y algazaras, pues que la Villa recobraba su perdida grandeza, aunque no podía curarse de la miseria.

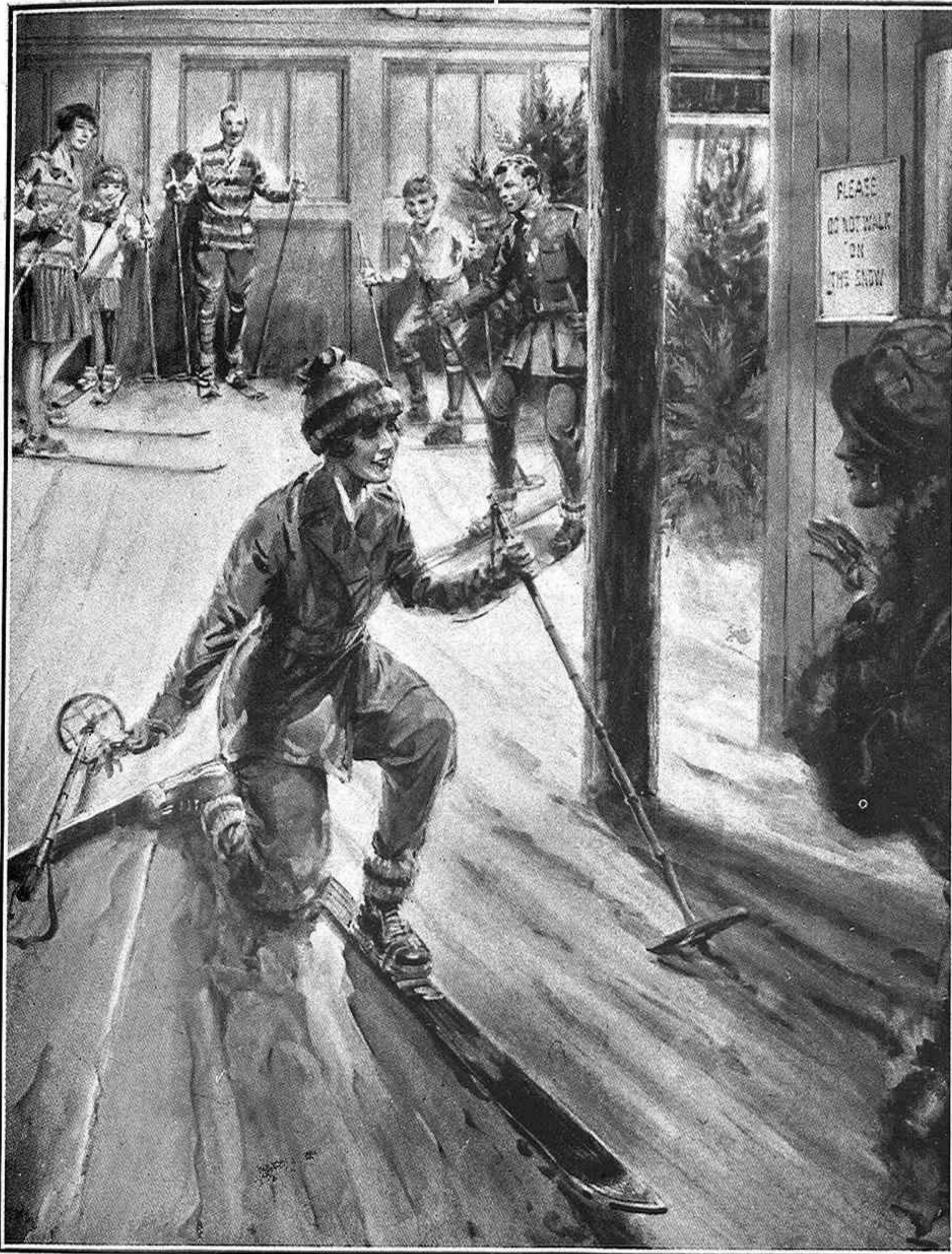
Fiestas de toros, comedias, romerías; de todo hubo. Madrid escurría la bolsa, abrigando la triste esperanza de que habría de valerle de poco el sacrificio; pero, como dice el adagio, *más vale ser cabeza de ratón...*

Los Consejos trasladábase muy despacio; la falta de dinero hacía los andar con paso de tortuga, y así los negocios del Estado andaban como á Dios placía. En tanto el Rey se divertía y los ministros medraban vergonzosamente á costa del sudor del pueblo...

DIEGO SAN JOSE



Estatua orante del duque de Lerma



La ciencia, auxiliar del deporte

DE los deportes invernales, es el *ski-ing* acaso el que cuenta, por las emociones que despierta en sus adeptos, mayor número de entusiastas partidarios. En las famosas estaciones alpinas, como en nuestra incomparable Sierra de Guadarrama, ofrecen los anuales concursos de dicho bello deporte superior animación á cuantos utilizan la nieve y el hielo para la práctica artística de la carrera ó el salto.

Pero *esquiar*, como patinar, exigen en los aficionados un largo y penoso aprendizaje. El pleno dominio del *ski* y de los nervios del *esquiador* sólo se consigue á fuerza de dar tumbos y de ejecutar ante las carcajadas burlo-nas que saludan las á veces poco airo-sas puetas del novicio, toda suerte de equilibrios más ó menos estéticos. Ello, sin duda, es divertido como espectáculo, y acaso para muchos constituye el principal aliciente de esta rama deportiva, así como también lo es del *skating*, burlarse de la impericia de los principiantes, con lo que se desquitan de las *planchas* propias ejecutadas durante el período de instrucción.

Ocurre, sin embargo, que no todos los *amateurs* de los deportes invernales poseen carácter á propósito para sufrir con resignación las risas y vayas de los maestros y mirones de las pistas, y á quienes, por tanto, les agradaría presentarse en ellas poseyendo ya con los necesarios rudimentos del arte del *ski-ing*, la mayor suma posible de garantías

Una pista de nieve sin nieve

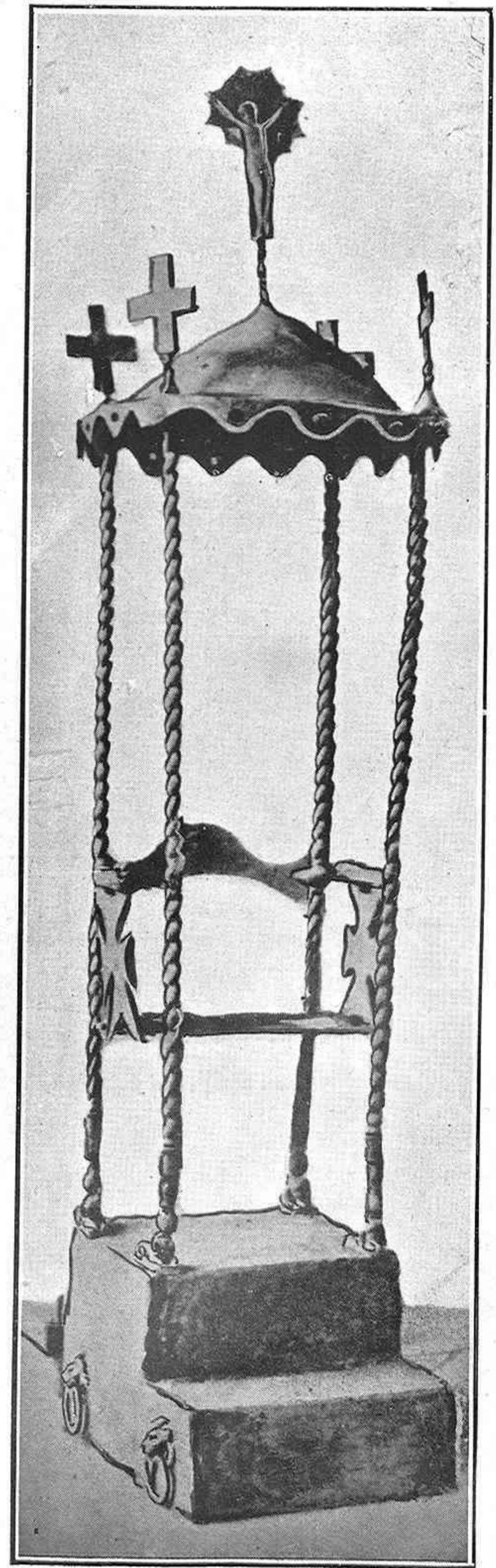
para no hacer el ridículo. Comprendiendo esa necesidad, unos avisados industriales londinenses acaban de inaugurar en Haymarket una «Escuela de Ski», que, aparte de ser admirable como reconstitución esceno-gráfica de un paisaje alpino, proporciona á los esquiadores en agraz todos los goces y emociones de ese ejercicio al aire libre, con la ventaja de practicarlo en una sala perfectamente caldeada, sin más espectadores que los compañeros de iniciación, y, lo que es más curioso, sin la más leve partícula de humedad, en cuanto la nieve extendida sobre el *parquet* no es nieve, sino un sucedáneo químico del agua congelada, en cuya composición entra la sosa. La mixtificación es tan perfecta á la vista y tan suave el deslizamiento sobre la pista construida en torno de la sala, y á la que no faltan ni los obstáculos de tal ó cual pino surgiendo amenazador entre la nieve falsificada, que, de no mirar al techo, el esquiador ó la linda esquiadora podrían creerse en pleno Davos Platz ó Saint Moritz.

La escuela de Haymarket, ideada por una aristócrata londinense, miss June Roland, renombrada novelista y apasionada cultivadora del *ski*, tiene como instructores distinguidos profesionales suizos, entre ellos Miggi Meyer, de Andermatt, que durante la guerra mandaba el Cuerpo de esquiadores militares de la Confederación helvética.

D. R.

Una valiosa joya arqueológica

BAJO las ruinas de un antiguo convento copto del Alto Egipto, ha sido descubierta por una Comisión científica inglesa la valiosa pieza arqueológica cuya fotografía acompaña. Trátase de un Trono portátil destinado á las grandes solemnidades religiosas del convento, y que, sin duda, debió estar destinado al Patriarca de la Iglesia copta, puesto que entre los elementos decorativos figura el león de San Marcos, símbolo adoptado por el fundador de la citada secta, el herejarca Eutiques. Según los autores del hallazgo, este trono procesional debe datar del siglo IX de nuestra Era. Su estado de conservación es perfecto, pudiendo apreciarse aún en muchos sitios la capa de oro que recubrió primitivamente las cruces y columnas.



NUEVO MUNDO

Esta gran Revista ilustrada,
la más popular de España,

ha introducido
grandes mejoras
en su confección.

SUS COLABORADORES SON
LOS MÁS AFAMADOS
ESCRITORES Y ARTISTAS

En el número de esta semana
publica trabajos originales de
*Blasco Ibáñez * Salaverría
Carrère * Luis de Tapia * Francés
Linares Rivas * Gómez de la Serna
Salamero * Julio Romano * Portillo
Soriano * Sancha * «K-Hito»
y otros muchos.*

52 PÁGINAS

50 CÉNTIMOS

